

Bianca

El hijo oculto del magnate

Jacqueline Baird

Jacqueline baird



Bianca

El hijo oculto del magnate

Jacqueline Baird

Argumento:

La ingenua Phoebe Brown se enamoró del magnate Jed Sabbides después de que él la conquistara, la invitara a cenar y se acostara con ella. Pero cuando le anunció que estaba embarazada, Jed se quedó horrorizado. ¿No comprendía que para él ella sólo era una distracción agradable? Por desgracia, Phoebe perdió al hombre que amaba y al bebé…

¡Increíblemente, años más tarde, Jed descubrió que Phoebe tenía un hijo que se parecía mucho a él!

Capítulo 1

Jed Sabbides se movió en su asiento. El avión estaba comenzando a descender y no antes de tiempo, cierta parte de su cuerpo reaccionaba ante la idea de que la encantadora Phoebe estuviera esperándolo en Londres. Él había pensado pasar tres semanas en nueva York, pero había acortado su estancia un día y había reorganizado su agenda para que al día siguiente pudiera trabajar desde su despacho de Londres y así poder estar junto a ella.

El sábado por la noche tenía que estar en Grecia para celebrar el cumpleaños de su padre y con el nivel de frustración que sentía había decidido que pasar sólo una noche con Phoebe no sería suficiente... Tras un par de llamadas telefónicas el jet de la empresa de los Sabbides lo estaba esperando en el aeropuerto Kennedy. Por una vez, la diferencia horaria entre los dos continentes era una Bendición.

Tenía el ceño fruncido. ¿Cuándo había cambiado su agenda por una mujer? Nunca... La respuesta hizo que se sintiera un poco incómodo y no pudo evitar pensar en la primera vez que vio a Phoebe...

Al salir del ascensor en la planta baja del hotel en el que se hospedaba mientras valoraba la posibilidad de comprar el establecimiento, Jed se fijó en la chica que estaba cruzando el vestíbulo y se detuvo un instante para observar su silueta femenina.

Su rubia melena ondulada caía sobre sus hombros. Su perfil era exquisito, y la falda negra y la blusa blanca que llevaba no servían para ocultar su silueta mientras caminaba sobre el suelo de mármol luciendo unas piernas que harían volar la imaginación de cualquier hombre.

Él la siguió con la mirada hasta que se metió detrás de la recepción y se dirigió con una sonrisa al siguiente cliente. Su sonrisa hizo que a él se le cortara la respiración. Se había sentido atraído por ella al instante, y su cuerpo había reaccionado. En aquel momento no salía con ninguna mujer y decidió que aquella chica era para él, sin contemplar la posibilidad del fracaso ni un instante.

Se acercó a la recepción y le preguntó si podría recomendarle un buen restaurante. Ella echó la cabeza un poco hacia atrás y él se

percató de que de cerca era aún más guapa. Era una mujer con el rostro ovalado, la tez clara, los labios sensuales y los ojos azules y brillantes. Él sonrió y, cuando le sostuvo la mirada, ella se sonrojó. Más tarde, él se enteraría de por qué.

Phoebe, en griego, quería decir radiante. Y ella era así, bella, con un cuerpo perfecto y una mente ágil.

Jed le pidió que saliera a cenar con él esa noche. Sorprendentemente, ella rechazó la invitación diciéndole que no tenía permitido salir con los clientes, pero él consiguió que le contara que sólo trabajaba allí los fines de semana para incrementar sus ingresos mientras estudiaba política e historia en la universidad.

Él dejó la habitación que tenía en el hotel y regresó al día siguiente para volver a pedirle que cenara con él. Ella aceptó.

Nunca había conocido a una mujer capaz de rechazar sus invitaciones, y tener que esperar un mes para conseguir acostarse con ella había sido una experiencia completamente nueva.

Principalmente, porque Phoebe compartía la casa con otros tres estudiantes, dos chicas, Kay y Liz, y un chico llamado John, y no tenía privacidad. Pero también se negó a cenar con Jed en la suite que él mantenía en uno de los hoteles de su familia. Phoebe se excusó diciéndole que no se sentiría cómoda si la gente de la cadena de hoteles en la que trabajaba pensara que era una de esas mujeres que acompañaban a los hombres en su habitación durante unas horas.

Le faltaban unas cuantas semanas para cumplir los veintiún años y a Jed le preocupaba un poco que fuera tan joven. No estaba seguro de si sus temores eran pura modestia o de si, como la mayor parte de las mujeres, ella buscaba algo más de lo que él estaba preparado para ofrecerle.

Fue pura coincidencia que, una noche, al entrar en el Empire casino después de que Phoebe lo dejara con un fuerte sentimiento de frustración, él se encontrara con un antiguo compañero de las partidas de póquer y obtuviera la solución a su problema. Al hombre acababan de eliminarlo del torneo World Serious Poker que se celebraba en el casino y mientras se tomaban una copa le contó que iba a viajar a los estados unidos y necesitaba a alguien que le cuidara su apartamento de Londres y a su gato, Marty, mientras él estaba fuera. Jed se lo contó a Phoebe y le preguntó si estaba interesada en el trabajo. Le presentó a su amigo, y cuando el gato ronroneó y se restregó contra

sus tobillos, ella aceptó.

Finalmente, Jed consiguió algo más que un beso de buenas noches. Pero incluso así ¡lo hizo esperar unos días más!

Phoebe lo sorprendió. Era virgen, la primera con la que él estaba, y sorprendentemente, la amante más apasionada y receptiva que había tenido nunca…

Eso había sucedido doce meses atrás. Era la primera vez en sus treinta años de vida que mantenía una amante tanto tiempo.

Hacía mucho que se había dado cuenta de que su principal atractivo para las mujeres era el dinero, y teniendo en cuenta que su padre se había casado por cuarta vez, no era nada sorprendente.

A Jed no le importaba. A los veinticinco años se había convertido en un multimillonario, primero jugando al póquer por internet cuando iba a la univerSidad y después jugando en bolsa. Básicamente, era otra manera de apostar, pero al menos sacaba mayor partido de su mente privilegiada. Jed había terminado montando su propia empresa, J.S. Investments.

Además de mantener su empresa, su padre le había pedido que se uniera a la empresa familiar y enseguida se estaba encargando de la gestión de Sabbides Corporation, una empresa especializada en hoteles y en la industria del ocio. La empresa tenía mucho éxito, pero la relación de Jed con su padre era cada vez peor.

Si su padre le había enseñado algo a Jed, era que el matrimonio no era para él y que lo mejor era mantener su vida sexual apartada del negocio y de la familia. Ninguna relación le había durado más de ocho meses, hasta que conoció a Phoebe. Él no creía en el matrimonio y desde un principio se lo había dejado claro a Phoebe. Ella se había reído al oír sus palabras y le había dicho que el matrimonio era lo último que tenía en mente. Estaba dispuesta a iniciar su carrera profesional y a viajar por el mundo.

En la primera cita, cuando ella le preguntó a qué se dedicaba, él sólo le contó que era un hombre de negocios y que trabajaba en sus oficinas de Londres, Atenas y Nueva York. Pero más tarde, su amiga Liz le había dicho que en la prensa se referían a él como el magnate griego, un apodo que él detestaba.

Sin embargo, aquello no pareció impresionar a Phoebe. Durante el tiempo que habían estado juntos, ella nunca había hablado de

compromiso, nunca le había pedido nada, y él estaba seguro de que no tenía ningún plan. No tenía de qué preocuparse. Durante un año o dos, mientras continuara la pasión, Phoebe era suya.

Siete semanas antes ella había finalizado su licenciatura, y la ceremonia de graduación había Sido la semana anterior. Ella lo había invitado a la ceremonia y le había dicho que su tía también iría. Jed siempre había tratado de evitar conocer a la familia de las chicas con las que salía, y le había dicho a Phoebe que haría lo posible por ir. Puesto que ese día estaba en Nueva York, había tenido una buena excusa para no ir.

La mañana de la ceremonia había llamado a Phoebe para desearle suerte. Ella parecía contenta, sobre todo después de decirle que tenía una sorpresa especial para ella.

«Quizá, después de todo, no sea tan diferente a las demás», pensó con cinismo.

A menudo le compraba regalos, y ella le demostraba que estaba agradecida cuando se hallaban en la cama. Esa vez le había comprado una gargantilla de diamantes, porque se sentía un poco culpable por perderse su graduación. Además, llegaba un día antes de lo previsto y sabía que eso agradaría a Phoebe.

La idea lo hizo sonreír con anticipación masculina...

Cuando el avión aterrizó, Jed se levantó del asiento, se puso la chaqueta y se ajustó la corbata. Agarró el ordenador portátil y salió del avión despidiéndose de la azafata con una sonrisa.

Phoebe cerró el grifo de la ducha y salió de la cabina. Eran las nueve de la noche y quería acostarse temprano para estar descansada y preparada para cuando llegara Jed al día siguiente. Al pensarlo, sintió un nudo en el estómago...

Se miró en el espejo y se cubrió su cuerpo delgado con una toalla. ¿Cuánto tiempo continuaría delgada?

Tenía que decirle a su novio, Jed, que estaba embarazada...

Jed Sabbides era un financiero con éxito y también con el poder que había detrás del emporio de Sabbides Corporation. Desde un principio, Phoebe había sospechado que era rico, simplemente por la

seguridad que demostraba en sí mismo. Y por eso, en un principio se había mostrado recelosa. Él pertenecía a un mundo completamente distinto al de ella, pero Phoebe estaba enamorada por primera vez en su vida. Liz, su compañera de casa, le había contado que era extremadamente rico y había tratado de advertirle a Phoebe que él sólo pretendía que fuera su amante habitual en Londres...

Liz se había equivocado.

Era cierto que a los pocos días de mudarse al nuevo apartamento se habían convertido en amantes, pero no vivían juntos...

Jed la respetaba y cuando trabajaba en Londres se alojaba en la suite del hotel de lujo propiedad de Sabbides Corporation. Y el hecho de que Phoebe tuviera su propio apartamento le había permitido estudiar para superar con éxito el último año de carrera.

A pesar de que Jed fuera un hombre rico, ella conSideraba que eran como cualquier otra pareja enamorada. Ocasionalmente salían al cine o a cenar, y cuando su relación se convirtió en algo más íntimo, él empezó a quedarse a pasar la noche con ella. Y a veces, incluso más de una noche. Jed había dejado algo de ropa allí a lo largo del año, pero no vivía en aquella casa. Viajaba mucho y Phoebe lo echaba de menos por las noches.

Jed casi nunca hablaba con ella del trabajo, pero ella no había tardado mucho en darse cuenta de que era adicto al trabajo y que pasaba el tiempo entre los dos continentes. Pero también le había comentado alguna vez que tenía una hermana mayor, casada y con dos niñas a las que él adoraba. Eso era buena señal, porque indicaba que le gustaban los niños. Phoebe estaba convencida de que querría a su bebé tanto como ella...

Phoebe había conocido a Jed cuando estaba alojado en el hotel donde ella trabajaba de recepcionista y, desde entonces, su vida había cambiado. Ella había levantado la vista la oír su voz grave, lo había mirado a los ojos y se había quedado prendada. Era el hombre más guapo que había visto nunca. Entonces, él le sonrió y ella experimentó algo que no había sentido jamás. Incapaz de mirar a otro lado, se sonrojó.

Doce meses más tarde todavía se excitaba al verlo o al oír su voz, e incluso a veces se sonrojaba.

Phoebe Brown, a lo mejor pronto Phoebe Sabbides, soñaba con el futuro. Agarró una toalla de lavabo del toallero, se inclinó y comenzó

a secarse la cabeza.

—¡Ahh! —gritó al sentir que alguien la agarraba del hombro—. ¿Qué diablos...? —exclamó mientras la giraban.

Dejó caer la toalla al suelo y miró a Jed.

—Jed... Eres tú.

—Eso espero —sonrió él—. ¿A quién más esperabas en tu baño? —se mofó.

Deslizó las manos por sus hombros para quitarle la toalla que cubría su cuerpo y la miró de arriba abajo con deseo.

—Llevo semanas soñando con esto —posó la mirada sobre sus pezones rosados—. Pero la realidad supera al más salvaje de mis sueños.

Phoebe echó la cabeza hacia atrás. Él se había quitado la chaqueta y la corbata y llevaba los primeros botones de la camisa desabrochados, mostrando una fina capa de vello oscuro y varonil.

—Ah, Jed... Te he echado mucho de menos —suspiró ella y se acurrucó entre sus brazos.

Jed inclinó la cabeza y la besó en los labios. Ella le rodeó el cuello con un brazo y se besaron de manera apasionada. Cuando se separaron para tomar aire, él se agachó y capturó uno de sus pezones con la boca para acariciárselo con la lengua.

—Cielos, Phoebe, no puedo esperar —se quejó.

Ella le acarició el cabello con una mano y metió la otra por la abertura de su camisa, desesperada por sentir el calor de su piel y los pezones erectos medio escondidos entre el vello rizado. Al ver el brillo del deseo en sus ojos marrones, ella deslizó la mano más abajo para acariciarle el miembro erecto a través de la tela de los pantalones.

Ella tampoco podía esperar... Nunca habían pasado tanto tiempo separados y el calor húmedo de su entrepierna era la muestra del potente deseo que sentía por él.

Jed le retiró la mano y la apoyó contra la pared mientras se bajaba la cremallera para liberar su miembro. Ella podía sentir el fuerte latido de su corazón contra su pecho y, por un instante, fue incapaz de

moverse.

—Perdóname, Phoebe —dijo él—. Pero te deseo con locura.

—Yo también —murmuró ella, mientras él la besaba en los labios.

—¿Estás segura de que estás bien?

—Ahora mucho mejor. Sólo tengo que mirarte para desearte —admitió ella, encantada de que hubiera llegado por sorpresa.

—Sigue pensando en ello mientras me quito la ropa —dijo él, quitándose los pantalones.

Phoebe se agachó con intención de recoger la toalla del suelo, pero Jed la agarró de la muñeca para que se incorporara.

—No te molestes —dijo con una sonrisa sensual—. No la necesitas para lo que tengo planeado —se quitó el resto de la ropa.

Era perfecto. Tenía el cabello negro y un poco rizado. Sus ojos eran marrones y se oscurecían a causa de la pasión. Y su nariz estaba perfectamente colocada en la estructura de su rostro. Su boca era sensual, sus labios, perfectos y su mentón, prominente.

Phoebe podría pasarse la vida mirando su rostro, pero su torso desnudo era demasiado tentador y no pudo evitar deslizar la mirada por su cuerpo musculoso. Su miembro viril asomaba entre sus piernas poderosas...

—¿Te gusta lo que ves? —preguntó él, provocando que se sonrojara.

—Sí —lo amaba, y quizá había llegado el momento de darle la noticia. Pero antes de que pudiera encontrar las palabras adecuadas, él la tomó en brazos y la llevó hasta el dormitorio—. Espera, Jed... ¿no quieres tomar algo después del viaje? ¿Cómo es que has llegado una noche antes?

—Porque no podía esperar otro día más. Lo único que quiero para comer eres tú —la tumbó en la cama y se colocó a su lado.

Entusiasmada por el deseo que él mostraba hacia ella, Phoebe comenzó a acariciarlo y lo que pasó aquella noche no tenía igual. Él le hizo el amor despacio y con tanta pasión, que estuvo a punto de volverla loca de excitación, explorando cada curva de su cuerpo y

seduciéndola hasta llevarla al clímax. Phoebe se sentía como si estuviera poseída y consiguió liberarse de toda inhibición sexual. Era como si ninguno de los dos consiguiera saciarse y necesitara más.

Finalmente, horas más tarde, agotada entre sus brazos pero incapaz de dormir miró a Jed y se preguntó si su hijo se parecería a él. Se preguntó si el hecho de que él hubiera llegado antes de tiempo podía ser la sorpresa especial que él le había prometido y frunció el ceño. Era ridículo, pero ella se había hecho la ilusión de que fuera un anillo y había imaginado que Jed le pedía que se casara con él antes de que ella le dijera que estaba embarazada.

—Phoebe, ¿En qué piensas? ¿Qué pasa? —preguntó Jed.

Ella se incorporó y lo miró a los ojos.

—Nada. Me preguntaba si el hecho de que hayas venido antes de tiempo era la sorpresa que me prometiste. Si es así, he de decir que ha Sido una gran sorpresa —lo besó.

—Me alegro, pero no —la tumbó bocaarriba, salió de la cama y encendió la luz—. Quédate donde estás. Enseguida vuelvo —dijo él.

Phoebe lo observó salir desnudo de la habitación. Minutos más tarde, él regresó con una caja de piel negra en la mano.

—Siéntate, Phoebe. Por tu graduación universitaria —abrió la caja y le mostró una gargantilla de diamantes. Se la colocó en el cuello y la abrochó. Después, tras acariciarle los hombros y cubrirle los senos con las manos, añadió—: y también por tu graduación en la cama —le pellizcó los pezones con suavidad—. No imaginaba que el sexo pudiera ser mejor, pero me he sorprendido. Y tú me has acompañado durante todo el camino, sorprendiéndome aún más, mi maravillosa desvergonzada.

—Gracias, Jed —murmuró ella—. La gargantilla es preciosa.

Phoebe miró las piedras que colgaban de su cuello tratando de no desvelar la pequeña decepción que sentía. Sin embargo, al ver los dedos de Jed acariciándole los pechos experimentó de nuevo una fuerte excitación sexual.

Lo rodeó por el cuello y lo besó en los labios.

—Y te quiero —dijo ella.

Phoebe se lo había dicho montones de veces, pero, de pronto, se percató de que Jed nunca se lo había dicho en inglés. Le había dicho que era preciosa y que le encantaba su cuerpo, y ella había supuesto que le había dicho «te quiero» en griego, el idioma que empleaba en los momentos de pasión. Sin embargo, ya no estaba tan segura...

Convenciéndose de que era una tontería, se colocó a horcajadas sobre su cuerpo y le hizo el amor hasta que ambos quedaron agotados.

Phoebe se despertó al sentir una mano sobre su pecho y la presión de un miembro erecto contra el trasero.

—Ah, Phoebe, me gusta tanto acariciarte... —le susurró Jed al oído.

Ella se desperezó y gimió al sentir que Jed le acariciaba la entrepierna con la otra mano, pero su estómago tenía vida propia y no estaba nada calmado. De forma apresurada, Phoebe se bajó de la cama y corrió hacia el baño.

—¿Qué pasa, Phoebe? —preguntó Jed.

Incapaz de contestar, ella cerró la puerta y abrió el grifo del lavabo. A lo mejor con un poco de agua conseguía calmar sus náuseas. No le sirvió de nada y dos segundos más tarde estaba de rodillas frente al retrete y obteniendo muy poco resultado.

Despacio, se puso en pie y tras tirar de la cisterna se volvió para mojarse el rostro y lavarse la boca. *«Quizá si aprendo a moverme con más cuidado, evitaría las náuseas de la mañana»,* pensó mirándose en el espejo con una sonrisa. Todavía no le había cambiado el cuerpo. Tenía el aspecto de una mujer bien amada, y las marcas de la pasión sobre sus muslos y pechos eran la evidencia. También la gargantilla de diamantes que llevaba al cuello. Suspiró con alegría. No tenía ni idea de cuándo se lo pondría, pero era un regalo fantástico y la noche había Sido increíble. Jed le había demostrado lo mucho que la deseaba de una docena de maneras distintas, incluyendo un par de ellas que nunca había probado antes.

—¿Phoebe?

Ella oyó que él la llamaba.

Decidió que era un buen momento para decirle que estaba embarazada.

—Voy enseguida —contestó ella, agarrando una toalla del armario y cubriéndose el cuerpo con ella.

—¿Por qué has tardado tanto? —preguntó él mirándola con deseo y humor.

Ella se fijó en su cuerpo musculoso, tumbado sobre la cama, y se percató de que estaba ligeramente excitado. Él gesticuló con el dedo para que se acercara.

—Estoy esperando para disfrutar del sexo mañanero —dijo él con una sonrisa.

Phoebe se estremeció. Él la deseaba. Jed la amaba, podía verlo en su mirada. Dio un paso hacia él y sonrió.

—Estoy embarazada y pensaba que tenía náuseas —vio que se turbaba su mirada—. Pero no te preocupes, estoy bien —dijo ella, acercándose a la cama.

Él saltó de la cama y se puso en pie.

—¿Jed? —comenzó a decir ella, y se calló al ver que él se volvía hacia ella con una expresión de rabia en la mirada.

Jed permaneció un instante mirándola y, de pronto, pasó de ser un amante apasionado a un perfecto desconocido. Ella se estremeció de nuevo, pero a causa de un mal presentimiento.

Capítulo 2

Embarazada. Phoebe estaba embarazada. No era posible. Él había

tomado todas las precauciones posibles, pero ¿y ella? Jed se hizo la pregunta y sintió que lo invadía la rabia mientras buscaba una respuesta aceptable. Contar hasta diez no funcionó, así que siguió contando antes de volverse para hablar con ella sin gritar.

—Estoy seguro de que crees que estás bien —dijo con cinismo, mientras trataba de controlar la furia que sentía—. Ahí de pie, con un collar de diamantes y embarazada supongo que ahora dirás que el hijo es mío.

No podía creer que se hubiera dejado llevar por la supuesta inocencia de Phoebe. Ella era como las demás, si no peor, porque había conseguido aquello en lo que otras mujeres habían fracasado.

—Por supuesto que es tuyo.

Él percibió asombro en su voz, pero lo ignoró.

—Sabes que eres el único hombre con el que he hecho el amor. Te quiero, y creía que tú me querías.

—Te equivocaste. No creo en el amor y por ello no quiero a nadie.

—¿Por qué te comportas así? —preguntó ella.

—¿Por qué? Porque no deseo que me engañen diciéndome que soy padre —dijo con sarcasmo—. Recuerda desde el principio. Siempre he utilizado protección. Entonces, tú sugeriste empezar a tomarte la píldora y yo, tonto de mí, debido a que eras virgen me dejé llevar por la tentación de disfrutar del sexo sin preservativo por primera vez en mi vida. Te presenté a mi médico privado, el doctor Marcus, y él te recetó la píldora anticonceptiva. Ni siquiera tenías que acordarte de ir a recogerla porque él quedó en que te las enviaría aquí. Por ese lado no ha podido haber ningún error, así que dime, ¿cuándo ha tenido lugar el embarazo?

—El fin de semana que estuvimos en parís. Me olvidé de llevarme la píldora.

—Tenía que haberlo imaginado —Jed comprendió enseguida las artimañas de Phoebe—. Recuerdo que la única vez que discutiste conmigo en lugar de comportarte como la amante apasionada de siempre fue cuando regresé de pasar semana santa en Grecia. Te quejaste de que nunca te llevaba de viaje conmigo y de que sólo habías salido del país para ir a Bélgica en un viaje de un día. Ni siquiera conocías París, y por eso te llevé. ¿Ahora pretendes que crea

que te dejaste la píldora por error y que no se te ocurrió mencionarlo en los tres días que estuvimos allí? Qué bien te ha venido —dijo en tono de mofa—. Eso fue a finales de abril y estamos a principios de julio... Debes de estar embarazada de dos meses.

—De nueve semanas —dijo ella.

—¿Por qué has tardado tanto en decírmelo? No me lo digas... Deja que lo adivine. Esperaste a terminar los exámenes y a licenciarte, pero no tenías intención de ponerte a trabajar, sino de vivir de manera lujosa a mi costa. Eres una mujer muy inteligente. Phoebe, y lo has hecho en el momento perfecto, pero a mí nadie me toma por tonto y si tu comportamiento descocado y espectacular de anoche en la cama tenía la intención de ablandarme para que me case contigo, no has tenido suerte. Ningún hombre espera que su amante se quede embarazada.

—No he Sido tu amante. Nunca seré la amante de nadie. Creía que eras mi novio. Pensaba que...

Él la interrumpió.

—Basta, Phoebe, no finjas ser tan inocente. Fui yo quien te buscó este apartamento.

—Creía que estaba cuidando de la casa y de Marty.

—Así era, pero mi amigo me vendió la casa tres meses después de marcharse y dijo que podías quedarte con el gato. Al parecer, él ha encontrado otro tipo de felino con quien acurrucarse... Espero que sea menos malvada que tú.

—¡Malvada! —exclamó ella—. ¿Cómo puedes llamarme eso después de lo que hemos compartido?

—Fácilmente. Te he dado un coche, joyas, ropa... Podías tener todo lo que quisieras. Pero nunca te ofrecí un anillo de boda, y sabías que sería así desde el principio y estabas de acuerdo conmigo. Si en algún momento has pensado que podías atraparme con un hijo no planeado, piénsalo de nuevo.

Phoebe se dejó caer sobre la cama. Él no quería a su hijo y eso era como recibir una puñalada en el corazón. No podía mirar a Jed y respiró hondo varias veces. Finalmente admitió que llevaba engañándose desde el principio de su relación. Mientras que ella se había enamorado de él y lo conSideraba su novio, él sólo la

conSideraba una amante y la trataba como a tal.

Todos los pequeños detalles del pasado cobraban sentido. No era de extrañar que Jed nunca le hubiera ofrecido que fuera a Grecia con él para conocer a su familia y amigos. Jed siempre tenía una excusa para no estar con ella cuando su tía Jemma iba a verla a Londres desde Dorset, y ella se lo había pedido varias veces.

Jed la había conquistado, la había llevado a cenar y se había acostado con ella. Le había regalado un coche una semana antes de navidad. Ella había intentado rechazarlo, pero él había insistido en que lo aceptan diciéndole que le resultaría útil para regresar a su casa en vacaciones. Él no había podido pasarlas con ella porque siempre iba a Grecia durante las fiestas. Del mismo modo había insistido en que aceptan un broche seis semanas después de conocerse, un brazalete de diamantes el día que cumplió veintiún años en agosto, y en llevarla a comprar ropa de diseño y lencería.

Ella había aprendido que era más fácil aceptar sus regalos de manera agradecida que objetar. Pero nunca había conocido a ninguno de sus amigos, aparte del hombre a quien pertenecía originalmente el apartamento, y del doctor Marcus, con quien él había ido al colegio. Ella no había Sido más que su amante en Londres. El fin de semana en París había Sido el único viaje que habían hecho juntos. De pronto, una idea invadió su cabeza. Si él no la conSideraba más que una amante, quizá no era la única. Era probable que tuviera otras en Nueva York y en Grecia, y quién sabía dónde más.

Phoebe encorvó la espalda y agachó la cabeza. Se pasó las manos por el cabello y pestañeó para contener las lágrimas que se agolpaban en sus ojos. ¿Cómo podía haber Sido tan tonta y estar tan equivocada acerca de Jed, su primer y único amor?

Liz tenía razón y ella había estado demasiado enamorada como para reconocer la verdad...

Jed miró a Phoebe y vio que estaba destrozada. Por supuesto que, si estaba embarazada, se ocuparía de ella. Pero primero necesitaba que el doctor Marcus confirmara que Phoebe estaba embarazada y, puesto que él había estado fuera varias semanas, necesitaba confirmar que el hijo era suyo antes de pensar en casarse con ella. Ningún hijo suyo nacería fuera del matrimonio. Aunque el matrimonio significan el fin de su soltería.

No podía tratar con Phoebe en esos momentos. Necesitaba tiempo

para pensar y tenía una reunión al cabo de una hora.

Se acercó a ella y colocó una mano sobre su hombro. Notó que ella se retiraba y se enfadó de nuevo.

—No tengo tiempo para esto —dijo él en tono cortante—. Tengo reuniones a las que no puedo faltar durante todo el día, y mañana por la noche tengo que estar en Grecia para el cumpleaños de mi padre.

Lo más importante para Jed era que su padre iba a jubilarse. Al día siguiente por la noche, él se convertiría oficialmente en el preSidente de Sabbides Corporation, la empresa que llevaba dirigiendo extraoficialmente durante los últimos años. Phoebe no tenía por qué saberlo. Su negocio no tenía nada que ver con ella.

—Pero no te preocupes, hablaré con Marcus antes de marcharme. Es un doctor estupendo y muy discreto. Se ocupará de tu embarazo y yo pagaré por todo. Te lo aseguro.

Ella levantó la cabeza despacio y lo miró durante un largo instante.

—No estoy preocupada, y sé que el doctor Marcus lo hará —dijo ella.

—Bien —repuso Jed. Nunca había visto a Phoebe tan apagada. Quizá debía decirle algo. Pero no solía manifestar sus sentimientos y seguía en estado de shock, así que dijo sin más—: Necesito darme una ducha —y se metió en el baño.

Diez minutos más tarde, después de una ducha de agua fría, había tenido tiempo para pensar. Quizá había Sido un poco duro con Phoebe. Se vistió y salió a buscarla. La encontró sentada en la cocina, con una taza de té en una mano y acariciando al gato que estaba en su regazo con la otra.

—Tengo que irme. Te veré esta noche y hablaremos de los arreglos necesarios.

Phoebe dejó la taza sobre la mesa y miró a Jed. Iba elegantemente vestido con un traje gris, una camisa blanca y una corbata de seda. ¿Cómo podía haber pensado que aquel hombre era su novio? Había cumplido treinta años el mes anterior y ella le había comprado una alianza del siglo XIX con forma de corazón. La había visto en una tienda de antigüedades y había pensado que él vería el simbolismo de su regalo, que ella le estaba entregando su corazón. ¿No era una

tontería? Él sólo se había fijado en su cuerpo, y encima pensaba que ella lo había traicionado.

Él le había hecho pedazos el corazón al acusarla de haber planificado el embarazo para conseguir su dinero. El hecho de que Jed, el hombre al que amaba, pudiera pensar tan mal de ella indicaba que él no había llegado a conocerla bien. Mientras que ella pensaba que le había llegado al corazón, lo único que había Sido para él era una mujer ardiente en la cama. Su amante...

Al decirle que su amigo el médico se ocuparía de su embarazo, como si la criatura que llevaba en el vientre no fuera nadie de importancia, ella supo que habían terminado. Para siempre.

Jed no quería tener un hijo. No entraba en sus planes... ¿qué tipo de hombre era el que ni siquiera podía compaginar un bebé con su agenda de trabajo? Pero el trabajo era su vida y todo lo demás era secundario. La solución que le ofrecía era la de pagar al médico amigo suyo para deshacerse del bebé. El trabajo, el dinero y el poder que todo ello conllevaba eran su prioridad, y ella había Sido una gran idiota al pensar que era de otro modo.

Phoebe oyó que se cerraba la puerta. Se puso en pie, entró en la habitación y se dejó caer sobre la cama. Con la cabeza contra la almohada comenzó a llorar por el amor que nunca tuvo y por la pérdida de sus ilusiones, hasta que finalmente se quedó dormida por puro agotamiento.

Phoebe se despertó sobresaltada y desorientada. Miró el reloj de la mesilla y vio que eran las tres de la tarde. ¿Qué estaba haciendo en la cama? Entonces, lo recordó todo...

Permaneció en la cama repasando todo lo que había sucedido desde que Jed llegó la noche anterior... Cómo había pensado que la manera apasionada en que habían hecho el amor confirmaba que él la amaba... Sin embargo, se percataba de que para un hombre moderno y atractivo como Jed, ella sólo había Sido poco más que una esclava sexual, una mujer dispuesta a hacer todo lo que él le pidiera. Recordó todo lo que había acontecido el año anterior y se sorprendió ante su propia estupidez. Todos los regalos que él le había hecho no eran más que el pago por los servicios prestados.

Esa mañana, al decirle que estaba embarazada, había descubierto al verdadero Jed Sabbides.

Su manera de reaccionar la había dejado destrozada y, al recordar

que él había dicho que esa misma noche hablarían de los arreglos necesarios, el pánico se apoderó de ella.

No se atrevía a quedarse allí. Jed tenía una fuerte personalidad y, en el fondo, ella no se fiaba de sí misma a la hora de enfrentarse a él si le sugería que abortara.

Tenía que marcharse del apartamento y alejarse de Jed. Tenía que recoger sus cosas... Saltó de la cama y se dirigió hacia la cómoda, tropezándose con el gato...

Jed Sabbides finalizó la conferencia que había mantenido con el otro lado del atlántico. La reunión de las dos de la tarde que había mantenido con alguien en Nueva York había Sido un éxito. Eran las siete de la tarde y había terminado de trabajar. Se pasó la mano por el cabello y pensó en Phoebe. Había conseguido no pensar en ella durante el día, pero ya no tenía excusa.

Se abrió la puerta del despacho y entró Christina, su secretaria.

—¿Me necesitas para algo más?

—No —contestó él—. Vete.

—Pareces cansado, Jed. Deja que te traiga un whisky y te daré un masaje en el cuello si quieres... Te ayudará a relajarte.

—El whisky vale, el masaje no —miró a su secretaria sorprendido de que ella le hubiese ofrecido darle un masaje. Debía de tener peor aspecto de lo que pensaba porque no era su estilo ofrecerle un masaje. Christina era una chica de cabello oscuro, atractiva y muy eficiente. Él se conSideraba afortunado por tenerla. No había posibilidad de que Christina se quedara embarazada por error... Ella nunca cometía errores. ¿Y Phoebe? Era mucho más joven, y él había Sido su primer amor. Quizá su embarazo había Sido un verdadero accidente.

—Aquí tienes el whisky —Christina dejó el vaso sobre el escritorio y la botella a su lado. Después se colocó detrás de él—. ¿Estás seguro de que no quieres que te relaje la musculatura? —colocó las manos sobre su cuello.

—Sí —se encogió de hombros para que retirara las manos—. Márchate, Christina, estoy bien.

—De acuerdo —se agachó y le susurró al oído—. No olvides que mañana nos vamos a Grecia. Intenta descansar.

«Sólo está preocupada por mí», pensó él mientras ella cerraba la puerta. Entonces recordó lo poco que se había preocupado por Phoebe aquella mañana.

Agarró el vaso y bebió un largo trago de whisky. ¿Cuándo se había convertido en un demonio cínico y terco?

Nunca había deseado casarse, pero sabía que en algún momento le gustaría tener un hijo y un heredero para su fortuna. Había tenido una infancia feliz, con unos padres que lo querían y una hermana. La tensión entre su padre y él había surgido a partir de la muerte de su madre, cuando él tenía diecisiete años, y como consecuencia de los múltiples matrimonios de su padre. El más reciente, el tercero después de su madre, lo había contraído con una mujer más de treinta y cinco años más joven que intentaba conquistar a Jed cada vez que regresaba a casa.

Jed se terminó el whisky y se sirvió otra copa. No confiaba en las mujeres, excepto en su madre y en su hermana, y nunca había pensado en casarse. Pero también sabía que no permitiría que un hijo suyo fuera ilegítimo.

Phoebe, la bella y sexy Phoebe... ¿sería tan duro casarse con ella? Él había Sido su primer amor, y la idea de que ella hubiera estado con otro hombre era algo que no le gustaba ni contemplar. Bebió otro trago de whisky.

No creía en el amor, pero sí en la continuidad del apellido familiar. Si tenía que casarse, Phoebe era una buena candidata. No podía negar que la química que había entre ambos era fantástica. Él nunca había disfrutado de una relación sexual tan buena en su vida y, desde luego, no le apetecía prescindir de ella. Habían estado juntos más de un año, una buena señal para el futuro, y ella estaba embarazada de él.

Jed se terminó el whisky, descolgó el teléfono y pidió la limusina que utilizaba cuando no quería conducir. Se puso en pie tras tomar una decisión. Se casaría con ella. Sorprendentemente, no se sentía tan atrapado como en un principio.

Miró el reloj y vio que eran las ocho de la tarde. Llamó a Marcus y quedó con él para cenar. Era la única persona con la que podría hablar sobre la situación con sinceridad y confiaba en él. Jed no sabía nada

acerca del embarazo y, aunque en el fondo no creía que Phoebe le hubiera Sido infiel, prefería preguntarle a Marcus cuándo podría comprobarse la paternidad. A Phoebe no le pasaría nada por esperar un poco más para la boda.

Salió del despacho, cerró la puerta y tomó el ascensor hasta la planta baja.

Le contaría a Phoebe su decisión. Podía imaginar la cara que pondría ella al enterarse de que él estaba dispuesto a convertirla en una mujer honrada.

Después de la cena con Marcus le pidió al chófer que primero dejara a Marcus

En casa y que después lo llevara al apartamento. Al llegar allí lo encontró vacío, excepto por la presencia del gato y de una nota que había sobre la mesa del recibidor.

Phoebe estaba tumbada en la camilla del hospital mirando al techo. Había llorado durante horas, hasta que ya no podía llorar más. Se sentía adormecida y vacía por dentro. Era totalmente ajena al ruido y al ajetreo del hospital.

No sabía en qué hospital estaba, pero sí que la había atendido el doctor Norman.

Sólo podía oír la voz del médico diciéndole que había perdido al bebé, pero que no se preocupara porque montones de mujeres perdían a su hijo durante el primer trimestre. Ella era joven, estaba sana y podría tener más hijos.

Phoebe sabía que el doctor sólo trataba de consolarla, pero nadie ni nada conseguiría hacerlo. Se llevó la mano al vientre y pensó en que a pesar de que sólo sabía que estaba embarazada desde hacía diez semanas, ya había desarrollado amor y la neceSidad de protección hacia la criatura que había llevado en el vientre.

Ya no. El bebé había muerto y se había llevado con él la confianza de su corazón. Su vida había cambiado drásticamente, porque independientemente de lo que pasara en el futuro, nunca olvidaría el dolor y la desesperación que había sentido ese día.

El médico le había dicho que debía pasar allí la noche y que le daría cita para hacerle un legrado la siguiente semana. También que debía descansar.

—Phoebe.

Al reconocer la voz de Jed volvió la cabeza. Él estaba en la puerta y la miraba con una mezcla de asombro y disgusto. Ella se preguntaba cómo no se había fijado nunca en lo frío y despiadado que podía ser.

—He hablado con el médico al entrar. Me ha contado lo que ha pasado. Lo siento mucho, Phoebe. Pero te aseguro que vas a estar bien, yo me encargaré de ello —dijo él, mirando a su alrededor—. No puedo creer que la ambulancia te trajera aquí y que tú me dejaras una nota para que diera de comer al gato. Deberías haberme llamado. O al doctor Marcus. Lo he llamado y he enviado un coche para que vaya a recogerlo. Llegará en cualquier momento y te sacaremos de este caótico lugar.

Cuando oyó mencionar al doctor Marcus, Phoebe cerró los ojos. *«Si no hubiera pensado en que Jed iba a contratarlo, no me habría entrado pánico y no estaría aquí»*, pensó ella, reviviendo el fuerte dolor que había sentido en el vientre y que la había hecho caer. Se había levantado despacio y había decidido prepararse una infusión para tratar de calmar el dolor. Después, sentada a la mesa de la cocina, se percató de que algo iba mal. Se dobló por la cintura al sentir un dolor tan intenso que le cortó la respiración. De pronto, notó un líquido en la entrepierna y se levantó para ver que la sangre corría por sus piernas.

Agarró el teléfono y llamó al servicio de urgencias, pero cuando llegó la ambulancia, supo que era demasiado tarde.

Había estado allí seis horas y, en ese tiempo, la pequeña vida que había en su interior había terminado. Abrió los ojos y miro de nuevo a Jed. El padre de la criatura. Nunca volvería a confiar en él...

Jed había tenido la arrogancia de sugerir que ella debería haberlo llamado. Vaya broma. Era casi medianoche y, evidentemente, no había tenido prisa en llegar allí. Estaba claro que ni ella ni su bebé eran tan importantes para Jed como su trabajo.

—No —dijo ella.

Ya no necesitaban al doctor Marcus el pánico que había sentido, el gato y la esquina de la cómoda de cajones habían hecho el trabajo por Jed.

—No es un lugar caótico, sino un hospital público muy ocupado... El tipo de sitio que frecuentamos el común de los mortales. Y respecto

a lo de irme a otro sitio, ya no tiene sentido. Ya he perdido al bebé. Deberías alegrarte ahora que se ha solucionado el problema.

—Santo cielo —dijo Jed al cabo de un momento.

Era culpa suya que Phoebe estuviera tumbada en aquella cama de hospital, y el sentimiento de culpabilidad que había experimentado cuando el doctor le contó lo sucedido, se intensificó.

—Phoebe —se acercó a la cama—. Nunca pensé en que ese niño fuera un problema, y siento que lo hayas perdido... Tienes que creerme.

Phoebe estaba pálida y Jed se sorprendió de la pena y el arrepentimiento que sentía al mirar a sus ojos azules. Unos ojos que ya no brillaban, apagados por la aceptación de lo que le había sucedido. Se sentía como un ogro.

Se sentó en la cama, se inclinó para besarla en la frente y le agarró la mano.

—Debes creerme, Phoebe —repitió él. Ella lo miró con frialdad y, entonces, añadió—: nunca se me ocurrió que pudieras perder al bebé. Esta mañana estaba enfadado, pero por la tarde, cuando me recuperé del shock, decidí que me gustaba la idea de que nos convirtiéramos en una familia. Iba a decírtelo esta noche.

«Qué fácil es decir eso ahora», pensó Phoebe, y sintió que él le apretaba la mano. Jed la miró y a Phoebe le pareció ver dolor y angustia en su mirada. Ella notó que la compasión se instalaba en su corazón.

No, no era posible. Jed no volvería a hacerla sentirse como una idiota.

—Era un detalle, pero no es necesario. He perdido al bebé —murmuró ella—. Pero míralo por el lado bueno, Jed. Te has ahorrado un montón de dinero.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Jed, tratando de contener la rabia—. Puedes acusarme de muchas cosas, Phoebe, pero no de ser mezquino. Prometo que podrías tener todo lo que quisieras.

Lo único que quería era recuperar al bebé y eso no era posible. Sabía que Jed era muy generoso con las cosas materiales, pero era el peor hombre que había conocido nunca a la hora de gestionar sus

emociones. Eso si tenía emociones. Tenía un autocontrol increíble y era muy arrogante. Jed Sabbides siempre tenía razón...

—Sí, tienes razón —dijo Phoebe—. Es cierto que para ti no significa nada el coste de un médico privado.

Jed tenía la sensación de que se le escapaba algo, pero, en ese momento, entró Marcus con el doctor Norman y una enfermera. Se puso en pie y se dirigió a su amigo:

—Quiero sacar a Phoebe de aquí, Marcus, y que te ocupes de ella inmediatamente.

—Es medianoche, Jed, y Phoebe está agotada. Será mejor esperar a mañana —contestó Marcus, y el doctor Norman asintió.

Marcus, quiero lo mejor para Phoebe y no es esto.

—No voy a irme a ningún sitio —murmuró Phoebe, y los tres se volvieron para mirarla—. Sólo quiero dormir.

—Ella está bien, caballeros —el doctor norman habló de nuevo—. Permitan que la enfermera le dé un calmante y continuaremos hablando fuera de la habitación.

Phoebe estaba de pie en la cocina, hablando con el gato.

—Tenías razón acerca de Jed, Marty. Debería haberme fiado de tus instintos en lugar de los míos. Jed Sabbides, por muy rico que sea, es muy pobre tanto emocional como moralmente. Es un hombre despiadado y despreciable. Lo odio —el gato ronroneó como si estuviera de acuerdo—. Ahora eres mío, y tú y yo nos vamos.

Agarró al gato y lo metió en el transportín después recogió la bolsa donde estaba el joyero y salió del apartamento sin mirar atrás. Tenía las maletas en el recibidor y su coche estaba aparcado en la puerta.

Phoebe le dio las gracias al portero por ayudarla a meter las maletas en el coche y colocó el transportín en el asiento de atrás antes de sentarse al volante.

El día después de sufrir el aborto, Jed estaba en el hospital cuando el doctor Norman le dio el alta. Destrozada por la pérdida, estaba demasiado débil para resistirse al ofrecimiento de Jed de llevarla al

apartamento.

El doctor Marcus le había asignado una enfermera para que se quedara con ella el fin de semana, aunque Jed había insistido en que él podría cuidar de ella. La semana siguiente Phoebe tenía una cita en la clínica privada de Marcus para hacerse un legrado y después de que la enfermera y Phoebe le insistieran para que se marchara, Jed había partido hacia Grecia para asistir al cumpleaños de su padre.

—Tienes mi número de teléfono móvil —había dicho él—. Llámame si me necesitas. Volveré el domingo por la noche. Cuenta con ello —después le prometió que la acompañaría a la cita del médico la siguiente semana, le dio un beso de despedida y se marchó.

Había llegado el lunes, la enfermera se había marchado y Jed no había regresado. Phoebe había intentado contactar con él la noche anterior y una tal Christina, su secretaria, había contestado su teléfono. Tras una esclarecedora conversación, Phoebe decidió que se marchaba a casa...

No podía creer que hubiera Sido tan débil como para permitir que Jed la engañara de nuevo... *«Nunca más»,* se prometió en silencio.

El amor y la ternura que creía que sentía por él se habían convertido en frío y amargo desdén, así que hizo lo que él esperaba que hiciera una amante. Se había llevado todo lo que él le había dado, incluido el coche.

No podía equipararse al precio de haber perdido un hijo.

Capítulo 3

—Podías haberme dicho que era la embajada griega, en lugar de decir que era una embajada sin más —dijo Phoebe, mordiéndose el labio inferior con nerviosismo. En los últimos cinco años no hacía más que encontrarse con griegos en el camino.

—¿Y qué diferencia hay? Extranjeros, griegos, franceses, a este tipo de cosas acude el mismo tipo de gente. Deja de preocuparte, Phoebe. Estás estupenda con esa ropa plateada, y encajas perfectamente entre la élite internacional de nuestra ciudad. De hecho, eres la mujer más guapa que hay aquí.

—¡Eres un adulador, Julian! Y mi vestido no es de color plata, sino gris perla —le informó a su pareja con una sonrisa mientras avanzaban para que los presentaran ante el embajador griego en Londres—. Y claro, este baile es un gran avance para la profesora de historia de Dorset...

—¡Tonterías! Has estudiado política e historia, y eres más inteligente que la mayoría de las mujeres de aquí. ¿Estás segura de que no querrías cambiar de profesión y trabajar conmigo en la oficina de asuntos exteriores de Londres?

—No... Y de todos modos, tú nunca estás en Londres, sino que pasas la mayor parte del tiempo en otras partes del mundo.

Julian negó con la cabeza

—Me conoces demasiado bien, ése es el problema —dijo con un suspiro.

Phoebe se rió, pero era verdad. Él era tres años mayor que ella y se conocían de casi toda la vida. Su tía Jemma había trabajado durante años como secretaria del padre de Julian y, tras la muerte de su padre, él lo había heredado todo. Pero en lugar de dedicarse a tiempo completo a gestionar la finca de Gladstone. Tal y como había hecho su padre, él había contratado a un administrador puesto que prefería trabajar para el gobierno.

La tía de Phoebe vivía en una casa a las afueras de un pueblo de la finca, y Phoebe había pasado allí muchas vacaciones de verano. Tras

la muerte de sus padres, aquella casa se había convertido en su hogar permanente. *«Y todavía lo es»*, pensó con una media sonrisa.

—Deja de pensar en las musarañas —le dijo Julian—. Es nuestro turno —se detuvo—. Phoebe, te presento a Alessandro, el embajador griego y un gran amigo mío. Debo añadir que es viudo y que las mujeres de Londres lo echarán mucho de menos cuando regrese a su país el mes que viene.

Phoebe sonrió ante una presentación tan informal y tendió la mano para saludar al hombre que tenía delante.

—Encantada de conocerlo. Soy Phoebe Brown.

Era un hombre muy atractivo, con pelo cano y una cálida sonrisa. Aquel baile era la manera de despedirse del resto de los embajadores de la comunidad internacional de Londres. Algo que Julian no le había dicho cuando la convenció para que asistiera al baile con él.

—El placer es mío, Phoebe. Ahora comprendo por qué Julian ha pasado tanto tiempo en Dorset últimamente. Siempre es agradable conocer a una bella mujer.

Phoebe se sintió halagada cuando él le preguntó un par de cosas acerca de su vida.

Phoebe empezaba a encontrarse más tranquila y agarró a Julian del brazo mientras bajaban por la escalera hasta el salón de baile. Él agarró dos copas de champán de una bandeja que llevaba un camarero y le dio una a ella.

—¿No es tan terrible como temías? —chocó la copa con la de ella —. Por una noche interesante.

Phoebe sonrió y bebió un sorbo de champán.

—¿Sabes, Julian?, puede que por una vez tengas razón.

La banda empezó a tocar un vals y Julian le retiró la copa y la dejó sobre una mesa cercana.

—Estoy seguro de que puedo hacer esto —dijo él, rodeándola por la cintura y agarrándola de la mano—. Vi varios programas de baile de salón mientras estuve confinado en el campo durante tanto tiempo.

Phoebe soltó una carcajada.

—Unas semanas con las piernas escayoladas y una convalecencia de dos meses mirando la televisión no te hace un gran bailarín —dijo ella.

—Qué poca fe tienes —se mofó él, y la guió hasta la pista de baile.

Sorprendentemente, era un excelente bailarín, y Phoebe supo que no había aprendido gracias a la televisión, aunque era cierto que había estado durante mucho tiempo en la casa familiar de Dorset tras partirse ambas piernas en un accidente de moto.

Julian era un hombre soltero y muy atractivo, con pelo rublo, ojos grises y una pícara sonrisa, que tenía veintinueve años y le gustaba alardear de ser un hombre de mundo. Pero a pesar de ser un antiguo amigo de la familia, durante los últimos meses había convertido su relación con Phoebe en algo más. Al principio ella había pensado que era porque al no haber mucha oferta femenina en Dorset, él la conSideraba la mejor opción. Pero sus besos eran persuasivos y él estuvo a punto de convencerla de que no era por eso. Esa noche, después del baile, se quedarían en su apartamento de Londres y, aunque él nunca se lo había dicho, ella tenía la impresión de que esperaba algo más que unos cuantos besos. Pero puesto que ya le habían hecho daño, ella estaba un poco reacia.

De hecho, no estaba segura de si no habría cambiado de opinión si hubiera sabido que el baile era en la embajada griega. Pero era demasiado tarde. Además, era evidente que sus temores eran infundados, y estaba divirtiéndose.

—¿Qué piensas?

Phoebe lo miró con una sonrisa.

—Si eres bueno, te lo contaré más tarde —bromeó ella, y él se detuvo un instante y la abrazó con fuerza.

—Créeme, puedo ser muy bueno cuando llega el momento —su mirada era explícitamente sexual.

—Compórtate y baila —dijo ella sonriendo, y se estremeció. Quizá había llegado el momento de dar un paso más. Llevaba manteniendo el celibato durante mucho tiempo...

Entonces, notó que se le erizaba el vello de la nuca y tuvo una extraña sensación que nada tenía que ver con Julian. Alguien la estaba mirando.

Diez minutos más tarde, de pie junto a la barra de la habitación contigua, Julian pidió un whisky con soda y un zumo de frutas para Phoebe. Una copa de champán era suficiente para ella, y seguía teniendo sed. Ella bebió un largo trago antes de dejar la copa sobre la barra.

—Esto es una embajada, ¿verdad? —preguntó sonriendo a Julian —. Entonces, ¿dónde están los Ferrero Rocher? —bromeó. Estaba riéndose cuando el embajador apareció y los interrumpió.

—Es una vieja broma —se rió—. Pero me alegra ver que lo estáis pasando bien. Ahora, permitidme que os presente a mi hija Sophia.

Phoebe se volvió y estrechó la mano de una mujer atractiva y sonriente.

—Y éste es su novio, Jed Sabbides, el preSidente de Sabbides Corporation —el embajador se echó a un lado—. Nuestras familias son amigas desde hace años —comentó con orgullo.

Al oír el nombre, Phoebe se quedó helada. Jed estaba delante de ella y entonces, ella supo quién la había estado observando. El peor de sus temores se había convertido en realidad.

Incapaz de pronunciar palabra y tensa por el shock, se fijó en el rostro poderoso de Jed Sabbides, el hombre que había Sido su primer amor. Con el corazón acelerado, respiró hondo para intentar calmarse.

Él iba vestido con un traje negro, una camisa blanca y una pajarita negra. Sus ojos se oscurecieron al mirarla. Él parecía mayor y tenía algunas canas en su cabello negro. Los rasgos de su rostro arrogante eran un poco más pronunciados. Tenía treinta y tantos años y el paso del tiempo sólo había servido para darle un aspecto de mayor seguridad en sí mismo, pero ella lo habría reconocido en cualquier lugar.

Phoebe hizo un gran esfuerzo para seguir sonriendo mientras los presentaban.

¿Admitiría Jed que ya la conocía? No, por supuesto que no. Estaba con su novia, por el amor de dios.

—Phoebe —una mano fuerte le estrechó la suya.

—Un placer, otra vez, Jed —dijo ella.

—El placer es mío —dijo él, mirándola a los ojos con cierto brillo de ironía.

Ella retiró la mano antes de que él pudiera agarrarle los dedos y se acercó a Julian como en busca de protección.

No porque la necesitara. Era evidente que Jed no conSideraba necesario comentar que se conocían y Phoebe se sintió aliviada. Aparte de su tía Jemma, nadie sabía que había tenido una relación con ese hombre, y así era como quería que fuera.

Durante la conversación. Phoebe trató de intervenir lo menos posible y evitó mirar a Jed Sabbides.

Su mirada se posaba en Sophia, su novia. Era una mujer menuda y bella que lucía un vestido rojo sin tirantes que se ceñía a su cuerpo. Sophia era el tipo de mujer con el que se casaría un magnate griego como Jed. Rica, amiga de la familia y griega, por supuesto.

—¿No nos hemos visto antes en algún sitio, Phoebe? —le preguntó Jed en un momento dado.

Phoebe no tuvo más remedio que mirarlo.

No le importó. Jed nunca la había conSiderado bastante buena para él: simplemente había Sido su amante. En esos momentos, ella se sintió afortunada porque desde luego él no era el hombre adecuado para ella...

Si él creía que podría provocarla con sus preguntas, se equivocaba. Se necesitaban dos personas para jugar a ese juego. Y ella ya no era la chica ingenua que él había seducido, sino una mujer madura. Haber impartido clases durante tres años a chicas adolescentes, más interesadas en los chicos que en estudiar, la había enseñado a ser asertiva y con carácter.

—No, debes de confundirme con otra persona. Esto es lo más cerca de Grecia que he estado nunca —desde luego él nunca la había llevado...

Phoebe se fijó en el brillo de diversión de su mirada el muy cretino estaba disfrutando de aquello.

—Entonces, ¿quizá eres una modelo y te he visto en las revistas? —sugirió él, y ella supo que le estaba tomando el pelo.

—No, me temo que no. La novia de Jed lo agarró del brazo y comentó:

—Los hombres no tenéis ni idea de modelos, Jed —bromeó Sophia —. Phoebe es demasiado grande para ser modelo. Todas son extremadamente delgadas, tipo perchero.

Phoebe dejó de sentir lástima por el hecho de que Sophia tuviera un novio tan arrogante como Jed. Decidió que hacían buena pareja. Detrás de aquella falsa sonrisa y aquellos grandes ojos marrones había una zorra con un gran trasero.

Phoebe había engordado un poco en los últimos cinco años, pero no se podía decir que estuviera gorda. Era profesora de educación física e historia y estaba en buena forma, aunque quizá un poco voluminosa en el pecho. Pero había un buen motivo para ello y no estaba dispuesta a que aquella pareja lo descubriera.

—Tu novia tiene razón —le dijo a Jed, pero mirando a Sophia—. De hecho, soy profesora de historia en un colegio de chicas que está cerca de casa —los informó. Después agarró el zumo y bebió un trago, deseando que Julian no la hubiera convencido para ir al baile.

—¿Historia? Una asignatura interesante. ¿Qué prefieres enseñar? ¿Historia antigua o contemporánea? —preguntó Jed, arqueando una ceja.

—Ambas —contestó ella, fulminándolo con la mirada.

—Está muy bien. La historia puede enseñarnos mucho sobre la gente. ¿Era ella la única que percibía el cinismo en su tono de voz?

—Estoy segura de que no hay nadie que pudiera enseñarte muchas cosas —soltó Phoebe. ¿Por qué no podía haberse quedado calladita? Todos la miraban como si se hubiera vuelto loca. A lo mejor era cierto. Jed Sabbides siempre había tenido ese efecto sobre ella.

Julian soltó una carcajada y dijo:

—Huy, Phoebe, retiro lo que te dije acerca de que trabajaras conmigo en asuntos exteriores —la rodeó con un brazo por los hombros—. Nunca podrías ser diplomática. Decir lo que uno piensa es un gran fallo para un miembro del cuerpo diplomático —Julian inclinó la cabeza y la besó en los labios—. Pero en todo lo demás eres perfecta, Phoebe —añadió.

Durante un instante, Jed Sabbides se sorprendió al sentir que la rabia se apoderaba de él al ver que Julian Gladstone besaba a Phoebe. Habían pasado cinco años desde la última vez que la había visto, desde que regresó a casa y descubrió que ella lo había dejado llevándose todo lo que él le había regalado y el gato...

En aquel momento no le gustó lo sucedido, pero después de lo que había pasado entre ellos no le sorprendió. Él había continuado con su vida convencido de que Phoebe había hecho lo mismo. *«Phoebe no significa nada para mí»*, se dijo. Pero no pudo evitar provocarla preguntándose cuánto tiempo podría aguantar la mentira de que no se conocían.

Sin embargo, ver que otro hombre besaba a Phoebe había provocado en él un instinto de posesión que creía ya extinguido. Y ella llevaba los diamantes que él le había regalado, algo que lo ofendía aún más. Aunque ella se los había ganado. Nunca había tenido una compañera de cama tan buena como ella, y al pensar en ello notó que perdía el control.

—Ya recuerdo dónde te he visto, Phoebe —dijo Jed—. Trabajabas como recepcionista en un hotel en el que me alojé una vez. Creo que en aquella época eras estudiante.

—Es posible —contestó ella—. Una vez trabajé a media jornada en un hotel, pero por la recepción pasa tanta gente que no puedo acordarme de toda.

La mujer elegante que Jed tenía delante era todo lo contrario a la chica inocente y desvergonzada que recordaba. El vestido de seda gris que llevaba se ceñía a cada curva de su cuerpo, y los tacones la hacían parecer más alta. Ella lo miró fríamente con sus ojos azules, consciente de que se había ofendido y él no pudo hacer más que admirar su actitud desafiante. No recordaba que Phoebe hubiera Sido tan provocadora en el pasado.

—Vamos, Jed —Sophia lo agarró del brazo—. Están tocando nuestra canción. Vamos a bailar.

—Por supuesto —dijo él, mirando a Sophia después de haber recuperado el control. Se percató del pequeño detalle de que mientras que Phoebe lo hacía enfurecer, él no reaccionaba ante la mujer a la que pensaba pedirle matrimonio.

Condujo a Sophia hasta la pista de baile y la estrechó contra su cuerpo. La música era lenta y ella apoyó la cabeza contra su pecho. Él se alegró de que fuera así. No hacía falta hablar y así tenía tiempo para pensar.

No solía acudir a ese tipo de eventos, pero puesto que Sophia se lo había pedido y ella era la hija del embajador había aceptado. Pasarían la noche en la embajada y él había decidido que sería una buena oportunidad para pedir la mano de Sophia.

Sophia era una mujer atractiva y muy conocida por su trabajo como voluntaria en obras Benéficas en Atenas. También era griega y una amiga de la familia, así que él sabía lo que se esperaba de una esposa griega y, si era ancha de caderas, Jed podía sobrevivir con ello. Tenía el cuerpo adecuado para albergar a un hijo, o eso había pensado él media hora antes...

Sophia y su padre habían abierto el baile y Jed los había observado desde lo alto de la escalera con una copa de champán en la mano. Tras beber un trago y mirar alrededor de la sala, se había fijado en una pareja que estaba en medio de la pista.

La copa de champán tembló entre sus dedos. El hombre era alto y rubio y la mujer que estaba entre sus brazos era Phoebe... No tenía ninguna duda al respecto. Tenía su imagen grabada en la mente. Phoebe Brown...

Tenía el cabello recogido de forma que se le veían los rasgos del rostro, con la cabeza echada ligeramente hacia atrás, sonreía a su compañero. Jed recorrió su cuerpo con la mirada y se fijó en el escote del vestido que llevaba. Se metió las manos en los bolsillos, sorprendiéndose por la excitación que había sentido al verla. Pero ella siempre había tenido ese efecto sobre él y, al parecer, nada había cambiado...

Jed no fue capaz de apartar la vista de ella. El compañero de Phoebe la giró y él se fijó en que tenía el cabello mucho más largo. Entonces, reconoció una cosa.

El prendedor de diamantes con forma de mariposa que llevaba para sujetar su cabello era un regalo que él le había hecho. Era la primera joya que él le había comprado, y ella se la había llevado con todas las demás cosas cuando se marchó del apartamento.

En su momento, él conSideraba que no eran más que regalos,

entonces, ¿por qué le molestaba ver que llevaba su regalo mientras estaba con otro hombre? Por su manera de relacionarse se deducía que eran amantes, o quizá incluso marido y mujer.

Por algún motivo, prefirió no preguntarse demasiado por qué quería saberlo. Entonces vio que su prometida y su padre se acercaban y forzó una sonrisa. Fingiendo cierto interés por el hombre rubio le hizo algunas preguntas al embajador y descubrió mucho acerca de él.

Al parecer, Julian Gladstone era un adinerado terrateniente y una figura importante en la oficina de asuntos exteriores, conocido por su brillante dominio de los idiomas. El embajador no sabía mucho acerca de Phoebe, pero se ofreció a presentarle a Gladstone, diciéndole a Jed que le caería bien, ya que a todo el mundo le parecía agradable.

No había Sido así. Pero Jed comprendía por qué a Phoebe o a cualquier otra mujer podía gustarle.

—Jed, la banda ha dejado de tocar —Sophia se restregó de manera sensual contra su cuerpo y él no sintió nada—. Estás en otro mundo.

—Perdido entre tus brazos —dijo él, y la guió hacia el grupo de gente que había en la barra.

Sophia no se dejó engañar y se acercó a Julian pestañeando y le sugirió que bailaran.

Jed frunció los labios. No le importaba si Sophia era coqueta por naturaleza o si intentaba ponerlo celoso. Gladstone era un caballero y no podía rechazar la oferta, y así Jed tuvo oportunidad de hablar con Phoebe.

—Nos hemos quedado tú y yo, Phoebe —percibió rechazo en la mirada de sus ojos azules—. Baila conmigo —le pidió, y la sujetó por la cintura antes de que ella pudiera negarse.

Phoebe estaba dispuesta a decirle que no, pero al sentir la palma de la mano de Jed contra su piel se quedó sin respiración y él aprovechó para rodearla por la cintura y guiarla hasta la pista de baile.

Sonaba música lenta.

Ella apoyó la mano sobre su hombro para intentar mantener cierta distancia entre ambos.

Sólo tenía que bailar con él. No era necesario hablar. Volvió la cabeza un poco y miró por encima de su hombro, pero notaba la mirada de sus ojos oscuros sobre ella.

—Aunque no me mires, no conseguirás que me vaya, Phoebe —se rió Jed—. Así que deja de mirar al infinito y cuéntame cómo has estado. Bien, a juzgar por tu aspecto. Si acaso, estás más guapa que nunca.

Entonces, ella lo miró.

—Gracias, estoy bien —dijo ella, decidida a ser fría y cortés. Pero era difícil hacerlo mientras Jed la rodeaba con los brazos y la miraba fijamente a los ojos.

—Entonces dime por qué, teniendo en cuenta nuestra relación pasada, tengo la sensación de que desearías no haberme visto otra vez. Incluso negaste que nos conociéramos —dijo con una sonrisa.

—¿Yo? —Phoebe arqueó las cejas ligeramente—. Tuviste la oportunidad de reconocer que nos conocíamos cuando te dije: *«un placer, otra vez, Jed».* No la aprovechaste, y comprendo por qué. Es evidente que no quieres disgustar a Sophia. Pero lo que no comprendo es por qué empezaste con juegos estúpidos. Deberías alegrarte de que no contara la verdad —le dijo mirándolo fijamente—. Tu prometida no tiene por qué saber lo canalla que eres —sus palabras provocaron que él dejara de sonreír y se pusiera tenso.

—Sophia no es mi prometida.

—Díselo al embajador, porque creo que él espera que lo sea pronto.

—Puede que Sophia le haya dado esa impresión —dijo él—, pero no es cierta.

—Bueno, pues yo creo que hacéis una pareja perfecta.

De pronto se le ocurrió a Phoebe que si Jed estuviera casado y viviendo en Grecia con una familia, ella se sentiría mucho mejor y su secreto estaría a salvo.

—¿Y por qué me animarías a que me casara? ¿Quizá porque tú tienes planes respecto a Julian Gladstone y no quieres que le cuente nada acerca de nuestra relación y de cómo acabó? —preguntó—. ¿Es eso, Phoebe? ¿Quieres guardar nuestro dramático secreto?

Ella empalideció.

—No seas ridículo. Julian y yo somos amigos desde hace años y lo sabe todo acerca de mí. Sólo pensaba que Sophia y tú hacéis buena pareja.

—¿Y desde cuándo sois amantes?

—Eso no es asunto tuyo.

Jed no contestó, pero la miró fijamente. Entonces, entrelazó los dedos con los de ella y le apretó la mano contra su pecho.

Phoebe supo que estaba metida en un buen lío.

Notó que Jed deslizaba la otra mano sobre su espalda hasta encontrar la piel desnuda bajo la melena. Una oleada de sensaciones olvidadas la invadió por dentro.

Ella no quería sentirse así. No quería sentir nada por aquel hombre. Se puso tensa y trató de mantener el control.

Lo único que tenía que hacer era terminar aquel baile, esperar a que acabara la noche y después no volvería a ver a Jed.

—Ya basta de hablar de otras personas, Phoebe —dijo Jed, inclinando la cabeza para susurrarle al oído—. Disfruta del baile. En el pasado te encantaba bailar conmigo y eso no ha cambiado. Relájate... Sabes que eso es lo que quieres.

Estaba tan cerca de ella que podía oler su aroma masculino mezclado con el de la colonia que ella reconocía. Jed le acarició la espalda y la estrechó contra su cuerpo.

Phoebe levantó la vista y percibió el brillo de su mirada. De pronto, notó la presión de su miembro erecto contra su muslo y se estremeció con un nudo en el estómago.

—La química que había entre nosotros sigue viva, Phoebe. Siento que estás temblando —le dijo.

La chica que él conocía se habría sonrojado y derretido contra su cuerpo. Pero Phoebe ya no era esa persona. Tenía más coraje y se respetaba más a sí misma como para sucumbir ante un hombre como Jed, y lo más importante era que tenía que proteger algo más aparte de sí misma...

—Recuerda dónde estás y resérvate para tu novia. En cuanto a lo de temblar. Era un temblor de rechazo. No me gustas, Jed.

Jed Sabbides era una amenaza para la vida tranquila que ella se había procurado, y quería asegurarse de que él no quisiera volver a verla o a hablar con ella.

Él se detuvo y la miró. Dejó caer las manos a ambos lados de su cuerpo y apretó los labios. Ella esperaba que explotara en cualquier momento. Pero no fue así.

—Estás exagerando, Phoebe, pero te comprendo. Ya han dejado de tocar, ¿nos reunimos con los demás? —la agarró del brazo y puso una irónica sonrisa—. Por cierto, me alegra ver que todavía llevas el prendedor que te regalé. Te queda mucho mejor ahora que tienes el cabello más largo.

Phoebe se había olvidado de que llevaba el maldito prendedor en la cabeza. Era la única joya que había guardado y en ese momento se arrepentía de haberlo hecho. Se sonrojó...

—Así que todavía te sonrojas, Phoebe —dijo él, y sujetándola por la barbilla la miró a los ojos—. Me alegro de que guardes algo que yo te regalé, Phoebe, aunque ambos sabemos que no era lo que querías en realidad, y lo siento de veras —dijo con sinceridad.

La manera de reaccionar de Phoebe lo sorprendió. Ella giró la cabeza con brusquedad, pero no antes de que él pudiera ver el pánico en su mirada. Intentó agarrarla del brazo, pero ella lo evitó y se dirigió hacia Julian sin decir palabra.

El comportamiento de Phoebe lo intrigaba. A su manera él había tratado de ser amable al referirse a su pasado en común y al desafortunado aborto, no había pretendido provocarle pánico, y por eso se preguntaba qué había pasado.

Sentada con Julian en la parte trasera del coche que conducía un chófer, Phoebe le preguntó cuánto quedaba para llegar a su apartamento.

—No vamos a ir a mi apartamento, Phoebe, tranquila. Le he pedido a Max que nos lleve de vuelta a Dorset. Por mucho que me gustes, no quiero ser un sustituto de otro hombre. El viaje durará una hora o así. Hay tiempo de sobra para que me cuentes todo acerca de Jed Sabbides. Lo conocías, ¿verdad?

—Sí, lo conocí cuando estaba en la universidad —contestó, y le contó todo a Julian.

En cierto modo, la ayudó a ver desde otra perspectiva su manera de reaccionar ante Jed.

—Ese hombre no me pareció tan superficial, pero él se lo pierde —dijo Julian, y la rodeó con el brazo— olvídate de esa rata.

Y ella estuvo a punto de hacerlo…

Sobre todo cuando al llegar a casa, Julian le advirtió con una sonrisa:

—No voy a abandonar del todo, Phoebe. Estaré fuera un par de semanas o así y te llamaré cuando regrese.

La besó en los labios con delicadeza y se marchó.

Capítulo 4

Jed estaba sentado en una butaca de cuero negro en la central de Sabbides Corporation en Atenas. Sobre la mesa tenía una carpeta con documentación que le había entregado quince minutos antes Leo Kakis, su amigo y jefe de la empresa de seguridad que utilizaba a menudo.

¿De veras quería abrirla? Tenía un día muy ocupado y varias cosas importantes que hacer. Pero desde que había asistido al baile de la

embajada en Londres, dos semanas antes, el ritmo de su vida se veía alterado. Y todo por Phoebe Brown.

Jed no podía concentrarse en su trabajo.

Y no le había propuesto matrimonio a Sophia. Más bien al contrario. Le había dicho que la relación no funcionaría y había regresado a Grecia al día siguiente. Uno de los motivos había Sido que, desde que la vio en la fiesta, no había podido dejar de pensar en Phoebe. Era probable que Sophia y su padre no volvieran a dirigirle la palabra.

Cuanto más pensaba en la manera en que había reaccionado Phoebe aquella noche, más convencido estaba que se le escapaba algo. Tenía la sensación de que Phoebe trataba de engañarlo...

Su frialdad, la manera en que había continuado fingiendo que no se conocían, su manera de reaccionar cuando él la abrazó, y la mirada de pánico que percibió en sus ojos cuando paró la música y salieron de la pista de baile...

Ella había evitado volver a mirarlo durante el resto de la noche. Él lo sabía porque no había dejado de mirarla, y desde entonces no paraba de preguntarse por qué.

Ésa era su excusa para contratar a la agencia de seguridad de Leo...

Pero en realidad, ver a Phoebe le había provocado recuerdos que él creía que hacía mucho tiempo había olvidado. El más destacado, la sensación de estar dentro de su cuerpo caliente y húmedo y con sus fabulosas piernas alrededor del cuerpo.

Jed hizo una mueca. Había sufrido un estado de casi continua excitación desde entonces, excepto cuando, desafortunadamente, después del baile acompañó a Sophia a su dormitorio, la tomó entre sus brazos ¡y su cuerpo no reaccionó!

Durante un instante pensó en insistir, en fantasear con Phoebe... Pero en ese momento, la incómoda verdad se hizo presente. Llevaba años mintiéndose a sí mismo. Nunca había disfrutado del sexo como lo había hecho con Phoebe, de hecho, durante los dos años siguientes a que ella se marchara, ¡no había tenido relaciones sexuales! Y respecto a las dos mujeres con las que había salido desde entonces, no podía estar seguro de si lo que había compartido con Phoebe tenía algo que ver con la mala calidad de las relaciones y su corta duración.

Fue entonces cuando decidió que el matrimonio con Sophia no funcionaría bien. Sophia era una amiga y no se merecía un marido que no sintiera pasión por ella. De ahí que rompiera con ella.

Jed agarró la carpeta. Dentro estaban los detalles de la vida de Phoebe Brown a partir de la semana que se marchó del apartamento de Londres. Él le había dado a Leo esa fecha en concreto, puesto que sabía muy bien lo que había sucedido antes...

Despacio, abrió la carpeta y comenzó a leer.

Cinco minutos más tarde, Jed miró un instante la foto de la madre y el hijo que aparecía en la parte trasera del informe y dejó la carpeta en la mesa. Después, girándose en la butaca, miró por la ventana de su despacho y frunció el ceño al sentir el sol de octubre.

Un mes después de graduarse en la univerSidad, Phoebe Brown había regresado a casa para vivir con su tía en un pequeño pueblo de Dorset. Había pasado casi un año formándose como profesora y estaba trabajando en un colegio de chicas de allí. Se había comprado la casita de al lado de la de su tía y allí vivía una vida tranquila con su familia. Era un miembro respetado de la comunidad y a todos aquéllos que la conocían les caía bien.

Pero lo que provocó en Jed una oleada de rabia inesperada fue la noticia de que Phoebe era madre soltera de un niño de cuatro años. Enseguida se percató de que el niño había nacido sólo siete meses y una semana después del aborto de su hijo, y en la partida de nacimiento no figuraba registrado el nombre del padre.

No podía creerlo. Y en el fondo, no quería hacerlo, pero no le quedaba más remedio. El bebé había nacido en el hospital Bowesmartin Cottage, en el condado de Dorset. Sin duda, el bebé debía de haber Sido prematuro.

La dulce e inocente Phoebe que Jed había conocido ya no era nada para él. Pertenecía al pasado y debería quedarse así.

Durante años él se había sentido un poco culpable por lo que había sucedido entre ellos, pero ya no...

Phoebe no había tardado más de una semana en acostarse con otro hombre y quedarse embarazada de nuevo. ¿Quizá era el tipo de mujer que deseaba más tener un hijo que una pareja? Pero ésas solían ser mujeres maduras presionadas por su reloj biológico, algo que no podía aplicarse a Phoebe.

¿Y qué más le daba? La relación había terminado hacía mucho tiempo. Lo que Phoebe Brown hiciera con su vida no era asunto suyo…

Volviéndose hacia el escritorio dispuesto a apartarla de su pensamiento y a ponerse a trabajar de una vez, agarró la carpeta para guardarla y dudó un instante.

Había algo que no le cuadraba con lo de Phoebe y su hijo…

Agarró la foto y la miró de cerca. Había Sido tomada desde la distancia y al fondo salían otras personas. Los rasgos de la madre y del niño que aparecían en primer plano eran bastante claros, aunque el color de los ojos era indescifrable. Phoebe estaba junto a la verja del colegio sonriendo al niño de cabello oscuro que estaba agarrado de su mano.

Cuanto más miraba la foto, más reconocía a quienes aparecían en ella.

Se puso en pie. Si sus sospechas eran ciertas, Phoebe Brown debía de ser una gran actriz y la mujer más malvada que había conocido nunca.

Con una expresión muy tensa, salió al despacho de su secretaria y le pidió que cancelara todas las citas que tuviera en Atenas. Se marcharía a la oficina de Londres. Ella tenía que llamar a la empresa de transporte aéreo para que lo llevaran a Inglaterra lo antes posible. No necesitaba acudir a la agencia de Leo para hacer lo que tenía en mente. Llevaría a cabo su investigación personal, y si era verdad lo que sospechaba, haría que Phoebe pagara por su despreciable mentira durante el resto de sus días.

***

—¿Se ha portado bien? —le preguntó Phoebe a su amiga Kay, sujetando a Ben mientras él tiraba de ella calle abajo.

—Estupendamente. Ha jugado con Emma sin problema.

Phoebe vivía a las afueras de Martinstead y enseñaba en el colegio de chicas del pueblo de al lado. Kay, su amiga y compañera de casa en sus días de estudiante, la había ido a visitar cuando nació Ben y terminó casándose con el veterinario de la zona. Su hija era dieciocho meses más pequeña que Ben, y Kay lo recogía del colegio y se quedaba con él hasta que Phoebe regresaba del trabajo una hora más tarde.

—Gracias. No sabes cómo te agradezco que cuides de él. La semana que viene hay vacaciones, menos mal. Ya sólo quedarán seis semanas para que mi tía Jemma regrese de su viaje, ¿te parece bien?

—Deja de preocuparte, Phoebe. No hay problema. Ahora vete. Hace frío aquí fuera.

—Está bien —Phoebe se rió y se despidió de ella.

Su tía se había ido de vacaciones a Australia y cuatro días después, Phoebe ya se había percatado de lo mucho que había dependido de su tía para que la ayudara con Ben durante los últimos años. Había estado junto a Phoebe cuando dio a luz, y después cuidó de Benjamin mientras su sobrina se formaba como profesora.

Cuando Ben comenzó el colegio en el mes de septiembre. Phoebe animó a su tía para que se marchara durante dos meses a visitar a su vieja amiga en Australia. Su tía Jemma se merecía un descanso. Quería mucho a Phoebe y siempre la había apoyado en todo.

Phoebe miró a su hijo. Eran afortunados.

Ser profesora era una ventaja para una madre soltera. Tenía las mismas vacaciones que su hijo y la siguiente semana podría relajarse con Ben.

Iban a redecorar su habitación y Ben no estaba seguro de si prefería un papel con coches de carreras o dinosaurios.

—¡Mamá! ¡Mamá! —exclamó deteniéndose en la calle.

—¿Qué pasa, cariño? —preguntó ella.

—¿Puedo poner un coche como ése en mi pared? —estaba señalando a un coche que estaba aparcado en la acera de enfrente.

Ella se rió. Era un coche de suelo bajo con aspecto letal, ruedas grandes, color negro e ilegalmente aparcado frente a la oficina de correos

—Mamá, mamá... ¿podemos ir a ver qué coche es?

Pero Phoebe apenas oyó las palabras de Ben al ver que un hombre salía del coche.

Era alto y delgado y llevaba pantalones vaqueros y un jersey negro de cuello alto. Su aspecto era tan peligroso como el del coche...

Jed Sabbides...

Phoebe lo observó paralizada mientras él cruzaba la calle y se paraba delante de ella.

—Phoebe, vaya sorpresa. Me pareció que eras tú, pero el niño me despistó al oír que te llamaba mamá.

Ella notó que se le aceleraba el corazón y trató de mantener la calma.

—Hola, Jed —dijo con educación.

—No sabía que tenías un hijo. Nadie me lo dijo —Jed la fulminó con la mirada y después se dirigió al pequeño—. Hola, jovencito. He oído que le decías a tu madre que te gustaba mi coche —sonrió a Ben—. Es el Bentley descapotable, último modelo.

—¡Vaya! ¿Eso significa que el techo se quita? —preguntó Ben con los ojos como platos.

—Sí, apretando un botón. ¿Te gustaría verlo por dentro? O, tengo una idea mejor, vamos a dar un paseo.

—No —soltó Phoebe, estrechando a Ben contra su cuerpo—. Sabe que no debe subirse al coche de un desconocido.

Jed volvió la cabeza y la miró. La expresión de sus ojos hizo que se le helara la sangre.

—Admirable. Pero tú y yo no somos desconocidos, Phoebe. No hay nada de malo en que me presentes a tu hijo, ¿no crees?

«Lo sabe...», pensó ella. Después trató de que prevaleciera el sentido común. Quizá Jed tuviera sospechas al respecto, pero no podía saberlo con seguridad... Y ella no pensaba decírselo.

Permaneció muy quieta y se humedeció los labios mientras pensaba las opciones que tenía.

—Ben —dijo mirando a su hijo—, éste es Jed —tragó saliva—. Nos conocimos hace tiempo —no iba a mentir y a decir que era un amigo —. Di «hola».

Ben la miró asombrado y después miró a Jed muy serio.

—Hola, Jed. Soy Benjamin Brown. Vivo en Peartree Cottage, Manor house lane en Martinstead.

Phoebe deseaba gritar. El año anterior había pasado semanas enseñando a Ben a decir su nombre y su dirección por si se perdía, y justo se lo estaba diciendo al único hombre que no quería que lo supiera.

—¿Ahora ya podemos ir a dar un paseo en el coche de este hombre, mamá? —preguntó su hijo con una sonrisa.

Ella negó con la cabeza, pero antes de que pudiera contestar intervino Jed.

—Por supuesto que puedes, Ben. Os llevaré a casa.

—No, no lo harás. Es ilegal que un niño viaje en coche sin sillita, y dudo que tengas una o que ese modelo de coche permita ponerla — miró con disgusto hacia el monstruo negro—. Iremos caminando.

—Pero, mamá...

—Lo siento, hijo. Tu madre tiene razón.

Jed la miró y ella vio cinismo en sus labios. Phoebe sintió que le daba un vuelco el corazón al oír que empleaba la palabra «hijo» de modo casual. Sospechaba que no era para nada casual...

Él lo sabía. Pero ella no tenía ni idea de cómo lo había descubierto. Y teniendo en cuenta que Jed le había dicho que no quería tener un hijo, no comprendía por qué se estaba implicando en aquello.

—Sí, pero en el coche de mamá hay un asiento que puedes utilizar si vienes a casa con nosotros. ¿Puede usarlo, mamá?

—¿Qué? —miró a Ben y por una vez deseó que no fuera tan listo. Tenía una respuesta para todo y normalmente llevaba razón. *«Igual que su padre»*, pensó ella, y entonces oyó que Jed se reía.

—Buena idea, Ben, si es que tu madre está de acuerdo. Dos pares

de ojos idénticos se posaron en ella a la espera de una respuesta.

Lo último que quería era que Jed supiera que todavía tenía el coche que él le había comprado y deseaba decir que no. Sin embargo, mintió.

—No creo que sea buena idea. Es bastante difícil quitar y poner la sillita de mi coche. Además, se está haciendo tarde y tienes que cenar, Ben. Recuerda que tienes que acostarte a las siete y media —enumeró todas las excusas posibles—. Estoy segura de que el señor Sabbides es un hombre muy ocupado. Quizá en otro momento.

—No tan ocupado. Pero comprendo lo que dices sobre la sillita —dijo con sorna—. Tengo una idea —miró el reloj y sonrió a Ben—. Mientras vosotros os vais a casa para cenar, yo haré unas cuantas llamadas que tengo pendientes. Volveré a las seis con una sillita y entonces podremos irnos a dar una vuelta. ¿Qué te parece?

—*«Terrible»*, pensó Phoebe con amargura. Pero al ver la enorme sonrisa del rostro de su hijo no tuvo valor para decepcionarlo otra vez.

—Sí el señor Sabbides está seguro de ello, a mí me parece bien —mintió.

—Estoy seguro.

Él la miró con frialdad y ella tuvo la sensación de que no sólo se refería a lo del coche. Con un poco de suerte, no le resultaría tan sencillo encontrar una sillita en Dorset a las cuatro y media de la tarde de un viernes. Weymouth era el lugar más cercano donde vendían ese tipo de cosas y quizá Jed abandonara la idea, o se perdiera...

Lo último sería lo mejor.

—Volveré, Phoebe. Cuenta con ello.

Su tono era grave y amenazante y ella deseó agarrar a su hijo y salir corriendo. Sin embargo, lo miró a los ojos y puso una sonrisa.

—Si tú lo dices...

Jed le había dicho las mismas palabras cuando se marchó a Grecia al cumpleaños de su padre y, entonces, había mentido. Al recordar el pasado, ella decidió enfrentarse a él. Cinco años atrás, Jed no había querido un hijo y, desde luego, no iba a tener al suyo...

—Créelo —dijo él, y alborotó el cabello de Ben con la mano—. Te veré a las seis, Ben —regresó a su coche y se marchó.

Jed agarró el volante con fuerza y condujo a gran velocidad por la estrecha carretera que llevaba a Weymouth. No esperaba encontrarse con Phoebe. Simplemente había parado en la oficina de correos para preguntar cómo se llegaba a Peartree Cottage y acababa de subirse al coche cuando vio a Phoebe caminando por la acera de enfrente.

Ella llevaba una chaqueta de lana de color rojo, una falda negra corta, mallas negras y unas botas. Con el cabello claro recogido en lo alto de la cabeza y con el rostro sin maquillar, estaba despampanante y sexy. Después, él se fijó en el niño que llevaba de la mano y, aunque más o menos lo esperaba, se quedó helado. El niño se parecía mucho a las fotos de sí mismo cuando tenía esa edad...

Ben era hijo suyo. Apostaría su vida por ello. Pero no tenía sentido...

La semana anterior lo había sospechado al mirar la fotografía. Lo primero que había hecho al llegar a Londres fue contactar con Marcus y quedar con él al día siguiente para cenar. Durante la cena, Jed le preguntó sobre el aborto sin mencionar que Phoebe tenía otro hijo. ¡No quería parecer un paranoide! Marcus le confirmó que no había duda alguna acerca de que Phoebe hubiera perdido el bebé. Él había hablado con el doctor Norman y había leído los informes médicos. El sexo del bebé no estaba determinado. Después, tras haber bebido más de la cuenta, Marcus regañó a Jed por haber dejado escapar a una mujer encantadora y comentó que ella había cancelado la cita que tenía en su clínica, algo que no era de extrañar dadas las circunstancias.

Jed no había hecho ningún comentario al respecto. No había ningún motivo para que Marcus se enterara de que las cosas habían salido de otro modo. Su ego ya había sufrido bastante en lo que a Phoebe se refería. Jed llevó a su amigo a casa y al día siguiente trató de hablar con el doctor Norman, quien desgraciadamente había fallecido hacía algún tiempo.

¿Era posible que los médicos se hubieran equivocado?

¡Así debía de haber Sido! De algún modo, Phoebe había mentido y había conseguido convencerlos de que había abortado. La expresión de pánico y miedo que tenía en la mirada cuando se encontró con él era la misma que él había visto en el baile de la embajada, donde

empezó a sospechar que ella ocultaba algo.

Estaba ocultándole a su hijo… Si él estaba en lo cierto, ella tenía motivos para tener miedo, y prometía que la haría sufrir por cada día que no había permitido que estuviera presente en la vida de Ben.

***

Mientras Ben jugaba felizmente con sus coches de carreras en el suelo de la cocina, Phoebe preparaba la cena con nerviosismo.

Jed sospechaba algo. No podía ser de otra manera. No podía ser pura coincidencia que él estuviera allí. Martinstead era un lugar apartado y sólo había una carretera para llegar allí. Los visitantes tenían que entrar y salir por la misma carretera. ¿Y quién podía haberle dicho que ella estaba allí? Julian, no. Ella estaba segura de su discreción.

Tras llevar dos platos de salchichas, guisantes y puré de patata a la mesa, se volvió y le dio un gran abrazo a Ben. Necesitaba abrazarlo para confirmarse que Jed no era una amenaza para su vida.

—Te he preparado tus salchichas favoritas porque te quiero —dijo ella, y permitió que el pequeño escapara de sus brazos y se sentara. Lo besó en la frente y se sentó en la otra silla.

Hacía años que no sentía tan pocas ganas de comer, pero se esforzó para dar algunos bocados. Tenía que ser un buen ejemplo para Ben.

¿Y qué clase de ejemplo era un hombre despiadado como Jed para su hijo?

En ese momento, tomó una decisión. Jed no tenía ninguna prueba de que Ben fuera su hijo y, mientras ella lo negara, podría hacer poco al respecto. Si lo intentaba, le demostraría que no podría intimidarla y lucharía contra todo lo que se interpusiera en su camino…

Phoebe miró el reloj. Eran las seis y cuarenta y cinco… Jed llegaba tarde. Retiró los platos de la mesa y los fregó mientras Ben la acribillaba a preguntas sobre Jed y su coche y sobre cuándo iba a regresar. El muy canalla nunca regresó cuando le prometió a ella que

lo haría. Entonces, ¿por qué iba a mantener la promesa que le había hecho a su hijo? Ben se quedaría un poco disgustado, pero se le pasaría.

—Bueno, Ben —dijo ella, arrodillándose junto a él en el suelo del salón. A las seis y media lo había convencido para que se relajara y viera un rato la televisión—. Es la hora del baño, del cuento y de acostarse.

—¿Y el paseo en coche? Tu amigo me lo prometió.

Su mirada de decepción le llegó al corazón. Era tan pequeño e inocente...

—Debe de haberse retrasado. A lo mejor viene otro día.

—¿Tú crees?

—Estoy segura —dijo ella, y puso una sonrisa al ver que Ben se ponía en pie contento.

—¿Puedo meter el barco en la bañera? —preguntó Ben, justo cuando sonaba el timbre.

«Maldita sea», pensó ella. Pero Ben ya estaba corriendo hacia la puerta.

Phoebe lo siguió y abrió la puerta. Jed estaba esperando al pequeño con una sonrisa.

—Has venido. Mamá dijo que lo harías.

—Tu madre me conoce bien. Y tengo una sillita en el coche, así que si ella está de acuerdo podemos ir a dar el paseo ahora.

—Llegas tarde —soltó Phoebe enfadada. Al verlo le había dado un vuelco el corazón porque estaba igual de atractivo que siempre—. Ben se acuesta a las siete y media.

No le sorprendía que Jed hubiese conseguido una sillita. Lo que le sorprendía era que fuera de último modelo y que estuviera colocada en el asiento delantero. No estaba segura de si era legal que un niño viajara en el asiento delantero, pero cuando trató de decírselo a Jed él le contó que en la tienda le habían dicho que no pasaba nada.

—Será mejor que sea un paseo corto —dijo al fin.

Quince minutos más tarde, estaba sentada en el asiento trasero del coche, arrepintiéndose en silencio. Nada más subirse, Jed les había demostrado cómo se quitaba la capota. Suponía que debería estarle agradecida por haberla vuelto a cerrar, pero lo único que sentía era miedo. Ben estaba encantado con su nuevo amigo y ella se preguntaba qué trampa le estaría guardando el destino.

Jed le explicaba a Ben cómo se debía conducir. Ella deseaba decirle que el niño sólo tenía cuatro años y, ya de paso, que fuera más despacio. Pero sabía que no serviría de nada. Se había olvidado de que a Jed le gustaba conducir a toda marcha.

Al mirar por la ventanilla se percató de que estaban en Bowesmartin. Normalmente, tardaba treinta minutos en llegar allí, pero Jed había recorrido el mismo trayecto en la mitad de tiempo.

Minutos más tarde, Jed detuvo el coche en un semáforo frente al hospital Bowesmartin Cottage y ella oyó que Ben le contaba a Jed:

—Aquí estuve cuando me rompí el brazo y el médico me dijo que había Sido muy valiente. Mi madre me tuvo aquí, y yo soy un bebé milagro porque tenía un mellizo, pero murió antes de que yo naciera.

Phoebe cerró los ojos y empalideció.

—Eso es muy interesante, Ben —oyó que le decía Jed.

Ella abrió los ojos y vio que él la miraba a través del espejo retrovisor.

—¿Cosas de críos, Phoebe? —se mofó él y la expresión de triunfo que había en su mirada la dejó de piedra.

—No soy un crío. Tengo casi cinco años y soy un niño mayor —dijo Ben. Por fortuna, Jed volvió a centrarse en el pequeño.

Phoebe miró por la ventanilla mientras Jed continuaba conduciendo.

Ella había vivido con su tía Jemma durante dos meses después de contarle su desastrosa aventura amorosa y el aborto que había sufrido. Durante ese tiempo había ido a visitar al médico de cabecera para decirle que a pesar de haber sufrido un aborto siete semanas antes, seguía sintiendo náuseas. No recordaba el nombre del hospital de Londres, sólo el nombre del doctor Norman. Y no conSideraba necesario mencionar a Jed ni al doctor Marcus, aunque sí que había

estado preocupada por haberse marchado de Londres sin haberse hecho el legrado.

Phoebe todavía recordaba la sorpresa que se había llevado después de que el médico le hiciera algunas preguntas y le hiciera un reconocimiento médico y una ecografía. Él le dijo que estaba embarazada de dieciséis semanas y que el bebé estaba bien. No tenía de qué preocuparse. Era algo que no solía ocurrir con frecuencia. Se había quedado embarazada de mellizos y había perdido sólo uno.

Capítulo 5

Phoebe se conSideraba afortunada por el hecho de que cinco años antes no hubiera asistido a la cita que tenía para que el doctor Marcus le hiciera un legrado... Pero al salir de la habitación de Ben, donde había dejado a su hijo dormido, supo que ella no dormiría en toda la noche, con la amenaza de Jed rondándole la cabeza.

Cuando regresaron a la casa, Ben le dio las gracias a Jed por el paseo en coche y añadió:

—Es un supercoche, pero me gusta más el color del coche del tío Julian. El suyo es rojo brillante. Phoebe no pudo evitar sonreír al ver la cara de resentimiento de Jed.

—Entonces, te gusta el coche rojo del tío Julian, ¿no?

—Sí, él es mi amigo. Y el de mi mamá. Igual que tú —contestó Ben mientras se acercaban a la puerta.

—Lo recordaré —dijo Jed mientras se despedía de Ben. Phoebe dejó de sonreír al ver que se inclinaba hacia ella.

— ¡Maldito sea el tío Julian! Volveré más tarde, y será mejor que tengas preparada una respuesta —le dijo en voz baja antes de marcharse.

Pensar en la amenaza de Jed no le hacía ningún bien. Phoebe entró en el dormitorio y se quitó la ropa que se le había mojado al bañar a Ben. Se puso unos vaqueros y una camisa azul y se soltó el

cabello.

Bajó por las escaleras en silencio y se dirigió a la cocina. Una infusión relajante era lo que necesitaba. No tenía sentido ponerse nerviosa esperando que llamaran a la puerta, así que agarró la tetera y puso agua a hervir. Sacó una taza de uno de los armarios y sonrió. Ben se la había regalado por navidad el año anterior, con la ayuda de la tía Jemma, y tenía una inscripción que decía: ¡para la mejor mamá del mundo!

Su postura era clara, y si Jed Sabbides aparecía de nuevo, le diría que ella era una madre estupenda y que se largara...

Phoebe llevó la taza al salón y se sentó en el sofá. Bebió un sorbo de té y pensó en encender la chimenea, pero decidió que ya no merecía la pena porque era tarde. Agarró el mando a distancia y encendió la televisión, pero no encontró nada que llamara su atención.

Suspirando, miró a su alrededor. Le encantaba su casa. La había comprado hacía cuatro años con la ayuda de un collar de diamantes y otras joyas que no quería. Originalmente era una casa de piedra que consistía en dos estancias adosadas de dos pisos cada una que pertenecía a su tía.

Con el permiso de su tía. Phoebe las había convertido en una única casa. El recibidor era muy espacioso y tenía una amplia escalera de roble. A un lado estaba el salón y al otro el comedor. Al fondo, una cocina en forma de L y en el piso de arriba, tres habitaciones dobles y dos baños. La habitación de Jemma tenía su propio baño. Y después estaba el baño común, el dormitorio de Ben y el dormitorio de Phoebe. Además, en el jardín habían construido un garaje.

En el salón había una butaca junto a la chimenea, detrás una lámpara de pie y un escritorio de caoba. Al otro lado estaba el televisor. En el centro había una mesa de café, y una alfombra persa en tonos turquesa frente al fuego.

Por desgracia, ella tenía la sensación de que la felicidad de su casa cambiaría si Jed se salía con la suya. Cuando se terminó el té, se puso en pie y regresó a la cocina.

Decidió que se estaba preocupando por nada. Jed no podría llevarse a su hijo a menos que ella se lo permitiera, y ella no era tan tonta. Enjuagó la taza y la guardó de nuevo en el armario. Tras echar un último vistazo a la cocina, decidió ponerse a corregir los trabajos de sus alumnas.

Una hora más tarde, llamaron a la puerta. Pensó en no ir a abrir, pero no quería que Ben se despertara y se puso en pie. Se dirigió a la puerta y se secó el sudor de las manos en los pantalones.

Respiró hondo y abrió.

Estaba oscuro, pero la luz del recibidor iluminaba el cuerpo de Jed, con la mano levantada como para llamar otra vez.

Phoebe enderezó la espalda y se fijó en que a pesar de que llevaba la misma ropa que antes, excepto por una chaqueta de cuero, su aspecto era más peligroso e intimidante. De pronto, ella se percató de lo aislada que estaba la casa, situada a diez minutos del pueblo caminando, y de lo sola que estaba teniendo únicamente a su hijo por acompañante. El corazón comenzó a latirle más deprisa.

—Es un poco tarde. Todo lo que desees decirme puede esperar hasta mañana. Quiero acostarme temprano —dijo, y comenzó a cerrar la puerta.

Una mano fuerte la agarró por la muñeca.

—¿Con quién? ¿Con el tío Julian? —soltó él y la empujó hacia el recibidor para cerrar la puerta.

—No seas desagradable... Y me gustaría que te fueras —dijo ella con firmeza y mirándolo a los ojos.

Gran error... La mirada ardiente de sus ojos oscuros hizo que ella no pudiera retirar la mirada.

—¿Por qué? ¡Maldita seas! ¿Por qué? — Preguntó, colocándole la mano detrás de la espalda para atraerla hacia él—. Me dijiste que estabas embarazada bastante pronto. ¿Qué diablos hice mal para que pocos meses después me negaras la posibilidad de conocer a mi hijo?

Ella percibió furia y rabia en su mirada y echó la cabeza hacia atrás.

—Él no es tu hijo —declaró desafiante.

Notó que él estaba tenso y también la presión de su cuerpo contra el de ella. Nunca había conocido a un hombre que la afectara tanto físicamente como Jed. Empezó a temblar.

—Sé que eres una mentirosa, y podría estrangularte por lo que me

has hecho —colocó la otra mano detrás de su cuello y le agarró el cabello para que echara la cabeza hacia atrás—. Pero no te preocupes. Hay otras maneras de hacerte sufrir.

Ella lo miró indefensa y reconoció la amenazante sensualidad de su mirada.

—No —contestó, y trató de liberarse apoyando ambas manos contra el pecho de Jed. Él la agarró de nuevo y le puso la mano detrás de la espalda otra vez, obligándola a que se acercara más a él y reduciéndola con un beso brutal.

Mientras la besaba con una pasión dominante y despiadada, la mantenía inmóvil sujetándola por la nuca. Phoebe trató de resistirse, pero no lo consiguió.

Fingir indiferencia era la única esperanza que tenía, pero cuando él introdujo la lengua en su boca, al sentir su sabor, Phoebe experimentó un fuerte deseo que hacía tiempo tenía adormilado. Intentó no pensar en los encuentros anteriores, pero su cuerpo tenía voluntad propia y la traicionó. Una fuerte oleada de calor atravesó su vientre provocando que se le acelerara el pulso y la respiración.

Al sentir su reacción, él comenzó a besarla con más delicadeza y continuó hacia el cuello. Después deslizó una de sus manos hasta su pecho, acariciándoselo por encima de la tela.

Pasó el pulgar por su pezón y fue entonces cuando ella notó que la excitación se apoderaba de su cuerpo y que estaba en verdadero peligro.

—Quítame las manos de encima, animal —se retorció para que retirara la mano de su pecho y se soltó.

Jed la miró durante un largo instante y se rió.

—Todavía me deseas, Phoebe. He sentido el latido de tu corazón y el temblor de tu cuerpo —se mofó.

—De pura rabia... —dijo ella, tratando de controlar el deseo que la invadía por dentro—. Me repugnas —mintió, sorprendida por la facilidad con la que Jed la había seducido otra vez.

—No, no es verdad —dijo él—. Pero no esperaba que una zorra como tú admitiera la verdad.

Fue la arrogancia de su tono de voz lo que hizo que Phoebe le diera una bofetada.

—Vete de mi casa ahora mismo o llamaré a la policía.

—No —él la agarró de la mano y tiró de ella hacia el salón—. Y no grites o despertarás a Ben.

—No me digas cómo he de cuidar de mi hijo —dijo en tono desafiante, a pesar de que sabía que Jed tenía razón.

—Siéntate —la empujó hacia atrás hasta que rozó el sofá—. Te perdono la bofetada porque quizá haya Sido un poco duro, pero tenía que elegir entre besarte o retorcerte el cuello. Has tenido suerte de que te besara, pero a estas alturas deberías saber que no hay nada que excite más a un hombre que una mujer retadora.

—No puedo creer que hayas hecho ese comentario. Eres peor que un cerdo machista. Perteneces a la edad media.

—No, pertenezco al lado de mi hijo —la miró con frialdad—. Por eso estoy aquí y por eso tenemos que hablar —se quitó la chaqueta y la dejó en el brazo del sofá—. Pero primero me gustaría beber algo.

Ver a Jed con un jersey ajustado que resaltaba toda su musculatura no era algo que ella se atreviera a contemplar durante mucho rato, así que apartando la mirada se puso en pie.

Phoebe estaba dispuesta a cualquier cosa para evitar la conversación que él estaba buscando.

—¿Té o café?

—¿No tienes nada más fuerte? —preguntó él.

—Sólo vino —salió de la habitación, alegrándose de escapar de su poderosa presencia por unos minutos.

Regresó con dos copas y una botella de vino en la mano.

Jed estaba de pie junto al escritorio. Había agarrado una fotografía de Ben y la miraba intensamente.

De pronto, Phoebe sintió que se le encogía el corazón al ver la mirada de emoción que había en sus ojos y lo observó mientras él acariciaba con un dedo el rostro de Ben.

—Vino —murmuró dejando las copas sobre la mesa—. No es un reserva como a los que tú estás acostumbrado, y la botella es de rosca —dijo Phoebe mientras la abría—. Pero ahora los expertos dicen que el corcho no es necesariamente mejor.

Estaba balbuceando, pero ver tanto asombro y ternura en el rostro de Jed la había puesto nerviosa.

No quería sentir nada por Jed, y él no se merecía su compasión. Llenó las dos copas y se sentó en el sofá antes de beber un sorbo.

—¿Cuántos años tenía Ben en esa foto? —preguntó Jed.

—Dos —no quería hablar con Jed sobre Ben. No quería que aquel hombre se acercara a su hijo. Pero tenía la sensación de que no le quedaba mucha elección.

—Y aquí era un bebé, con Julian Gladstone y ¿quién es la otra persona? ¿Tu tía Jemma?

—sí, Julian es un viejo amigo de la familia, y a la tía Jemma nunca la conociste porque siempre estabas muy ocupado, según recuerdo. La foto es del bautizo de Benjamin. Ellos son sus padrinos.

—¿Julian Gladstone es el padrino de mi hijo? —preguntó él.

—Es el padrino de mi hijo —lo corrigió ella—. Y Julian es muy buen padrino. Su casa está cerca de aquí y se ven mucho. A Ben le cae muy bien —trataba de hacerle ver que Ben no necesitaba a un griego millonario en su vida puesto que ya tenía un modelo masculino a quien seguir.

Jed no contestó y Phoebe lo miró mientras dejaba la foto sobre el escritorio y se sentaba en la butaca junto al fuego. Agarró la copa y bebió un largo trago. Entonces, la miró.

—Abandona, Phoebe. Ya sabemos que Ben es mío... Él mismo me lo dijo en el coche más o menos —dijo con ironía—. No soy tonto, y tu patético intento de desanimarme hablando del papel que Julian Gladstone tiene en su vida no funcionará.

La seguridad de su tono de voz hizo que Phoebe se acurrucara en el sofá.

—Desde el momento en que te vi con Gladstone en la embajada supe que estabas ocultándome algo. Phoebe. Por tu manera de

comportarte. Tengo un amigo que tiene una agencia de seguridad y le pedí que investigara lo que habías hecho desde que te marchaste de Londres.

Ella se quedó boquiabierta y lo miró horrorizada.

—Regresaste a vivir con tu tía. Ben nació siete meses y una semana después de que nos separáramos. Sospechaba, así que esta semana fui a hablar con Marcus y me confirmó que sí habías tenido un aborto y habías perdido al bebé. No podía imaginar cómo Ben podía ser mi hijo hasta que él me contó que era un bebé milagro. Para estar completamente seguro, cuando me marché de aquí antes, llamé a Marcus y me dijo que sí, que era posible, aunque muy extraño. Entonces fui a visitar el hospital donde nació Ben. La recepcionista fue muy amable. Le pregunté si podía darme una copia de los datos médicos de Ben porque tú y yo lo íbamos a llevar a Grecia y los necesitábamos por si pasaba algo allí.

Phoebe dejó la copa de vino sobre la mesa. No podía creer que el arrogante canalla hubiera investigado su pasado sólo porque no le había gustado cómo se había comportado en el baile. ¡Ni que hubiera ido al hospital! Lo miró en silencio y su rabia fue aumentando a medida que él hablaba.

—La mujer era una romántica y cuando le conté nuestra trágica separación y que ahora nos hemos reencontrado y pensamos casarnos, me ayudó todo lo posible. Me dio una fotocopia. Sé que Ben nació en enero mediante cesárea y que se retrasó dos semanas. Sé que eran mellizos y que sobrevivió él... ¡muy inteligente por tu parte olvidar el nombre del hospital donde tuviste el aborto! —arqueó una ceja—. También sé que se rompió el brazo al caerse del peral de vuestro jardín.

No era cuestión de inteligencia. En aquellos momentos temía que si revelaba el nombre del hospital donde la habían ingresado, Jed y el doctor Marcus pudieran descubrirla. No era de extrañar que tuviera miedo, teniendo en cuenta que siete semanas antes había perdido a un bebé y el hombre que amaba la había abandonado.

Sin embargo, el miedo ya se le había pasado y ya había oído bastante.

No culpaba a la recepcionista. Jed era un hombre atractivo y moderno que podía encandilar a cualquiera. Dudaba que alguna mujer pudiera resistirse a sus encantos.

—Sí, tenía derecho. Él es mi hijo y tú me apartaste de él. Si alguien no tenía derecho a hacer lo que hizo, eres tú. Antes te pregunté por qué lo hiciste, y ahora quiero respuestas.

Phoebe se puso en pie y lo miró fijamente.

—Te daré respuestas. Y te repetiré tus palabras: *«un hombre no espera que su amante se quede embarazada».* ¿te suena? *«tener un hijo no entra en mis planes»*. Nunca quisiste un hijo —dijo ella, observando que se ponía colorado.

—¿Me dio un poco de miedo? Soy un hombre soltero y estamos programados para pensar que lo peor del sexo es la posibilidad de que se produzca un embarazo. Estaba impresionado.

—No soy idiota, aunque estuve a punto de parecerlo. No has tenido miedo en tu vida. Y nada te impresiona, señor invencible. Te comportaste como el hombre frío que eres, acostumbrado a tenerlo todo bajo control, y todas tus palabras fueron intencionadas. Después, tuviste el valor de decirme que no me preocupara y que el doctor Marcus se ocuparía de mi embarazo y que tú correrías con todos los gastos. Un aborto era lo que me ofrecías, pero afortunadamente para ti aborté de todas maneras. Algo poco sorprendente, dadas las circunstancias, y encima no te costó ni un centavo.

Por una vez en la vida, Jed Sabbides, un hombre poderoso, rico, y seguro de sí mismo, se quedó sin habla.

No podía creer lo que estaba oyendo. Nunca había pensado en que Phoebe debiera abortar. Lo que intentaba era tranquilizarla diciéndole que el doctor Marcus se ocuparía de su embarazo. Pero pensándolo bien, comprendía que Phoebe no lo hubiera interpretado así. De pronto, el comentario que ella hizo en el hospital acerca de que le había ahorrado mucho dinero cobraba sentido.

—Nunca sugerí que abortaras —murmuró, pero Phoebe no estaba escuchando.

—No tenías derecho a hacer eso... ¡esa mujer no tenía derecho a darte los datos! —exclamó enfadada.

Ella lo miraba como si fuera un monstruo.

—Jed, me alegro de que no volvieras para llevarme a la clínica la semana siguiente, y que permitieras que Christina, tu secretaria, me dijera que habías hablado de mi aborto con ella y que me informaba

de que no ibas a regresar y que me aconsejaba que me marchara. De otro modo, Ben habría Sido arrancado de mi útero por tu querido doctor Marcus. Y ahora tienes el valor de preguntarme por qué nunca te conté lo de Ben. No lo soporto, vienes aquí con todo tu poderío y convences a la recepcionista del hospital con una sarta de mentiras para que te dé información. Y en cuanto a lo que le dijiste acerca de que vamos a casarnos... Olvídalo. Eso no sucederá jamás. Igual que no sucedió cuando me dijiste que íbamos a formar una familia después de que hubiera perdido el bebé —añadió—. Una simple treta para quedar bien cuando ya no significaba nada, y sigues siendo el mismo hombre egoísta que sólo piensa en sí mismo sin preocuparse por nadie más. Así que, perdona mi escepticismo, pero no me creo que tengas interés alguno en ser padre y de repente desees tener un hijo. Y te diré una cosa, no vas a tener al mío...

—¿Has terminado de despellejarme? —preguntó Jed, dejando la copa sobre la mesa y poniéndose en pie.

Había escuchado con horror todo lo que Phoebe le había dicho y no podía discutir el análisis que ella había hecho de su comportamiento en el pasado. Él la había llamado «amante» y había dicho que no quería un hijo. Pero nunca había pensado en que abortara. Más tarde, cuando en el hospital dijo que formarían una familia, lo que quería decir era que se casaría con ella, pero comprendía que su intención sonara vacía después de lo sucedido. Y sí le había contado a Christina lo del aborto.

Jed no quería creer la historia de Phoebe acerca de que Christina le dijera que abandonara el apartamento, aunque tampoco podía descartarlo. Él había prescindido de Christina después de que ella hiciera evidente que quería una relación personal con él. Aquella noche, en Grecia, le había dado su teléfono móvil a ella, así que probablemente era cierto. Había demasiadas medias verdades en todo lo que Phoebe le había dicho como para que él se sintiera un hombre deleznable, algo extraño para él, un hombre que se enorgullecía de su honor e integridad.

Pero a juzgar por la convicción con la que hablaba Phoebe, ella realmente creía que él había Sido capaz de pedirle que abortara y estaba claro que lo conSideraba lo peor de lo peor. Todo lo que dijera en su propia defensa caería en oídos sordos... Nunca creería en él...

Intentó concentrarse y no seguir pensando en el pasado. No podía cambiar los errores que había cometido, pero eso no lo detendría a la hora de reclamar a su hijo. La única diferencia era que tendría que

cambiar de táctica.

La miró de arriba abajo y se fijó en que la rabia intensificaba su belleza. Había perdido la cuenta de los días, semanas y meses que la había echado de menos después de separarse. Posó la mirada sobre sus senos y notó que su cuerpo

Reaccionaba. De pronto, la deseaba muchísimo y se le ocurrió una solución alternativa, no muy ética, pero casi seguro efectiva, teniendo en cuenta lo bien que conocía a Phoebe…

—Terminé contigo hace años. ¿O debería decir que tú terminaste conmigo? —dijo ella—. Es demasiado tarde para que cambies de opinión, aunque seguro que tienes un motivo para ello.

—Parece que me conoces muy bien, Phoebe —dijo en tono de mofa y tras acercarse a ella, la sujetó por los hombros.

Ella se puso tensa y notó que le daba un vuelco el corazón. Apretó los puños para controlarse y no tratar de apartarlo, negándose a darle la satisfacción de que percibiera su temor. *«Llevo años siendo inmune a su persona»,* se recordó.

—Tienes razón. Tengo un motivo. Soy un hombre muy rico y se me ha ocurrido que necesito un heredero uno que ya está criado es mejor opción que un bebé llorón. ¿Confirmo así la mala opinión que tienes de mí? —dijo Jed, y esperó observándola.

—Sí —contestó ella al cabo de un momento—. Y ahora que ya sabes por qué no te conté lo de Ben, puedes dejarnos en paz —dijo ella, complacida por la frialdad de su tono de voz—. Cásate con Sophia y engendrad vuestros propios bebés.

—Eso será difícil, ya que nos hemos separado y ella no me habla.

—Sabía mujer —opinó ella, y no pudo contener una sonrisa.

Jed ya había tenido bastante. Hablar no le estaba sirviendo de nada y la sonrisa de Phoebe hizo que recordara todo lo que se había perdido durante esos años. Lo que momentos antes le había parecido poco ético, ya no se lo parecía.

En los negocios no tenía problema para aprovecharse de la debilidad del rival para cenar un trato. Era una práctica aceptada, así que ¿por qué no lo hacía también en su vida privada?

Capítulo 6

De pronto, Jed apretó a Phoebe por los hombros y ella se desequilibró. Acabó presionada contra el cuerpo de Jed

—Suéltame —le espetó ella.

—Calla —dijo él, y antes de que pudiera reaccionar la tomó en brazos. La tumbó sobre el sofá y se colocó junto a ella.

Durante un momento, Phoebe no fue capaz de moverse, y luego trató de escapar. Pero él la tenía aprisionada con el cuerpo y sólo pudo resistirse con las manos.

—¡Suéltame! —gritó.

Él se rió y la agarró por las muñecas para colocarle los brazos sobre la cabeza. Con la otra mano le sujetó la barbilla para que lo mirara.

—¿Estás loco? ¿Qué diablos crees que estás haciendo? —preguntó ella, tratando de liberarse. Pero con las manos agarradas y las piernas sujetas por la pierna de Jed lo único que podía hacer era retorcerse, y eso le causó más problemas, ya que notó la presión del miembro erecto de Jed contra su cuerpo

—Exacto lo que imaginas, Phoebe, porque no tengo nada que perder —dijo él con una sonrisa seductora—. Según tú no tengo personalidad, ni sensibilidad… ¿quieres continuar? —esperó mientras deslizaba la mano de la barbilla hasta su cintura.

Phoebe notó que su cuerpo se tensaba al sentir el calor de la mano de Jed sobre el vientre. Empezó a temblar al sentir que él presionaba su entrepierna con el muslo antes de besarla en los labios.

—Tómate tiempo para contestar —dijo él, y le acarició los labios con la lengua—. Aunque escuchar los aspectos negativos de mi persona puede dañar mi ego seriamente. Sin duda, preferiría explorar los aspectos positivos que hay entre nosotros.

Ella negó con la cabeza, pero no fue capaz de pronunciar palabra. Además, un fuerte deseo se estaba apoderando de ella.

—No tardes demasiado —murmuró contra su cuello antes de susurrarle al oído—: no quiero que hagas nada que no quieras, pero ésta siempre ha Sido la mejor forma de comunicación entre nosotros y nada ha cambiado. Sólo tienes que decir «no» para que pare.

Phoebe tragó saliva. La tensión del ambiente era palpable. Jed la miró y colocó la mano sobre uno de sus pechos, introduciendo los dedos bajo el sujetador de encaje para acariciarle el pezón erecto. Ella no pudo controlar el gemido de placer que escapó de su boca.

Jed introdujo la lengua en su boca y la besó con delicadeza. Le acarició los senos y la besó en las mejillas, en la frente y otra vez en la boca.

La besaba con ternura y pasión, y ella no pudo evitar estremecerse de deseo. No se percató de que le había desabrochado la camisa y el sujetador hasta que él agachó la cabeza para mordisquearle los pechos.

Phoebe gimió. Su cuerpo y su mente estaban atrapados por el deseo y la desesperación por lo que le estaba sucediendo.

—Eres perfecta… —murmuró Jed, levantando la cabeza un

instante para mirarla a los ojos—. No te imaginas cuánto tiempo llevo soñando con esto —agachó la cabeza para mordisquearle los pezones una vez más.

Ganó el deseo. Phoebe se retorció bajo el cuerpo de Jed, consumida por un deseo tan intenso que resultaba casi doloroso.

Jed levantó la cabeza y, de pronto, le soltó las manos.

—Te deseo, Phoebe —dijo él—. Te deseo muchísimo, pero es tu decisión —la besó en el cuello y pronunció unas palabras en griego contra su piel.

Ella estaba perdida, inmersa en los recuerdos de cuando eran amantes.

—Dime que me deseas... Dilo, Phoebe.

—Sí, oh, sí —dijo ella mientras sus bocas se encontraban.

Phoebe apenas se enteró de cuando él le desabrochó el pantalón. Sólo estaba pendiente de su aroma masculino y del sabor de su boca. De pronto, estaban desnudos en el sofá.

Estiró la mano y le acarició el torso desnudo, redescubriendo el placer de recorrer cada músculo, la sensación de su vello suave, sus pezones erectos.

Jed le agarró la mano.

—Deja que te mire —dijo él, mirándola de arriba abajo y fijándose en sus senos, en su vientre plano con la cicatriz y en el vello rizado de su pubis—. Eres preciosa, Phoebe —murmuró, y la besó en la palma de la mano antes de soltarla.

Phoebe se quedó sin respiración durante un instante, se agarró a sus hombros y le clavó los dedos como para que se acercara más. Pero él no tenía prisa.

—Exquisito —murmuró Jed—. Me encanta tu pelo tan largo —añadió, colocándole algunos mechones alrededor de los pechos.

Después, mientras Jed continuaba con aquella erótica exploración, acariciando con sus fuertes manos sus pechos, su cintura, sus caderas, sus muslos, sus piernas... Ella se dejó llevar por una oleada de sensualidad tan poderosa que le costaba respirar.

Él la besó en los pezones y en la cicatriz del vientre y deslizó las manos por la entrepierna buscando con los dedos los pliegues húmedos que guardaban el centro de su feminidad.

El deseo, el fuego de su interior, se convirtió en una llama tan potente que ella empezó a temblar y separó las piernas mientras Jed deslizaba los dedos entre sus aterciopelados labios vaginales, jugueteando con la parte más íntima de su ser hasta que ella se convirtió en esclava del placer que él le proporcionaba.

—Tan caliente, tan dulce y tan preparada —dijo él, y retiró los dedos dejando de acariciarla. La besó en los senos y fue subiendo hasta llegar a su boca, introduciendo su lengua en ella como si la estuviera poseyendo. Después, volvió a mordisquearle los pezones.

Ella le acarició la espalda, ardiente de deseo. Quería sentirlo entre sus piernas, poseyéndola...

Phoebe gimió cuando él la levantó un poco y se colocó entre sus piernas. Ella podía sentir su erección entre los muslos temblorosos, jugueteando con ella con movimientos cortos y delicados, restregándose contra el pequeño punto de placer hasta desesperarla. Pero él seguía sin tener prisa.

—Por favor —suplicó ella, y entonces él la penetró despacio.

Ella se agarró a él con fuerza, atrapándolo con las piernas mientras él la levantaba para penetrarla con más ímpetu hasta provocarle el éxtasis.

Jed estaba tenso tratando de mantener el control. Notó que Phoebe empezaba a convulsionarse y la penetró por última vez, perdiendo el control al sentir la presión de la musculatura húmeda del interior del cuerpo de Phoebe alrededor de su miembro, y acompañándola durante el clímax.

Phoebe sintió el peso del cuerpo relajado de Jed sobre el suyo y cerró los ojos. Despacio, le acarició la espalda, sintiendo el sudor de su piel y su respiración agitada. Todo había Sido como la primera vez, y Jed era suyo...

Nada más pensar en ello, abrió los ojos. Jed no era suyo, y nunca lo había Sido. En su mente aparecían escenas de cuando habían hecho el amor, y ella tuvo que morderse los labios para no quejarse. Ella le había suplicado que le hiciera el amor. Pero no habían hecho el amor, habían tenido una relación sexual, nada más. Volvió la cabeza y fijó la

vista en la chimenea apagada. Dejó caer las manos a ambos lados de su cuerpo, como si se le hubiera helado la sangre.

Su corazón estaba tan muerto como el fuego apagado, ¿cómo había sucedido? Odiaba a Jed y sin embargo, había sucumbido ante el hechizo de su sensualidad igual que había hecho años atrás. En aquel entonces, lo amaba, pero esa vez no tenía excusa, y mientras permanecía tumbada bajo su cuerpo, un sentimiento de vergüenza por no haber Sido capaz de resistirse a él se apoderó de ella.

Finalmente, Jed se incorporó apoyándose sobre un codo.

—Esto es lo que yo llamo comunicarse —dijo él con una sonrisa y le retiró un mechón de pelo de la cara—. Mucho mejor que perder el tiempo con discusiones que no llevan a ningún sitio, ¿no crees, Phoebe?

Ella evitó mirarlo.

—No, no creo —murmuró. Ése era el problema cuando Jed estaba a su lado. Sólo hacía falta que la mirara para que ella se derritiera a sus pies.

Al ver sus pantalones vaqueros y su blusa en el suelo, ella colocó la mano en el pecho de Jed y lo empujó un poco. Él perdió el equilibrio y se cayó al suelo, e ignorando su grito de sorpresa, Phoebe se puso en pie. Agarró la ropa y se dirigió detrás de la butaca para vestirse rápidamente. Él estaba desnudo en el suelo y la miraba asombrado, pero a ella no le importaba. Sólo quería vestirse.

—Bueno, es la primera vez que me tiran al suelo —sonrió Jed—. Y no era la respuesta que esperaba —continuó mientras se ponía en pie —. Sé que has disfrutado tanto como yo de cada segundo de lo que hemos compartido, Phoebe. ¿Así que quizá ahora podamos hablar del futuro con sensatez?

—Tú y yo no tenemos futuro. Esto ha Sido un error —dijo ella, y lo miró de nuevo. Fue otro error. Se había olvidado de lo atractivo que resultaba desnudo, con sus anchas espaldas, sus caderas estrechas y sus piernas musculosas. Le cortaba la respiración—. Vístete. Mi tía Jemma regresará pronto —mintió.

—No solías ser tan recatada, Phoebe —se rió acercándose a ella—. Ni tan mentirosa.

—Yo no miento —mintió, y lo miró desafiante. Él le dio un

golpecito en la nariz con un dedo.

—Te crece como a pinocho. Porque resulta que sé que ha ido a Australia para dos meses —sonrió de nuevo.

Su buen humor y su seguridad irritaron a Phoebe.

—Deja que adivine... ¿te lo ha dicho la recepcionista del hospital? Ése es el problema de vivir en una comunidad rural. Todo el mundo conoce tu vida —dijo con amargura—. Después de la historia que le contaste, estaré sorteando preguntas sobre ti durante meses cuando te hayas ido.

—No voy a ir a ningún sitio sin Ben. He reservado una habitación en el hotel hasta que te convenza. Quiero llevarlo a Grecia para que conozca a mi padre y al resto de la familia.

Phoebe lo miró y supo que hablaba completamente en serio.

—Eso no va a suceder —dijo ella, temblando por dentro—. Ya te has divertido bastante, Jed. Vístete antes de que te enfríes —le dijo como si fuera un niño. Agarró su copa de vino de la mesa y se sentó en la butaca.

Phoebe estaba agotada. Sin embargo, tenía que reconocer que, sexualmente, estaba más excitada de lo que había estado en muchos años.

—Pensándolo bien, igual me libro de ti con una neumonía —murmuró ella tras beber un sorbo de vino.

—No está bien desearle eso al padre de tu hijo y no es propio de la Phoebe que yo conocía, la que tenía los ojos risueños y un gran corazón.

Sorprendida, ella lo miró. Si pensaba que podría convencerla sólo porque se habían acostado, estaba perdiendo el tiempo. Se sintió aliviada al ver que se había puesto los vaqueros, pero no podía dejar de mirar la musculatura de su torso mientras levantaba los brazos para ponerse el jersey.

Phoebe estaba disgustada consigo misma por haber copulado como un animal sobre el sofá de la tía Jemma. Sin embargo, no podía negar el efecto que había tenido sobre ella y que todavía sentía el aroma masculino impregnado en su cuerpo. Se estremeció. De pronto, no sólo sentía miedo por Ben, sino también por sí misma.

Tenía que deshacerse de Jed antes de sucumbir otra vez a sus encantos. Tenía que deshacerse de él para siempre, o al menos limitar al máximo el contacto.

—Nunca me conociste, Jed. No quisiste hacerlo. Excepto como mujer dispuesta a hacer todo lo que quisieras en la cama —se esforzó para mirarlo fijamente—. Si crees que por haberte acostado conmigo ahora cambian las cosas, te equivocas. Ya no soy la chica inocente que creía que el sexo significaba amor. Deberías estar orgulloso de ti mismo. Me enseñaste bien. El sexo es sólo sexo, un pasatiempo agradable, pero no hay que confundirlo con el amor.

Él no parecía contento. La miraba con rabia y cierta emoción que ella no era capaz de definir. Pero no le importaba, así que continuó hablando.

—Adoro a mi hijo. Ben es un niño encantador, querido por todos los que lo rodean, y no voy a permitir que un hombre frío y emocionalmente dañado como tú se interponga entre nosotros.

—Te olvidas de que también es mi hijo —replicó Jed.

—Por desgracia, no puedo olvidarlo… Y admito que tienes razón respecto a lo de que tenemos que hablar.

—Al fin, algo de sentido común —dijo él, y se acercó Phoebe levantó la mano como para detenerlo.

—Espera… Escúchame —dijo ella—. Le diré a Ben que eres su padre cuando conSidere que está preparado. Estoy dispuesta a permitir que lo visites, pero con mis reglas. El número de visitas lo acordaremos entre tú y yo o mediante un abogado. Pero en cualquier caso, no voy a permitir que te lo lleves a Grecia, simplemente porque no me fío de que me lo devuelvas.

—¿Te atreves a ponerme reglas? —preguntó Jed enfadado. Agarró a Phoebe de los brazos y tiró de ella para ponerla en pie—. Ahora te toca escuchar a ti. Para empezar, hace cinco años no sugerí que abortaras. Me enfadé cuando me dijiste que estabas embarazada porque no era algo que esperara y me pillaste desprevenido. Lo que dije después, cuando superé el pánico inicial, era con intención de tranquilizarte. Te dije que no te preocuparas y que el doctor Marcus se ocuparía de todo refiriéndome a que te proporcionaría los mejores cuidados médicos durante el embarazo. Yo iba a pagarlo todo, incluso después de que naciera, así que métetelo en la cabecita de una vez por todas. Para mí, cualquier vida es sagrada. Nunca sugeriría el aborto

para un niño engendrado por mí —la miró un instante—. Sé que dije que tener un hijo no entraba en mis planes, pero ¿cómo iba a entrar en mis planes si me habías dicho que estabas embarazada minutos antes? Y si crees que puedes emplear la conversación que tuvimos para evitar que reclame a mi hijo, olvídalo… Has tenido a Ben para ti sola durante años, pero ya no… Te lo aseguro. Podemos hacerlo de la manera fácil, es decir, dando prioridad al bienestar de nuestro hijo, casándonos y ofreciéndole un hogar estable. O de la manera difícil y luchar por su custodia en los tribunales. Son las únicas opciones que tienes, Phoebe, créeme. No voy a formar parte de la vida de mi hijo de manera intermitente.

Phoebe respiró hondo. Sus explicaciones acerca de haber sugerido que abortara y de que tener un hijo no entraba en sus planes parecían ciertas. ¿Podría haber estado equivocada durante años?

En cualquier caso, no importaba. Aquel hombre la volvía loca y hacía que dudara de todo. Pero no había duda alguna respecto al hecho de que al final la había abandonado. Ninguna excusa cambiaría ese hecho.

Phoebe lo miró fijamente y dijo:

—No podrás evitarlo. Recuerdo que eres adicto al trabajo y que cada pocos días viajas por asuntos de negocios entre los dos continentes. Una vez calculé que durante nuestra relación de un año habíamos pasado menos de seis meses juntos. A menos que hayas cambiado mucho de estilo de vida, tu presencia como padre siempre será intermitente, casado o no, y como ya te he dicho antes, prefiero que sea no.

Él la soltó y cerró los puños a ambos lados del cuerpo.

—No, no he cambiado, Phoebe. Pero tú sí. Antes apenas discutías conmigo. Recuerdo a una chica bella, brillante y sensual, dispuesta a explorar todo lo que la vida le ofrecía. No una mujer mordaz…

—Te refieres a una idiota enamorada —lo interrumpió ella—. Dispuesta a hacer lo que le pidieras. Bueno, esos días han terminado. Soy madre, tengo un hijo que quiero, una vida que me gusta y no te necesito. Ahora quiero que te vayas —de pronto estaba cansada, confusa y sólo quería que se marchara.

—No te preocupes, lo haré. Pero antes de irme necesito oír un par de verdades más… Algo sobre lo que reflexionar antes de que regrese mañana —le dijo en tono cortante—. Creas lo que creas, Ben me

necesita. Por mucho que intentes negarlo, ese niño es medio griego. Algún día heredará una importante empresa griega y mucho más. Necesita saber el idioma y a tener responsabilidades, algo que no creo que aprenda metido en un pequeño pueblo británico con su madre y su tía como única familia. Recuerdo que me dijiste que tus padres murieron en un accidente de coche cuando tenías diecisiete años. Pero Ben tiene un abuelo, una tía y un tío, primos y una docena de parientes más en Grecia. Por no mencionar que también tiene un padre —declaró arqueando una ceja—. ¿De veras crees que en el futuro te agradecerá que lo hayas privado de una gran parte de su familia? ¿O hay más posibilidades de que te eche en cara que lo hayas privado de lo que es suyo por derecho?

Phoebe se percató de que lo que Jed decía podía ser verdad. ¿Tenía derecho a privar a Ben de su familia griega? En el fondo sabía que la respuesta era no, y ser consciente de ello le consumió la poca energía que le quedaba. Lo único que quería era irse a la cama y fingir que ese día no había pasado, pero sabía que no era una opción.

—Puede que tengas razón —suspiró ella, demasiado cansada como para seguir discutiendo.

—Sabes que sí, Phoebe —dijo él, mirándola sin frialdad— puede que creas que lleves una vida ideal con Ben, pero no hay nada de ideal en criar un hijo sin padre. Aunque pase poco tiempo con él, como tú crees que haría yo —le acarició la mejilla—. Pero si me dieses la oportunidad, quizá te sorprendiera.

Y así fue... Jed deslizó la mano hasta su cintura y, mirándola con ternura, inclinó la cabeza y la besó en los labios con delicadeza. Finalmente se separó de ella con una irónica sonrisa.

—¿A qué se debe esto? —preguntó Phoebe, conmovida por su ternura.

—Por Ben, por lo que compartimos en el pasado, y por lo que acabamos de compartir en tu sofá. No podría dejarte enfadada. Siéntate y termínate la copa. Ya me voy.

Phoebe se quedó mirando su espalda mientras él salía de la habitación. Cuando oyó que se cerraba la puerta de la casa, se sentó en la butaca, agarró la copa de vino y se la terminó.

«¡Maldita sea!», pensó al darse cuenta de que estaba obedeciendo a Jed otra vez. Miró a su alrededor y se fijó en el sofá. Nunca volvería a sentarse en él sin recordar lo que había sucedido con Jed.

Curiosamente, a pesar de la rabia, el temor y la humillación que sentía, sonrió al pensar en Jed tirado en el suelo mirándola con cara de confusión. Jed la había sorprendido porque en lugar de enfadarse con ella por haberlo empujado, le había parecido divertido…

También la había sorprendido al negarle que él hubiera sugerido que abortara. Durante años ella había creído que sí lo había hecho y por eso lo odiaba, pero tenía que asumir que probablemente se había equivocado. Él jamás había mencionado la palabra. Lo único que había oído había Sido: «el doctor Marcus se ocupará del embarazo», pero en su estado emocional y con la fantasía de que algún día recibiría un anillo de compromiso descartada, quizá había pensado lo peor.

Aunque lo que hubiera pensado en aquellos momentos no cambiaba las cosas. Jed estaba allí, quería a su hijo y ella tenía que llegar a un acuerdo con él.

Capítulo 7

Phoebe apenas durmió aquella noche y, cuando lo hizo, un hombre alto invadía sus sueños. Despertó sobresaltada y se encontró con Ben junto a la cama. Eran las seis y media de la mañana. Ben se subió a la cama y le dijo que se levantara. Ella se rió y le dio un abrazo, pero en el fondo estaba muy preocupada por cómo cambiaría la vida de su pequeño con la llegada de Jed Sabbides.

Y en cuanto a ella, la idea de ver a Jed cuando fuera a visitar a su hijo no le gustaba demasiado, pero después de una larga noche era consciente de que tarde o temprano tendría que darle a Jed la oportunidad de que ejerciera su derecho como padre. Someter a Ben a una batalla legal por su custodia no tenía sentido. Como madre, no tenía dudas de que ganaría la custodia, pero sabía que el juez también otorgaría a Jed un régimen de visitas. La única alternativa que Jed le había ofrecido, la de casarse con él, quedaba fuera de cuestión. Phoebe ya le había entregado a Jed su corazón y su alma en una ocasión, y él había destrozado su confianza. Un matrimonio podía funcionar sin amor si había respeto y amistad entre la pareja, pero sin confianza no había esperanzas.

Phoebe nunca volvería a confiar en Jed, y no podía pensar en nada

peor que en casarse con un hombre al que no podía resistirse. Eso era algo más que había aprendido la noche anterior al despertar de un sueño con el cuerpo tenso por la frustración.

Durante años, no se había preocupado por las relaciones sexuales, sin embargo, Jed la había convertido en muy poco tiempo en una mujer sensual y necesitada, y eso la asustaba. De ninguna manera iba a volver a pasar por eso.

En ese momento, Phoebe tomó una decisión. Le diría a Jed que estaba dispuesta a acordar las condiciones de sus visitas a Ben. Al principio, lo vería en su presencia, pero, más tarde, cuando Ben se sintiera cómodo con él, vería al niño a solas. Era una gran concesión por su parte, ya que tarde o temprano confiaría parcialmente en Jed, pero no iba a decírselo ese día...

Ese día iba a llevar a Ben a la caravana que tenían en un camping al borde de Weymouth Bay. Siempre pasaban las vacaciones allí y a Ben le encantaba aquel lugar. Podían ir a comprar el papel pintado de la pared en la tienda de Weymouth y buscar fósiles durante el fin de semana antes de cerrar la caravana para el invierno. Normalmente, durante las vacaciones de otoño era cuando utilizaban la caravana por última vez hasta el siguiente año. No era que estuviera huyendo...

Quizá era un gesto cobarde, pero no le apetecía enfrentarse a Jed otra vez tan pronto, y menos después de haberse derretido entre sus brazos la noche anterior. Necesitaba tiempo para recuperar su equilibrio emocional y aquélla era la solución perfecta. Al menos podría evitarlo durante un par de días.

Tenía el coche aparcado enfrente de casa, la maleta estaba en el maletero y ya estaban casi preparados para marcharse.

Phoebe miró a su alrededor. Hacía una bella mañana de otoño y brillaba el sol. Ella iba vestida con un jersey azul de lana y un pantalón gris. Miró a su hijo y le dijo:

—Bueno, Ben, ¿tienes todo? ¿La mochila y las botas de agua para la playa? —sonrió al ver que su hijo le mostraba la mochila y las botas —. Bien... Ponlas en el coche y así nos vamos —sujetando la puerta trasera del coche observó cómo su hijo metía las cosas.

En ese momento oyó el ruido del motor de un coche y se quedó helada, pero al levantar la vista reconoció el Ferrari de Julian y suspiró aliviada. Julian detuvo el coche y se bajó para acercarse a ella con una sonrisa.

—Hola, Phoebe. Ben, mi ahijado favorito —chocó la mano con el pequeño—. Veo que vais a buscar fósiles —había Sido Julian el que lo había iniciado en esa actividad y el que le había regalado la mochila con las herramientas.

—Sí —Ben sonrió a Julian y colocó las cosas en el suelo del coche.

—¿Cómo estás, Phoebe? —preguntó Julian.

—Bien —sonrió ella mientras él la rodeaba por los hombros.

—No lo parece. Tienes ojeras… ¿qué has hecho? —bromeó.

—Nada… —el ruido de otro coche interrumpió su respuesta. *«Increíble»*, pensó ella al ver un Bentley negro deteniéndose junto al Ferrari.

Jed Sabbides no estaba de buen humor. Nada más confirmar que Ben era hijo suyo, había llamado a Leo, el director de la empresa de seguridad que custodiaba a la familia Sabbides, para que vigilara a Phoebe y a Ben y lo avisaran en caso de que salieran de casa. No tenía intención de permitir que Phoebe se escapara otra vez. Por eso había recibido una llamada mientras estaba desayunando y había salido inmediatamente. Y por lo que veía, había llegado justo a tiempo.

Phoebe llevaba el cabello recogido en una coleta y estaba guapísima. El cuerpo de Jed reaccionó inmediatamente a pesar de que él frunció el ceño al ver a su acompañante.

¿Qué diablos hacía allí Julian Gladstone tan temprano? Y con el brazo alrededor de Phoebe… Jed no quería saber qué tipo de relación habían tenido anteriormente. Pero desde la noche anterior, Phoebe era suya otra vez, y cuanto antes lo comprendiera aquel hombre, mejor.

Detuvo el coche y salió sin mostrar la rabia que sentía.

Phoebe se puso tensa al verlo salir del coche. Estaba recién afeitado y llevaba la misma chaqueta de cuero negro que el día anterior y un jersey blanco de cuello vuelto. Parecía más atractivo que nunca, quizá porque Phoebe recordó la imagen de él desnudo en medio del salón, con la piel sudorosa después de haber hecho el amor.

Julian inclinó la cabeza y le susurró al oído:

—Ah, ahora entiendo lo de las ojeras —se enderezó de nuevo y dijo—: Buenos días. Creo recordar que eres Jed Sabbides. Estás muy

lejos de tu casa.

—Hola, Phoebe —dijo Jed frunciendo el ceño antes de ponerse en cuclillas y añadir—: Hola, Ben —saludó al pequeño con una sonrisa.

Después se puso en pie y se dirigió a Julian.

—Buenos días. Julian Gladstone, ¿no es así?

Durante un momento, Phoebe simplemente observó la escena. Eran como dos machos en duelo. Pero para su sorpresa, Jed le dio la mano a Julian y éste se la estrechó.

Jed asintió hacia la carretera.

—Tienes un bonito coche, Gladstone. El último modelo de Ferrari. Ambos hombres se volvieron para admirar el coche rojo.

—Yo me he comprado el mismo coche hace dos semanas, pero todavía no he tenido oportunidad de conducirlo. ¿Qué tal va? —preguntó Jed.

Durante los cinco minutos siguientes, Phoebe se sintió invisible. Julian y Jed, seguidos por Ben, se dirigieron hacia el coche. Ben se sentó en el asiento trasero del Ferrari mientras aparentemente los hombres opinaban sobre las prestaciones del vehículo.

No encontraría problema en convencerla para ir a Grecia y para casarse con él. Si no, la llevaría a los tribunales...

Con eso en mente, no iba a darle la oportunidad de discutir.

—Phoebe, recoge las cosas que necesites de tu coche y ponlas en el mío mientras siento a Ben en su sillita. Me ha dicho que vamos a pasar el día fuera y en mi coche iremos más cómodos —Jed sonrió al ver furia en su mirada. Después se dirigió a Ben—. ¿No es así, Ben? —lo agarró de la mano y se dirigió al coche con él.

Phoebe, sonrojada por culpa de la vergüenza y la rabia, se quedó boquiabierta. No podía creer que Jed le hubiera dado a entender a Julian que habían mantenido relaciones sexuales, y que encima se uniera a su plan para el día. Él al menos asumía que sólo iban a pasar el día fuera, porque con Ben agarrado a la mano de Jed, ella sabía que no podría discutir con él.

Enfrentarse a Jed delante de su hijo sólo serviría para que el

pequeño notara la tensión entre ellos. ¿A lo mejor era eso lo que quería Jed? Mordiéndose el labio inferior, sacó la chaqueta, las botas y la mochila del coche, y decidió dejar la maleta en el maletero. Cerró el coche y se metió en el asiento trasero del coche de Jed sin decir palabra. Entonces, Ben comentó:

—Mamá, te has olvidado la maleta con todas las cosas para el fin de semana. Jed miró por encima del hombro y frunció el ceño.

—Creía que sólo ibais a pasar el día. Ben dijo que ibais a buscar dinosaurios. Pero todo el fin de semana suena mucho mejor. ¿Dónde pensabais quedaros? —preguntó.

—En nuestra caravana, junto al mar. Tú puedes quedarte con nosotros si quieres. ¿Verdad, mamá?

Por primera vez en la vida. Phoebe sintió ganas de estrangular a su hijo.

—No, Ben, al final sólo vamos a pasar el día —dijo ella—. Jed es un hombre muy importante y no podemos ocupar su valioso tiempo por más de unas horas —dijo ella con sarcasmo—. Estamos perdiendo el tiempo. Arranca.

—No. Phoebe. No podría privaros de pasar un fin de semana fuera. Tengo tiempo libre y me encantaría pasarlo con vosotros.

—¿No es estupendo, mamá? —preguntó Ben, y después de contar que la caravana era enorme, con dos dormitorios y un sofá cama, ella ni siquiera tenía excusa diciendo que no había sitio para aquel demonio manipulador.

Entonces, con una cínica sonrisa, Jed insistió para que Phoebe le diera las llaves de su coche y sacar la maleta.

¿Cómo diablos había pasado de la posibilidad de escapar de Jed durante el fin de semana a pasar todo el fin de semana con él en la caravana?

Él la miró por el espejo retrovisor.

—Bueno, Phoebe, ¿hacia dónde vamos? —preguntó con una amplia sonrisa.

—A Weymouth —dijo ella—. Tu navegador por satélite te guiará —añadió, y volvió la cabeza hacia la ventanilla tratando de ignorarlo.

Un rato más tarde, el coche se detuvo frente a la barrera de entrada del camping.

—Esperad aquí mientras entro en la recepción para que me den el pase.

Phoebe había estado casi una hora en silencio. Tiempo suficiente para observar de cerca la nuca de Jed y recordar que la noche anterior le había acariciado el cabello y mucho más. No podía esperar para salir del coche.

Cinco minutos más tarde, Phoebe regresó y le entregó el pase a Jed por la ventanilla del coche.

—¿Por qué has tardado tanto? —preguntó él.

—Es sábado por la mañana y la semana que viene hay vacaciones escolares. Las últimas antes de navidad. Por eso están tan ocupados —replicó.

—Ah, ya comprendo. Entra y dime dónde tengo que ir… Quiero ver dónde vamos a dormir esta noche.

El comentario y la sonrisa sensual hicieron que a Phoebe le subiera la temperatura corporal y entrara en el coche echando humo.

Su humor no mejoró cuando llegaron a la caravana y Jed aparcó el coche. En pocos segundos había sacado a Ben y estaban esperando con impaciencia a que ella abriera la puerta de la caravana.

Tras decirle a Ben que dejara sus cosas en su dormitorio habitual, ella intentó convencer a Jed para que se marchara diciéndole que no quería que se quedara allí y que un hombre como él, acostumbrado al lujo, odiaría aquel lugar. Pero no sirvió de nada. Él le dijo que cuando era joven había atravesado estados unidos en un winnebago y que la caravana era mucho más grande.

Cuando Ben salió de la habitación, agarró a Jed de la mano y se ofreció a enseñarle los alrededores, ella tuvo que abandonar…

En contra de las expectativas de Phoebe, el día no fue un completo desastre.

Después de comer en el restaurante del puerto, la tarde fue agradable.

Condujeron hasta Portland Bill para ver el faro y hacer un tour por el castillo, y Jed tomó varias fotos con su teléfono móvil.

Todo eso lo hicieron después de que Phoebe se llevara una desagradable sorpresa mientras fueron de compras por la mañana…

Ben no conseguía decidirse por qué papel pintado para la pared le gustaba más y quería los dos, el de coches y el de dinosaurios. Ella aceptó, aunque sabía que para un adulto una pared decorada con dos papeles pintados distintos no quedaría bien.

Jed le preguntó al dueño de la tienda cuándo irían a poner el papel, sugiriendo que por la tarde era buen momento. Lo que sucedió después hizo que Phoebe se asombrara para siempre del poder que tenía aquel hombre.

Phoebe había sonreído de forma condescendiente y le había dicho a Jed que la tienda no ponía el papel y que ella pensaba hacerlo la semana siguiente. Él simplemente la miró y dijo:

—No seas ridícula —unas llamadas de teléfono después le pidió las llaves de la Casa y se las entregó a un hombre llamado Sid, junto con las bolsas…

Al parecer, Sid era el guardaespaldas de su hijo desde el día anterior, e iba a quedarse en la casa para ocuparse de todo mientras los decoradores hacían el trabajo durante el fin de semana. El momento era el ideal.

En esos momentos, Phoebe estaba sentada en la cama observando a su hijo dormido. No le quedaba más remedio que asumir que por mucho que no le gustara la idea del guardaespaldas, la vida de Ben había cambiado para siempre. Jed simplemente había dicho que Ben era su hijo y que el riesgo de que lo secuestraran estaba siempre presente. Ese comentario la dejó sin palabras…

Inclinándose hacia delante, le retiró a Ben un mechón de pelo de la frente y lo besó en la mejilla. Después se puso en pie, enderezó la espalda y salió en silencio de la habitación.

Capítulo 8

Phoebe miró hacia la cocina y la sala de estar y, tras respirar hondo, se dirigió hacia allí.

A lo largo de la pared había un sofá acolchado que se convertía en cama doble si era necesario. En el centro había una mesa de café y, en la otra pared, una falsa chimenea eléctrica. «Cómoda y práctica, pero nada parecido a lo que Jed está acostumbrado», pensó ella.

Pero al ver a Jed recostado en el sofá, sin zapatos, y hablando por teléfono en griego con cara de concentración, Phoebe pensó que se encontraba como en casa.

Jed terminó la conversación al verla y le preguntó:

—¿Ben se ha dormido?

—Sí. Por favor, no interrumpas tus llamadas por mí. Voy a preparar una infusión y me voy a la cama.

—Sólo son las ocho, Phoebe, y evitar el tema de Ben no hará que se solucione. Ven y tómate una copa de champán conmigo e intenta comportarte como la mujer inteligente que eres en lugar de mostrarte huidiza todo el rato.

Fue entonces cuando ella se fijó en que había una botella de champán y dos copas sobre la barra que había junto a la ventana.

—¿De dónde has sacado eso?

—De la nevera del coche. Tenemos cosas más importantes de las que hablar. Ben es nuestro hijo y tú has hecho un trabajo estupendo educándolo, pero necesita un padre. No tendremos mejor momento que ahora para hablar de su futuro.

Se puso en pie, abrió la botella de champán y sirvió dos copas.

—Sabes que tengo razón.

Le entregó una copa y ella la agarró tratando de no rozar los dedos de Jed.

—No tengo intención de abalanzarme sobre ti, Phoebe —dijo con ironía—. Al menos hasta que no me lo pidas —sonrió—. Ven a sentarte y relájate —le ordenó, y se sentó de nuevo en el sofá.

Como siempre, tenía razón. Evitar el tema no serviría de nada. Phoebe se acercó y se sentó a su lado.

—¡Salud! —dijo él, chocando la copa contra la de ella.

—Salud —murmuró ella, y bebió un sorbo.

—¿No es así mejor? Un brindis por los viejos tiempos entre dos amigos.

—Supongo que sí —excepto que Jed nunca la había conSiderado una amiga, sino una amante... Una mujer dispuesta a compartir su cama, pero no lo bastante buena como para compartir su vida. Había hecho todo lo posible para asegurarse de que nunca conociera a su familia ni a sus amigos, la élite de la sociedad griega.

Jed se percató de que Phoebe estaba pensativa y trató de cambiar de tema.

—Esta caravana está muy bien. ¿Desde cuándo la tienes? —preguntó.

—¡No reúne tus requisitos de lujo! —soltó Phoebe, arqueando una ceja—. Para nosotros es perfecta. El verano que hicimos la obra en casa, alquilamos una caravana durante ocho semanas. Ben tenía dieciocho meses y le gustaba tanto el mar, que mi tía Jemma y yo decidimos comprar una caravana. Pasamos aquí todas las vacaciones, y muchos fines de semana —dijo ella, bebiendo otro sorbo de champán.

—Ya he visto que a Ben le encanta estar cerca del mar —Jed la miró—. Lo he pasado muy bien hoy, con vosotros. No estoy seguro de que comer pescado con patatas fritas sea muy sano, pero me ha gustado.

—Ya me he dado cuenta —murmuró Phoebe, consciente de la sonrisa de Jed—. A Ben le encanta ir al restaurante del puerto, y a la pizzería que hay aquí. Aunque hay otro restaurante al que podíamos haber ido —empezaba a irse por las ramas, bebió otro trago y se

terminó la copa.

Jed le sirvió un poco más. Después de un par de copas ella se relajaría y estaría más dispuesta a aceptar el plan que él tenía para el futuro de Ben.

—Has conseguido agotar a Ben —dijo Phoebe, bebiendo un poco más—. De hecho, me has sorprendido. Eres muy bueno con él, y parece que le caes bien.

Jed la miró en silencio durante un momento. Ella no tenía ni idea de lo condescendiente que sonaba. El comentario que había hecho acerca de que parecía que le caía bien al pequeño era doloroso, pero suponía que debería estar agradecido de que ella estuviera dispuesta a aceptarlo después de que hubiera intentado negar que era su padre.

—Gracias, Phoebe. Tengo mucha práctica con mis sobrinos. Mi hermana tiene cuatro hijos, dos niñas y dos niños. Cuando Ben vaya a Grecia, sus primos estarán encantados y sus tíos, Cora y Theo, lo adorarán. En cuanto a mi padre, que recientemente se ha divorciado de su cuarta esposa, y con suerte la última, Ben hará que su vida esté completa.

—Sí, bueno… —murmuró Phoebe.

Hablar de la familia de Jed le resultaba un poco difícil. Anteriormente, cuando estuvieron juntos, él le había mencionado a su hermana y le había contado que su madre había muerto cuando él era adolescente, pero ella no tenía ni idea de que su padre hubiera estado casado cuatro veces. De hecho, conocía muy pocas cosas acerca de él, aparte de que era estupendo en la cama. Lo miró fijamente y posó la mirada en sus labios. Involuntariamente, se humedeció los labios, recordando sus besos placenteros. Notó que se le aceleraba el pulso y bajó la mirada hacia la copa medio vacía que tenía en la mano, avergonzada por el deseo que sentía por Jed.

—Quizá algún día —murmuró de nuevo, con miedo a mirarlo. Tenía miedo de que él reconociera lo que sentía. Observó que le llenaba la copa y que dejaba la suya sobre la mesa.

—Quizá, no es suficiente, Phoebe —comentó Jed.

Ella bebió un sorbo largo para calmar el latido de su corazón.

—Quiero que conozca a su familia griega. Es injusto para Ben y para mí. Ha de saber que yo soy su padre, y mañana voy a decírselo,

te guste o no. Sería mejor que acordemos el momento entre los dos, aquí y ahora.

Evidentemente, Jed no tenía ni idea de que los pensamientos de Phoebe eran mucho más eróticos. Él no estaba interesado en ella, sino en su hijo. Ella lo miró y, al ver determinación en sus ojos, se estremeció. Bebió un trago de champán y encontró la valentía para negarse.

—No, creo que estás anticipándote. Ben necesita tiempo para conocerte, para adaptarse.

—Anticipándome… Tiene gracia. Has criado a Ben creyendo que no tiene padre. ¿Cómo crees que eso me hace sentir? Nos hemos vuelto a encontrar por pura coincidencia y fue tu incapacidad para disimular el miedo en tu mirada lo que me hizo sospechar algo. En ningún momento imaginé que estuvieras ocultándome a mi hijo. Sé que ha estado bien cuidado, pero en lugar de que dos mujeres se hayan hecho cargo de él, debía de haber Sido yo quien lo hiciera.

—No te fustigues —dijo Phoebe—. En cierto modo, lo has hecho —soltó una risita.

—¿Crees que tiene gracia? ¿Y qué quieres decir?

—Es sencillo las joyas que me regalaste pagaron mi formación para ser profesora, y el ostentoso collar de diamantes permitió que comprara la casa anexa a la de mi tía. Con el resto, compré la caravana. ¿Ves?, no tienes por qué sentirte culpable en lo que al dinero se refiere —hipó sin poder evitarlo—. Aunque moralmente regalar joyas por mantener relaciones sexuales no está muy bien. Pero… Según tú me las había ganado, así que las utilicé.

Jed miró alrededor de la caravana.

—¿De veras vendiste los regalos que te hice?

Recordó la casa de Phoebe y se sorprendió al pensar la cantidad de cosas que le había regalado. Lo que para él no era más que una gota en el océano, había servido para que Phoebe estudiara y viviera cinco años. Él gastaba más en un solo mes.

—Sí. Bueno, la mayor parte.

Incapaz de contenerse, Jed la rodeó por la cintura y, sujetándole la barbilla, hizo que lo mirara. Sus ojos azules brillaban acordes a su

sonrisa.

—Guardé el prendedor del pelo para un día lluvioso.

Sin duda el champán había hecho su efecto. Ella nunca le habría contado la verdad estando sobria. Saber que había hecho algo por Ben hacía que se sintiera mejor, aunque hubiera Sido de manera involuntaria.

—No hacía falta que me dijeras eso, pero me alegro de que lo hayas hecho —sin poder resistir la tentación, la besó en los labios con delicadeza.

—Un placer —murmuró ella, pestañeando.

Apoyó la cabeza en el hombro de Jed y dejó caer la mano sobre su muslo. Él se puso tenso y levantó la cabeza para recorrer el cuerpo de Phoebe con la mirada. La tensión de la entrepierna que había intentado controlar durante todo el día se intensificó.

Phoebe lo miró y separó los labios, de forma que él no pudo evitar acariciárselos con la lengua antes de introducirla en su boca.

Después, recorrió su cuello dándole montones de besos.

—Juré que no volvería a hacer esto.

De pronto, Phoebe se percató de que estaba acurrucada contra su cuerpo y que ella estaba masajeándole el muslo.

No podía comprender cómo había conseguido acabar otra vez en una situación como ésa con un hombre al que había temido y odiado durante los últimos cinco años. Demasiado champán, ése era el motivo...

—No vas a hacer nada —dijo ella, retirando la mano y sentándose derecha—. De hecho, ya puedes buscarte un hotel. No me fío de ti quedándote aquí —se alejó un poco de él. No se atrevía a ponerse en pie porque estaba un poco mareada.

—No te fías de ti misma, Phoebe, y no voy a marcharme a ningún sitio. Furiosa, ella se puso en pie y lo miró.

—El sofá se convierte en cama. Hay sábanas en la mesa para hacer la cama. Yo me voy a dormir y no quiero verte ni oírte hasta mañana por la mañana, cerdo arrogante y engreído...

Jed la dejó marchar.

Agarró el teléfono móvil, miró las fotos que había tomado durante el día y sonrió. Su hijo... Benjamin... Era su familia e iba a vivir con él.

Miró la hora antes de escuchar los mensajes.

Las diez de la noche, ¿cuándo se había ido a la cama tan temprano? Encendió el ordenador y trabajó intensamente durante las tres horas siguientes. Habían surgido algunos problemas y tendría que atenderlos en persona en Londres. No había estado fuera de la oficina tanto tiempo desde hacía años, y antes tampoco conseguía concentrarse pensando en Phoebe. Una vez que sabía la verdad tenía energía para regresar al trabajo, y con un hijo como heredero tenía un incentivo añadido.

No iba a perder más tiempo tratando de convencer a Phoebe. Al día siguiente le diría a Ben que era su padre y continuarían a partir de ahí. La chica de veintiún años, dócil y sexy, se había convertido en una mujer cabezota, pero mucho más sexy y moderna. Podía esperar. Ella terminaría estando de acuerdo con él. Por experiencia, sabía que todas las mujeres lo hacían.

No era un hombre engreído, pero era atractivo, inteligente y rico. Sobre todo, rico. Nunca había conocido a una mujer que no hubiera aceptado la oportunidad de casarse con él. Phoebe no era diferente. El atractivo de una vida llena de lujo superaría a cualquier escrúpulo que pudiera tener. Pero él no estaba dispuesto a esperar por su hijo.

***

Phoebe se despertó y, durante un momento, no supo dónde estaba. Al abrir los ojos se percató de que estaba en la caravana y recordó lo sucedido el día anterior.

No le apetecía pasar otro día con Jed. Ya había tenido bastante, aunque su cuerpo traicionero se empeñan en demostrarle lo contrario.

Se sentó en la cama y miró el reloj. Las nueve de la mañana. No podía ser…

Ben siempre se despertaba al amanecer. Estaba a punto de levantarse cuando Ben entró en la habitación.

—¡Bien! Estás despierta, mamá. Jed me dijo que tenía que dejarte dormir, pero has dormido un montón de rato. Hemos estado en el café del paseo marítimo y hemos desayunado y todo.

—Deberías haberme despertado. Ya sabes que no debes ir a ningún sitio sin avisarme —le aterrorizaba la idea de que Jed pudiera llevárselo.

—Jed me dijo que no pasaba nada, porque estabas cansada y necesitabas recuperarte.

Phoebe miró a su hijo y vio su mirada de preocupación. Ella forzó una sonrisa.

—Sí, está bien, pero no vuelvas a hacerlo, ¿de acuerdo? —lo besó en la frente, y enderezando la espalda maldijo en silencio.

Entonces se percató de que Jed estaba a los pies de su cama.

—Buenos días, Phoebe. ¿Has dormido bien? —la miró de arriba abajo.

Ella trató saliva al sentir que los pechos se le ponían turgentes al verlo. Estaba muy atractivo. De pronto ella se percató de que llevaba un camisón muy corto.

—Sí —contestó sonrojada.

—Mamá, mamá, ¿sabes qué?

—¿Qué? —preguntó ella.

—Jed me ha dicho durante el desayuno que tengo un papá, y que él sabe dónde está.

Durante un momento, Phoebe cerró los ojos, se puso pálida y deseó que se la tragara la tierra. Sabía que algún día tendría que explicarle a Ben más cosas acerca de su padre, pero no esperaba que fuera de esa manera. Abrió los ojos y vio que Ben la estaba mirando emocionado. Phoebe alzó la barbilla y miró a Jed.

—Ha salido en la conversación, Phoebe, y no iba a mentir al niño. Pero le he dicho que debíamos pedirte permiso primero.

—Un gran detalle. Ahora, ¿podríais dejarme tranquila para que me vista?

—Pero quiero saber dónde está mi padre, ahora.

Ben era insistente y, aunque no era la manera que ella habría elegido para hacerlo, desde luego no pensaba permitir que fuera Jed quien se lo dijera.

Sentó a Ben en su regazo y le apartó el pelo de la frente.

—¿Recuerdas que te dije que no tenías padre porque nos separamos mucho antes de que nacieras? Bueno, pues Jed sabe quién es tu padre porque él es tu padre. Ben, y nos ha encontrado.

Ben miró a Jed muy serio.

—¿Es verdad que eres mi papá?

—Sí, Ben. Tu mamá y yo perdimos el contacto, y no tenía ni idea de que existías hasta el viernes, cuando nos encontramos y descubrí que eras mi hijo. Te prometo que nunca volveremos a perder el contacto.

—¿Puedo llamarte «papá»? —preguntó el pequeño.

—Sí. Claro que sí, Ben. No hay nada en el mundo que me gustara más que me llamases «papá» —contestó Jed y le dio un abrazo.

Capítulo 9

Phoebe se duchó y se vistió mientras Ben se fue con Jed a bañarse en la piscina cubierta. Sólo aceptó cuando Jed le dijo que irían

caminando y le dejó las llaves del coche con una mirada irónica. Sabía que ella no se fiaba de él.

Ella no podía dejar de pensar. Temía por el futuro, Jed podía darle a Ben todo lo que el dinero pudiera comprar, y lo único que ella podía darle a su hijo era una madre trabajadora y mucho amor... Era como si todo se hubiera vuelto en su contra. Suspiró y terminó de recoger la caravana. No podía evitar preguntarse si Ben disfrutaría de los placeres sencillos que había compartido con ella después de haber conocido lugares exóticos y gente interesante gracias a su padre.

Cuando regresaron de la piscina, trató de disimular sus preocupaciones.

Pasaron el resto del día de excursión. Fueron a Chesil Beach, la costa de los dinosaurios, como la llamaba Ben. La playa terminaba en un pueblo llamado Lyme Regis, un lugar conocido por los fósiles que se podían encontrar. Tras algunas preguntas que Jed contestó con toda naturalidad, Ben aceptó que ese hombre era su padre y mostró su entusiasmo. Phoebe se sentía culpable por haberlos mantenido separados durante años y también un poco celosa. Ben era su hijo, y era difícil aceptar que ella ya no volvería a ser el centro del universo para él y que tendría que compartirlo con Jed.

Jed había cautivado al pequeño hablándole de su familia y Ben lo había fascinado a él mientras buscaban fósiles en la playa. Encontraron uno en una roca y Ben decía que era un diente de dinosaurio.

Phoebe estaba de acuerdo. Jed también.

Cuando regresaron a Peartree Cottage, Sid los recibió en la puerta y se marchó después de entregarle las llaves a Phoebe. Ben estaba encantado con la nueva decoración de la habitación y en menos de media hora estaba bañado y acostado.

—Parece un angelito cuando está dormido —murmuró Jed.

—Sí.

Al ver a Jed observando al pequeño con ternura, Phoebe sintió que se le ablandaba el corazón. Pero se había sentido dolida cuando Ben, con un brillo en la mirada, había besado a Jed y le había dicho: *«buenas noches, papá».*

—Pero a veces puede ser un demonio, como su padre —respondió

ella con amargura y salió de la habitación dirigiéndose al piso de abajo

Necesitaba un café y entró en la cocina. Sacó una taza y se preparó un café instantáneo.

—Yo también quiero un café, por favor, Phoebe —dijo Jed al entrar.

—Muy bien —repuso ella, y preparó otra taza. Cuando se volvió, él estaba demasiado cerca y ella comenzó a temblar.

—Tranquila, Phoebe —agarró una de las tazas y sonrió—. Ha Sido un día estupendo. No lo estropees tirándome el café encima —bromeó, y se sentó en una silla de la cocina—. Siéntate y disfruta del café —le ordenó—. Tenemos mucho de qué hablar.

Durante un momento, Phoebe miró a Jed y deseó que se marchara y no regresara jamás. Pero sabía que eso no iba a suceder.

Ella se había prometido que no permitiría que él le hiciera daño otra vez, y la rabia y el resentimiento acumulados durante años salieron a la luz. Era su vida y

No tenía por qué justificar sus decisiones ante ningún hombre, y menos ante Jed Sabbides, el hombre egocéntrico y machista que tenía delante.

—Tú eres lo que me ha pasado. Me destrozaste la vida una vez y no permitiré que vuelva a suceder.

—¿Y Ben? ¿Estás dispuesta a destrozar su vida porque tú eres demasiado cobarde? Eres una madre estupenda, lo sé, pero él necesita un hombre en su vida porque tú eres demasiado blanda.

Ella se encogió al oír sus palabras. Su tía Jemma le había dicho lo mismo en alguna ocasión.

—Contéstame a esto. ¿Por qué permitiste que llevara a Ben a dar un paseo en coche el viernes por la noche? ¿Por qué permitiste que pasara el fin de semana con vosotros?

—Porque eres como una apisonadora y aplastabas cualquier objeción que hiciera.

—Y yo que pensaba que era porque tenía mucha influencia sobre

ti, lo cierto es que es Ben quien la tiene. He estado observando y he visto que no eres capaz de disgustar al niño y por eso siempre se sale con la suya. Él lo sabe, Phoebe. Créeme, soy su padre, y yo era igual con mi madre hasta que mi padre me enseñó de otra manera —esbozó una sonrisa—. Ahora puede ser que no suponga un problema, pero en un futuro lo será, si no tiene un modelo masculino en su vida. Has permitido que te presione para que le dijeras que yo era su padre antes de salir de la cama esta mañana, y ayer le permitiste que tuviera los dos papeles pintados para la pared en lugar de obligarlo a tomar una decisión. Algo que tendrá que hacer si quiere tener éxito en la vida.

Phoebe se sintió afectada por su comentario porque, en el fondo, tenía la sensación de que había algo de verdad en lo que había dicho. Pero no estaba dispuesta a permitir que él viera cómo se sentía.

—¿Quién te ha formado en psicología infantil? —preguntó ella—. Para ser un hombre que no tenía pensado tener hijos, y que sabe que es padre desde hace tres días, eres muy atrevido para comentar mi talento como madre. Si crees que pero es típico de un canalla despiadado como tú —le espetó.

Él dejó de sonreír. La miró con rabia y ella se puso tensa.

—Pequeña... —se calló para agarrarla por la cintura y presionarla contra su cuerpo.

Se hizo un tenso silencio y Phoebe no estaba segura de qué iba a suceder. Sólo sabía que estaba atrapada y que notaba cada parte de su anatomía contra el cuerpo. Cuando él la agarró por la nuca con la otra mano, ella comenzó a temblar.

—No te eches flores. Convencerte para que me acompañes a Grecia no es mi objetivo, pero que venga Ben sí lo es. Ambos sabemos que la otra noche te derretiste entre mis brazos y que volverías a hacerlo ahora mismo —metió una pierna entre las de Phoebe y deslizó una mano hasta su pecho—. Puedes seguir acusándome de no querer un hijo, Phoebe —le susurró al oído, mordisqueándole el lóbulo—. Y de sugerirte que abortaras. Puedes continuar diciéndote que todavía te crees esa locura, pero a la única persona que estás engañando es a ti misma.

—Si tú lo dices... —murmuró ella.

Jed vio el brillo de excitación en su mirada. Era tan bella, tan sensual y tan cabezota... Y él estaba tan excitado, que tenía que contenerse para no quejarse. Se separó un poco de ella para no perder el control y continuó.

—No voy a discutir más contigo, Phoebe, y tampoco voy a llevarte a la cama para saciar tu deseo —retiró la mano de su cintura y dio un paso atrás—. Ya he perdido demasiado tiempo buscándote las últimas semanas. No puedo obligarte a venir conmigo, pero volveré el martes al mediodía para recogeros y, al menos, pasarás el resto de la semana en Grecia.

—¿Pretendes que acepte así, sin más? —preguntó Phoebe—. Pues sigue soñando, porque no lo haré.

Jed sonrió despacio.

—Ser testaruda es un rasgo poco favorecedor para una bella mujer —la miró a los ojos—. Piensa en ello, ¿quieres?

—No necesito pensarlo —le espetó ella—. No quiero —vio que él entornaba los ojos y añadió—. Todavía no —el sentido común le indicaba que no podía enfrentarse a Jed completamente—. Se necesita un tiempo para llegar a un acuerdo legal sobre la custodia. No puedes ir ordenando a la gente, así sin más.

—Como quieras —dijo Jed—. Entonces, te veré en los tribunales.
Ella empalideció.

—¿En los tribunales? ¿Quieres ir a los tribunales?

—Puesto que pareces incapaz de llegar a un acuerdo privado, no veo otra solución —la sujetó por la barbilla para que lo mirara a los ojos—. La decisión es tuya. Te doy un día para decidir.

Inclinó la cabeza y la besó en los labios de manera posesiva. Ella no pudo evitar poner las manos sobre sus hombros y acariciarlo, dejándose llevar por el calor de su cuerpo.

De pronto, él se apartó de ella y la empujó un poco para que se separara más de él.

—Será mejor que me vaya.

Acercó la mano y le colocó un mechón de pelo detrás de la oreja. Durante un instante, ella se quedó completamente desorientada, afectada por la magia de su beso, hasta que pudo centrar la vista en el rostro de Jed y vio que sonreía con sorna.

—De otro modo, a lo mejor decido quedarme otra vez —retiró la mano—. Me deseas, no puedes evitarlo, Phoebe, pero la próxima vez que te haga el amor será después de que hayamos decidido el futuro de Ben, no antes —se volvió para marcharse, pero miró hacia atrás—. Por cierto, la otra noche me olvidé de utilizar protección. Así que espero que esta vez te estés tomando la píldora mejor que la otra vez —la miró a los ojos—. ¿no habrá problema, supongo?

—Por supuesto que no —respondió ella, y él asintió y se marchó.

Phoebe permaneció mirando al infinito y con el corazón acelerado durante bastante tiempo. Finalmente se dirigió al salón y se dejó caer en el sofá.

No se había tomado la píldora desde que se separó de Jed, pero no estaba dispuesta a admitirlo. Rápidamente hizo unos cálculos y suspiró. Le faltaba una semana para tener el periodo, no había demasiado problema.

Además, la última vez habían mantenido relaciones sexuales montones de veces. Una vez en el sofá no contaba lo mismo. Golpeó el sofá, como si fuera el culpable.

Si había algún culpable, era Jed. Él nunca se olvidaba de ponerse protección. Al principio de su relación había Sido muy cuidadoso con los preservativos, hasta asegurarse de que la píldora estaba haciéndole

efecto. De hecho, no podía culparlo por haberse olvidado de emplear protección a propósito.

Si se quedaba embarazada, ella era la única culpable.

Se puso en pie. No tenía sentido quedarse ahí sentada temiendo lo peor. Lo mejor era que se fuera a la cama...

«¿Y quedarme embarazada sería lo peor que podía sucederme?», pensó mientras intentaba quedarse dormida. Ben estaría encantado de tener un hermano o hermana. En circunstancias normales, a ella le habría gustado tener dos o tres hijos. Pero su situación con Jed no era normal, y nunca lo sería...

Él no se comprometía en las relaciones amorosas.

Al día siguiente, durante el desayuno, Phoebe le comentó a Ben la posibilidad de ir a Grecia de vacaciones y el pequeño se entusiasmó. Pero Phoebe seguía indecisa...

El día empeoró cuando Ben y ella fueron caminando al pueblo, donde él le contó a todo el mundo que había conocido a su padre. Tampoco era necesario. La recepcionista del hospital ya había hecho su trabajo, y cuando entraron en la oficina de correos, la empleada le preguntó cuándo era la boda.

Capítulo 10

Al final, Phoebe no tuvo que tomar una decisión, sino que la tomaron por ella...

A las seis de la mañana abandonó el intento de quedarse dormida, salió de la cama y fue a ver a Ben. Seguía durmiendo, probablemente porque la noche anterior se había acostado tarde. Ella no quería quedarse sola con sus pensamientos.

No le había servido demasiado. No fue capaz de tomar una decisión ni siquiera después de una larga ducha. Se enjabonó el cuerpo y permitió que el agua se deslizara por su piel. Entonces, la imagen de Jed acariciando sus senos invadió su cabeza. Quejándose, ella agarró el bote de champú y se enjabonó el cabello con fuerza. Entonces, abrió el agua fría y permaneció bajo el chorro un buen rato.

Cuando estaba segura de haber aplacado su deseo, cerró el grifo y salió de la ducha.

¡Maldita fuera! Oía sonar el teléfono en la distancia. Agarró una toalla y se cubrió el cuerpo con ella antes de bajar corriendo por las escaleras, preguntándose quién podía llamar tan temprano.

Phoebe contestó y antes de poder pronunciar palabra, Jed le preguntó enfadado:

—¿Dónde diablos estabas? Llevo llamándote veinte minutos.

—Estaba en la ducha y ahora estoy en el pasillo tiritando, tapada con una toalla, así que...

—¡Maldita seas, Phoebe! Una imagen tuya desnuda es justo lo que necesito —dijo con frustración, y el efecto que la ducha de agua fría había tenido sobre ella desapareció—. Estate callada. Mi padre sufrió anoche un ataque al corazón. Está vez no quiero tu compasión. Sólo quiero que hagas lo que te digo. He hablado con su médico y me ha dicho que las próximas cuarenta y ocho horas son cruciales. Está semiconsciente, pero le he contado lo de Ben y me ha dicho que quiere conocerlo. No voy a permitir que mi padre muera sin conocer a su nieto. A las nueve irá un coche a recogeros para llevaros al aeropuerto. Le he pedido a Sid que os acompañe y él os llevará al hospital, ¿comprendido?

—Sí… No. Espera —tartamudeó ella con el corazón acelerado.

—No tengo tiempo para discutir. Haz lo que te digo —ordenó Jed, y colgó el teléfono.

***

Phoebe agarró a Ben de la mano y le dedicó una sonrisa tranquilizadora mientras avanzaban por el pasillo del hospital hacia el área de cuidados intensivos.

—Vas a ver a tu papá, y a conocer a tu abuelo, que no se encuentra muy bien. Pero no temas, se recuperará.

—Sid me ha dicho que soy mayor y que no tengo miedo de nada —dijo Ben—. ¿Verdad, Sid?

—Claro que sí —Sid sonrió mirando a Phoebe—. No te preocupes. Sentaos —señaló unas sillas que estaban contra la pared—. Le diré al señor Sabbides que estáis aquí.

Phoebe observó que cerraba la puerta y tomó asiento junto a Ben. Ella tenía miedo. Todo estaba sucediendo tan deprisa que temía haber perdido el control.

Sid regresó al cabo de un momento y dijo:

—El señor Sabbides llegará enseguida, así que me voy —dijo, y se marchó. Phoebe continuó mirando a la puerta hasta que apareció Jed.

—Phoebe… Has venido —dijo él.

—Sí —se miraron a los ojos.

—No estaba seguro de que fueras a venir —admitió—. Pero me alegro de que lo hayas hecho.

Phoebe lo miró de arriba abajo. Llevaba la ropa arrugada y tenía el cabello alborotado, como si se hubiera pasado los dedos por él

docenas de veces. Parecía cansado.

—No me has dejado mucha elección —dijo ella con una media sonrisa—. Y Ben estaba deseando meterse en el avión. Nunca había volado y estaba fascinado.

—Cuando sea mayor, voy a ser piloto, papá —dijo Ben. Jed se agachó y tomó a Ben en brazos.

—Cuando seas mayor, puedes ser lo que quieras, pero ahora quiero que conozcas a tu abuelo —mirando a Phoebe, añadió—: mi padre también quiere conocerte, Phoebe. El médico le ha dado algo y ahora está despierto, pero no sabe cuánto tiempo... —se encogió de hombros—. Entra —dijo, y poniéndose en pie, Phoebe siguió a Jed y a Ben hasta otra habitación.

Una mujer menuda de cabello oscuro se acercó a ella.

—Soy Cora, la hermana de Jed —dijo con una sonrisa y miró a Ben. Después se dirigió a Phoebe—. Tú debes de ser Phoebe. He oído hablar mucho de ti y estoy encantada de conocerte, pero me hubiera gustado hacerlo en otras circunstancias. Tienes que venir a cenar esta noche y conocer al resto de la familia.

—No, esta noche no —intervino Jed, dejando a Ben en el suelo—. Ve a tomarte un café o algo. No estaremos mucho tiempo aquí, y después puedes quedarte unas horas mientras yo llevo a Phoebe y a Ben a casa.

—Ha hablado el oráculo —dijo la hermana, y agarró a Phoebe del brazo—. Adoro a mi hermano de Jed, pero lo conozco. No permitas que te mangonee. Mañana traeré a los niños por la mañana. Le harán compañía a Ben. Diga lo que diga Jed, un hospital no es sitio para niños pequeños —dijo ella con una sonrisa—. Te veré más tarde.

Phoebe sonrió sintiéndose un poco mejor. Cora parecía simpática, aunque el comentario que había hecho acerca de que había oído hablar mucho de ella era extraño. Entonces, respiró hondo, se volvió y se quedó de piedra.

Un hombre de pelo cano estaba tumbado en la cama con una mascarilla de oxígeno retirada de la boca y un gotero. Varios monitores controlaban sus constantes vitales. Su rostro reflejaba dolor, pero sus rasgos se veían claramente.

Ben, que tenía la altura justa para ver por encima de la cama,

miraba con curiosidad a su abuelo. Jed le decía algo a su padre en griego y después habló en inglés para presentar a Ben.

Al ver que al hombre se le iluminaba la cara, Phoebe sintió un nudo en la garganta. Ben extendió la mano y su abuelo se la estrechó. Estaba viendo a tres generaciones de una familia, todos con sus ojos marrones, sonrientes y con el mismo cabello rizado. Todos se parecían mucho y era evidente que pertenecían a la misma familia. De pronto, Phoebe sintió que se le encogía el estómago. Ben encajaba perfectamente en aquella familia y, por mucho que ella quisiera, no tenía derecho a negársela.

—Eres un hombre muy viejo —dijo Ben.

—Ben, es de mala educación hacer esos comentarios —lo reprendió ella, pero sus palabras quedaron ahogadas por la risa de Jed y de su padre.

Entonces, su padre se dirigió a Phoebe y dijo:

—La verdad no duele —dijo el padre de Jed—. Acércate para que pueda verte. Phoebe se colocó al lado de Jed.

—Tú eres la madre de mi maravilloso nieto —dijo él, con los ojos humedecidos—. Te agradezco de todo corazón que lo hayas traído.

—Ha sido un placer —murmuró Phoebe—. Estoy encantada de conocerlo y espero que se recupere pronto —tragó saliva para tratar de contener la emoción.

El hombre la miró un momento y después se dirigió a Jed en griego. Ella se fijó en que Jed se sonrojaba y que parecía avergonzado cuando respondió.

Pensando en el último deseo de su padre, sacó el teléfono móvil y llamó a su abogado.

***

La casa estaba en la costa, alejada de la ciudad. Tenía unas magníficas vistas al mar. Una mujer con cara de preocupación salió a recibirlos y Jed les presentó. Era Maria, el ama de llaves. Mientras

hablaba con Jed en griego, Phoebe miró a su alrededor.

Una extravagante escalera presidía el centro del recibidor, desde el que se llegaba al menos a una docena de habitaciones. De pronto, se abrió una de las puertas y apareció una mujer... ¡Sophia! Phoebe la reconoció inmediatamente. Ella pasó a su lado y agarró el brazo de Jed, dirigiéndose a él en griego.

Phoebe permaneció quieta mirando a uno y a otro. ¿Por qué le molestaba verlos juntos y se sentía traicionada?

Porque todavía amaba a Jed... No. No podía ser. No podía sucumbir de nuevo ante algo que le había hecho tanto daño en el pasado. Dudaba de que tuviera fuerzas para sobrevivir a ello otra vez.

Trató de recordar que tan sólo unos días antes se suponía que Sophia no se hablaba con Jed. Sin embargo, la mujer estaba en su casa y no paraba de hablar, con una mano sobre el torso de Jed y agarrándolo del brazo. Él la sujetó por los hombros y trató de separarse de ella con una sonrisa...

—Gracias por tu preocupación, Sophia, pero estoy seguro de que mi padre se pondrá bien. Habla en inglés, por favor, tengo invitados —empujando a Ben hacia delante, añadió—: mi hijo, Benjamin. A su madre, Phoebe, ya la conoces.

—¡Tu hijo! —exclamó Sophia, pero se recuperó enseguida—. Hola, Benjamin —dijo antes de volverse hacia Phoebe—. Por supuesto que me acuerdo de ti, Phoebe. ¿Cómo iba a olvidarte? —sonrió—. Aunque creo recordar que por aquel entonces no recordabas a Jed y, sin embargo, ahora estás en su casa con tu hijo. ¡Qué curioso! —comentó, y volvió a dirigirse a Jed en su idioma.

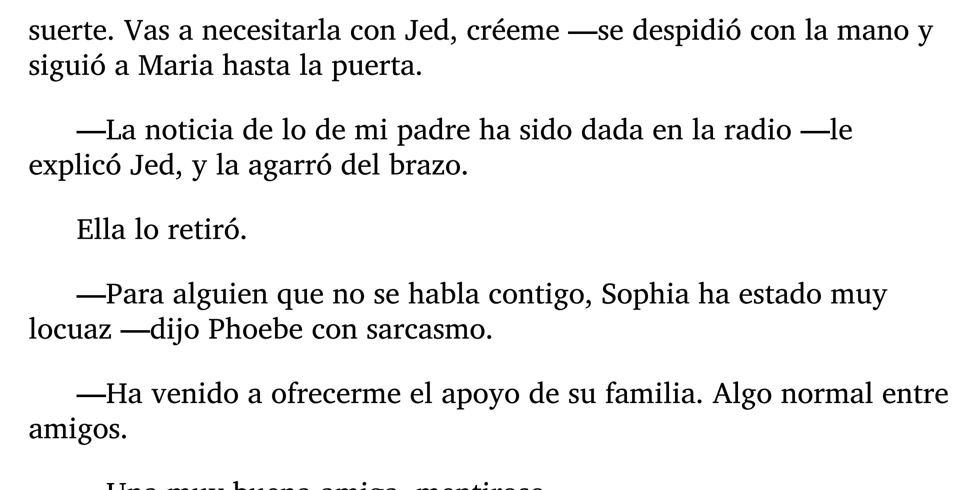
Phoebe vio que Jed se tensaba al contestar y observó que Sophia negaba con la cabeza.

Jed empezó a hablar en inglés otra vez.

—Dale las gracias a tu padre por interesarse, pero ahora tienes que excusarnos, Sophia, ha sido un día largo. Maria te acompañará a la puerta.

Sophia miró a Phoebe con curiosidad.

—El niño es igual que su padre. No puedo decidir si eres tonta, o muy lista —se encogió de hombros—. En cualquier caso, te deseo



suerte. Vas a necesitarla con Jed, créeme —se despidió con la mano y siguió a Maria hasta la puerta.

—La noticia de lo de mi padre ha sido dada en la radio —le explicó Jed, y la agarró del brazo.

Ella lo retiró.

—Para alguien que no se habla contigo, Sophia ha estado muy locuaz —dijo Phoebe con sarcasmo.

—Ha venido a ofrecerme el apoyo de su familia. Algo normal entre amigos.

—Una muy buena amiga, mentiroso...

Él entornó los ojos y, al ver que Maria regresaba, le dijo a Ben:

—Ve con Maria, hijo, te dará algo de beber.

Ben obedeció y se marchó con el ama de llaves.

—No vuelvas a llamarme mentiroso delante de Ben. No tiene por qué oír tus comentarios despectivos y tus quejas por culpa de los celos.

—¿Celos? No me hagas reír. Al contrario que tú, yo no suelo mentir. ¿De veras crees que quiero estar aquí contigo? Pues no. El único motivo por el que estoy aquí es por Ben y por el bien de tu padre. Al contrario que tú, tengo corazón y nunca rechazaría la petición de un hombre enfermo. Eso sería digno de un desaprensivo.

—Bien. No sabes cómo me alegra oír eso —añadió con una risita —. Ahora, si me perdonas, voy a darme una ducha. Maria te enseñará la casa —dijo, y subió por las escaleras. Phoebe no le encontraba la gracia a lo que había dicho. Los últimos días habían sido un infierno y las cosas no parecían mejorar. Al ver que Ben corría hacia ella, suspiró aliviada.

—Mamá, he comido bizcocho hecho con miel.

Maria se rió y le limpió la boca con una servilleta.

—Es muy listo —sonrió—. ¿Quieres que te enseñe la casa?

Phoebe aceptó y, tras recorrer las habitaciones, se quedó asombrada. Además, había un gimnasio y una piscina.

Maria le dijo que había dos suites y cinco dormitorios, todos con baño. En la planta superior, estaban las habitaciones del servicio. Finalmente le mostró a Phoebe dos habitaciones contiguas, para ella y para Ben. Le dijo que la cena solía servirse a las nueve, pero que puesto que el padre de Jed estaba en el hospital, se cenaba cuando la gente llegaba a casa también le enseñó a Phoebe a utilizar el teléfono interno y le dijo que la llamara cuando quisieran cenar.

Una hora más tarde, después de asearse, estaban sentados a la mesa. Ben estaba comiendo unos huevos revueltos y tomates a la plancha. Phoebe se comió el último bocado y se apoyó en el respaldo de la silla, relajada, hasta que llegó Jed.

Inmediatamente, ella se puso tensa. Jed tenía el cabello mojado. Se había afeitado y llevaba un traje de rayas, camisa blanca y corbata, pero ya no parecía tan cansado. De hecho, estaba muy atractivo. Ella lo miró y trató de calmar su pulso acelerado.

Jed se acercó a la mesa y la miró. Ella se había puesto un vestido que resaltaba sus pechos. Tratando de ignorar la frustración que sentía, levantó la vista y la posó en su rostro. Estaba tensa y, con aquella luz, parecía pálida.

Durante un momento, sintió cargo de conciencia. Después, miró a Ben.

—Imaginaba que te encontraría aquí, Ben —intentó no pensar más en lo que había sucedido. Phoebe lo había engañado cinco años antes y otra vez en el baile de la embajada. No se merecía su compasión—. Tengo que salir, hijo —miró el reloj—. Y puesto que no regresaré antes de la hora de acostarte, te daré las buenas noches ya. Duerme bien.

Le alborotó el cabello y, tras hacer un asentimiento con la cabeza mirando a Phoebe, se marchó.

Capítulo 11

Phoebe bajó por la escalera y vio que la casa estaba en silencio. Ben se había quedado dormido enseguida. Eran las diez y media, pero ella estaba demasiado nerviosa como para irse a la cama. Recordaba haber visto un televisor en el salón, pero no recordaba qué habitación era. Abrió una puerta y vio que era el comedor. La cerró y abrió la siguiente. Una lámpara de pie era la única iluminación que había y cuando entró, se dio cuenta de que era el estudio.

—Pasa y tómate algo conmigo —dijo una voz.

Ella vio a Jed tumbado en un sofá de cuero negro y con una copa en la mano.

—Me vendrá bien la compañía.

—No. Yo... ¿estás bien? —preguntó, preocupada porque parecía borracho.

—No lo sé. Mañana te lo diré.

Phoebe se sentía muy mal. Había estado tan centrada en sí misma que nunca se había planteado lo preocupado que debía de estar Jed por su padre.

—No sabía que habías regresado —murmuró ella, deteniéndose frente a él. Se había aflojado la corbata y tenía la camisa medio abierta. Su aspecto era arrogante y sexy, pero parecía muy solo...

Se sentó a su lado.

—¿Jed? —él levantó la cabeza para mirarla—. Sé cómo te sientes, pero beber no te ayudará.

—No puedes saber cómo me siento —dijo él, terminándose el whisky que tenía en la mano. Dejó la copa sobre la mesa y se tumbó de nuevo.

—Pero lo sé —colocó la mano sobre su antebrazo—. Cuando mis padres tuvieron el accidente, mi madre murió en el acto y yo no tuve la oportunidad de decirle que la quería. Mi padre vivió una semana y,

aunque fue muy duro ver cómo se moría, tuve la oportunidad de decirle lo mucho que lo quería. Con suerte, tu padre vivirá varios años más, pero, si no, todavía está aquí. Sé que lo quieres, así que en lugar de maldecirlo, deberías decírselo.

—¡Ah, Phoebe! —dijo Jed, y la rodeó por los hombros para atraerla hacia sí. Ella era tan sensible que casi le daba pena lo que estaba a punto de hacer—. Te agradezco tu preocupación, pero no es necesario —le acarició la mejilla y después colocó la mano sobre su esternón. Vio que ella suspiraba y se controló para no besarla y tomar lo que sabía era para él. Ya lo había hecho el viernes y ella había salido huyendo. No podía arriesgarse otra vez. Todo estaba saliendo bien y el tiempo era crucial. Podría esperar otro día...—. Mi comentario era de admiración hacia mi padre, no de maldición. Él sabe lo que siento por él. Cuando se divorció de su cuarta esposa, limamos todas nuestras asperezas. Él me explicó por qué se había casado tantas veces. Era porque amaba a mi madre. Ella era su compañera del alma. Pero cuando ella se enteró de que estaba en fase terminal, le hizo prometer que él se casaría de nuevo y que no se convertiría en el tipo de hombre que no respetaba a las mujeres y se acostaba con varias. Probablemente porque él era así antes de conocerla. Mi padre mantuvo la promesa, el viejo tonto, y las únicas mujeres con las que ha tenido relaciones sexuales después de la muerte de mi madre han sido con las que se ha casado.

—Mantener su promesa no fue una tontería, sino un gesto romántico. Debe de ser un hombre maravilloso —dijo Phoebe—. No un cínico como tú —se atrevió a bromear.

—Romántico sí. Lo de cínico está por ver —dijo Jed y la agarró por los hombros por si intentaba escapar—. ¿Seguirás pensando que es un hombre maravilloso mañana, cuando nos casemos?

—¿Qué? —soltó Phoebe, mirándolo sorprendida.

—Ya lo has oído, Phoebe... Mi padre quiere vernos casados, él te lo dijo, y me pidió que organizara la ceremonia mientras tú estabas allí. Yo acepté para tranquilizarlo. Si te resulta más fácil, nunca me acosté con Sophia. Hemos sido amigos durante años y consideré casarme con ella porque nuestros padres eran amigos. Me parecía sensato, un matrimonio de conveniencia igual al que tendremos nosotros.

El hecho de que no se hubiera acostado con Sophia la complacía, aunque no pensaba admitirlo, pero la idea de casarse con ella para tranquilizar a su padre, la enfurecía.

—¿Aceptaste? ¿Te has vuelto loco?

—No. Simplemente acaté tus palabras acerca de que tenías corazón y nunca rechazarías la petición de un hombre enfermo porque sería digno de un desaprensivo. Así que, Phoebe, mi padre nos ha pedido que nos casemos... ¿eres una mujer de palabra? —Jed la miró y sonrió con arrogancia—. O, como la mayoría de las mujeres, ¿vas a tratar de escabullirte?

Ella se sentía como si le hubieran echado un jarro de agua fría. Había dicho todo aquello, pero nunca se le ocurrió que Jed podría emplearlo en su contra. Debería haber recordado que Jed era un hombre que siempre conseguía lo que se proponía.

—Es una manera muy falsa de interpretar lo que dije. Sólo tú puedes tener el valor de emplearlo a tu favor.

—No es peor que cuando tú tergiversaste mi oferta de cuidar de ti cuando estabas embarazada diciendo que te sugerí que abortaras. O lo de negarnos a mi padre y a mí varios años de disfrute con Ben. La boda se celebrará mañana en el hospital. Lo único que tienes que hacer es acudir y firmar cuando te digan.

—No soy idiota —dijo ella—. Es imposible. Uno no puede casarse tan deprisa. Se necesitan documentos, partidas de nacimiento...

Él le acarició la nuca.

—Me he ocupado de todo. Sid me dio tu pasaporte y, cuando me marché antes, era para reunirme con el alcalde, un amigo de mi padre. En vista del delicado estado de salud de mi padre, nos ha dado un permiso especial para celebrar una boda civil en el hospital, junto a su cama.

—Me has robado el pasaporte —se lo había entregado a Sid en el aeropuerto y se había olvidado de pedírselo otra vez.

—No, lo he pedido prestado —deslizó la mirada desde su boca hasta sus senos—. Lo pasamos bien el año que estuvimos juntos. Podríamos hacerlo otra vez. ¿Te resultaría tan duro estar casada conmigo, Phoebe? —preguntó, besándola justo cuando ella se disponía a contestar.

Introdujo la lengua en su boca y exploró su interior. Ella trató de convencerse de que no quería que la besara, pero, finalmente, reconoció que se estaba mintiendo a sí misma y empezó a besarlo

también.

Cuando Jed se separó de ella, respiraba de manera agitada.

—Sabes que tiene sentido que nos casemos. Ben estaría contento y mi padre también. Además hay mucha química entre nosotros. —¿Cómo podría ser mejor?

—¿Y qué hay del amor? —preguntó ella.

—El amor es otra palabra para referirse al deseo. Intenta pensar con lógica, Phoebe. Un hombre vivirá contento en su matrimonio si tiene una buena relación sexual. Sin sexo, el sentimiento que tú llamas amor no sirve de nada. Cualquiera acabaría buscando sexo en otro sitio.

—Eso es lo más cínico que he oído nunca —lo miró enfadada. Deseaba borrarle la sonrisa de una bofetada, pero pensó en Ben y decidió no hacerlo. Además existía la posibilidad de que estuviera embarazada. No era muy probable, pero dada la suerte que tenía en los últimos tiempos... Dos hijos ilegítimos eran demasiados. Además, había amado a Jed con toda su alma. Así que podría seguirle el juego.

—Sí, me casaré contigo —aceptó.

Pero él no sabía que no mantendrían relaciones sexuales... Haría que aquel hombre arrogante intentara vivir sin sexo y vería cuánto tiempo pasaría antes de poder divorciarse por adulterio...

—Gracias —dijo él, y la besó en la frente—. Sabía que entrarías en razón.

—Como siempre, tienes razón —dijo ella con sarcasmo.

—Me alegro de que por fin estemos de acuerdo —dijo él, y se puso en pie. Se volvió para agarrar su chaqueta y se la puso—. Tengo que ir al hospital para que Cora se vaya a casa —la miró—. Les contaré las buenas noticias, a ella y a mi padre. De todos modos, ella iba a venir aquí por la mañana con su familia, así que te ayudará a buscar algo para vestir —le sujetó la barbilla—. Tranquila, no te preocupes. Todo va a salir bien —dijo, y se marchó.

Phoebe permaneció quieta al lado de Jed, junto a la cama del hospital donde estaba su padre. El hombre estaba incorporado sobre

varias almohadas y le brillaban los ojos. Ella miró a su alrededor. El escenario era surrealista. Monitores pitando, y un empleado público hablando al otro lado de la cama. Ella no tenía ni idea de qué estaba diciendo.

Afortunadamente, la ceremonia fue muy breve. Cora y su marido, Theo, eran los testigos y, sorprendentemente, también el doctor Marcus. Ella observó mientras Jed firmaba los documentos necesarios y agarró el bolígrafo para firmar donde él le indicaba. Después, Jed la tomó entre sus brazos y la besó. Ella lo miró con el corazón acelerado y oyó que alguien descorchaba el champán.

Se llenaron las copas y se brindó por los novios. Cora ayudó a su padre a beber un sorbo y, después, el médico los echó a todos de la habitación.

Phoebe miró al hombre que se había convertido en su marido cuando él la agarró del codo y la guió hasta el pasillo. Su aspecto era frío y controlado como siempre y parecía que acabara de firmar otro exitoso acuerdo de negocios. En el hospital habían preparado una sala para la fiesta y ella pestañeó al ver que Jed la acompañaba hasta una habitación en la que había unas veinte personas o más. Jed la presentó, pero ella estaba demasiado nerviosa como para recordar los nombres.

Se abrieron más botellas de champán y la gente brindó y pronunció discursos. Finalmente, Jed la dejó sola un momento para hablar con unas personas. Phoebe se alegró de tener un momento para sí.

Pero no le duró mucho tiempo. El doctor Marcus se acercó a ella con una copa de champán en la mano y con aspecto achispado.

—¡Phoebe, querida! Estás preciosa. Me alegré mucho al oír lo de tu bebé milagro, y ahora esto —movió el brazo para indicar lo que pasaba en la habitación—. Ha hecho falta mucho tiempo, pero finalmente, Jed te ha convencido para que te cases con él y me alegro por vosotros. Recuerdo la noche que te llevaron al hospital. Jed y yo habíamos cenado juntos. Es un hombre que no expresa sus emociones, pero se notaba que estaba emocionado por lo del bebé, y me dijo que iba a casarse contigo. Me dejó en casa, y cuando llegó a la suya, se enteró de la tragedia —bebió un sorbo de champán.

Phoebe empalideció al oír sus palabras. Marcus no tenía motivo para mentir.

—Jed estaba destrozado cuando llegó al hospital y le dieron la noticia. Tardó tiempo en superarlo. No le ayudó que ese mismo fin de semana su padre tuviera su primer ataque al corazón, el día después de su cumpleaños. Él estaba en el mismo hospital que ahora, con Jed a su lado durante cuarenta y ocho horas. Jed pensó que te había perdido cuando por fin regresó a Londres, pero el destino es impredecible. Te ha encontrado otra vez y por fin se ha casado contigo. Así era como debía ser. No se puede negar el destino mucho tiempo. Y sé que seréis muy felices.

Una sorpresa tras otra. Enterarse de que Jed iba a casarse con ella y que no la había abandonado a propósito. Antes de que ella pudiera responder, Jed apareció y la rodeó con un brazo por la cintura.

—¿Qué le estás diciendo a mi esposa, Marcus? —preguntó Jed.

—Estoy dándole la enhorabuena, por supuesto.

—¿Estás bien? —preguntó Jed mientras alguien se ponía a hablar con Marcus—. He visto que te ponías muy pálida. ¿Te ha ofendido Marcus con algo de lo que te ha dicho?

—No, no me ha ofendido —pero le había hecho cuestionarse si cinco años antes había cometido el error más grande de su vida. Miró a Jed a los ojos. Según Marcus, aquel hombre atractivo que ella pensaba que había amado había querido casarse con ella mucho tiempo atrás. El hombre al que aún amaba...

—Phoebe, estás muy callada.

Ella levantó la mano y la colocó sobre su pecho. Se fijó en el brillo de su alianza de oro. Él colocó la mano sobre la de Phoebe y ella sonrió. Notó que a él se le aceleraba el corazón y estuvo a punto de reírse al pensar en el ridículo plan de no mantener relaciones sexuales con él.

—Pensaba en... —estuvo a punto de decirle que lo quería—. Pensaba en lo contento que debe de estar tu padre —rectificó.

Jed percibió su tensión y vio que dejaba de sonreír. Supo que lo que iba a decir nada tenía que ver con su padre. La sujetó por la cintura con más fuerza y comentó:

—Es hora de irnos.

Phoebe miró a su alrededor.

—Si tú lo dices... Pero ¿y toda esta gente?

—Pueden cuidar de sí mismos. En estas circunstancias nadie espera una gran fiesta.

Se despidieron y avisaron de que pasarían la noche fuera. También le dijeron a Cora que lo llamaran si lo necesitaban.

—Un momento —dijo ella cuando llegaron al exterior—. ¿qué quieres decir con que pasaremos la noche fuera?

Los hijos de Cora y Ben estaban en casa de los Sabbides con Maria.

—Tengo que ir a buscar a Ben.

—No. Estará muy bien cuidado —dijo él.

—¡Pero nunca lo he dejado solo por la noche!

—Entonces, ya era hora de que lo hicieras —dijo Jed y abrió la puerta del coche para que subiera—. Acabamos de casarnos, ¿recuerdas? —se mofó—. Por mucho que quiera a Ben, no pienso pasar mi noche de bodas con él.

—Me echará de menos. Además, no tengo ropa.

—No lo hará... Y no necesitas ropa —Jed sonrió—. Por cierto, me encanta tu vestido.

Enseguida, llegaron a su destino.

—¿Dónde estamos? —Phoebe se volvió hacia Jed—. Estamos en el centro de Atenas. Ésa es la acrópolis.

—Esta noche nos quedaremos en mi apartamento —le dijo él, entrando en un edificio—. Cuando mi padre esté fuera de peligro, te llevaré a hacer turismo.

—Eso me encantará —sonrió ella una vez dentro del ascensor.

Al salir, Jed abrió la puerta de su casa y tomó a Phoebe en brazos.

—¿Qué haces? —Phoebe lo rodeó por el cuello—. ¿Estás loco? ¡Bájame!

—Loco por ti, Phoebe —cerró la puerta con el pie y la llevó hasta el dormitorio.

—Oh, cielos, ¡pétalos de rosa! —murmuró Phoebe, y Jed estuvo a punto de perder el control cuando ella lo besó en la oreja.

Él miró a su alrededor preguntándose de qué estaba hablando y vio que su cama estaba cubierta de pétalos de rosa. Sin duda, un detalle de Cora, pero él no iba a perder la oportunidad.

—Especialmente para ti —le dijo. Y la dejó en el suelo. El roce de sus cuerpos al ponerla de pie fue pura agonía.

Capítulo 12

Phoebe miró a Jed con humor.

—Nunca imaginé que fueras tan romántico como para poner pétalos de rosa.

Ella negó con la cabeza y él recordó que tenía que pedirle a Cora que guardara el secreto.

—No lo soy, pero por ti... —le quitó el abrigo.

Después, le desabrochó el vestido y lo dejó caer al suelo. Hizo lo mismo con su ropa interior y se arrodilló para quitársela. Cuando se puso en pie, la miró a los ojos.

—Phoebe, mi bella esposa.

La besó en los labios y le acarició el cabello. Sujetándola por la cintura, la besó de nuevo y la tomó en brazos para tumbarla en la cama entre los pétalos.

—Nunca había visto algo tan perfecto como tú —le dijo mientras se quitaba la ropa y se tumbaba a su lado—. Eres exquisita, Phoebe. Y

por fin eres mía... Mi esposa.

Le acarició el cuerpo hasta llegar a sus pechos y comenzó a juguetear con los pezones.

—Ummm —dijo ella, mientras él la excitaba con sus caricias.

Jed la besó de manera apasionada y después le mordisqueó los pechos hasta que ella gimió de placer. Jed llevó la mano a su entrepierna y comenzó a acariciarle el punto más sensible de su cuerpo ella lo abrazó mientras él se movía entre sus piernas, separándoselas. Entonces, se colocó sobre ella y la penetró despacio. Phoebe arqueó la espalda agarrándose a sus hombros. Él la sujetó por las nalgas, y la levantó un poco, provocándole más placer con cada

Movimiento. Unos rápidos, otros despacio, girándose, parándose y penetrándola de nuevo.

Temblando, ella lo miró a los ojos y tensó la musculatura del interior del cuerpo Jed gimió y empujó de nuevo con decisión. Phoebe gimió cuando su cuerpo comenzó a convulsionarse hasta llegar al clímax y notó que Jed se ponía tenso un instante antes de dejarse llevar y acompañarla al éxtasis. Finalmente, se desplomó sobre ella y apoyó la cabeza sobre el cabello que Phoebe tenía extendido sobre la almohada.

Sin dejar de temblar, Phoebe colocó su brazo sobre la espalda de Jed, abrazándolo, amándolo. Notó que se movía para tumbarse sobre la espalda, pero no abrió los ojos.

Más tarde, él le acarició el vientre y la giró para estrecharla contra su miembro erecto.

—Ahora eres mi esposa —murmuró Jed—. Pero para estar seguro... —la besó en el cuello y le mordisqueó el lóbulo de la oreja, y la magia comenzó de nuevo... Una y otra vez, mientras redescubrían la pasión que habían compartido en el pasado hasta quedar agotados.

Phoebe abrió los ojos y miró a su alrededor. Jed estaba a su lado totalmente dormido. Ella se incorporó sobre un codo y lo miró. Era su marido. Se fijó en su torso y sonrió al ver un pétalo sobre su vientre. La sábana que cubría su cintura ocultaba el resto de su cuerpo. Ella estuvo a punto de retirarle el pétalo, pero se detuvo.

Jed había estado despierto durante las últimas cuarenta y ocho horas o más. Necesitaba descansar. Se levantó de la cama, recogió la

ropa del suelo y se dirigió al baño para asearse un poco. Se vistió y salió de la habitación. Tras recorrer la casa entró en la única habitación que le faltaba. Había un gran escritorio con dos ordenadores y una gran silla. En medio de la mesa había una caja abierta que contenía la alianza de oro que ella le había regalado por su treinta cumpleaños, Jed había guardado el regalo. Era la primera muestra de que realmente ella le importaba, aparte de su dedicación a la hora de hacerle el amor. Quizá nunca la amara, pero con Ben y a lo mejor otros hijos, el matrimonio podía ser un éxito. Quizá ella no fuera tremendamente feliz, pero estaría satisfecha.

Cuando se volvió para marcharse, se encontró con que Jed estaba en la puerta.

Estaba encorvado y miraba al suelo. Llevaba una toalla en la cintura y parecía un hombre cargando con todo el peso del mundo.

—¿Estás bien? —preguntó ella.

Jed levantó la vista al oír la voz de Phoebe.

Al despertarse se había girado buscando a Phoebe, pero no la encontró en la cama. Al sentarse y ver que tampoco estaba su ropa, le entró el pánico. Saltó de la cama y miró en el baño. Se puso una toalla y regresó a la habitación. La llamó y esperó en silencio a que contestan. Nada. Se había marchado...

Amaba a Phoebe, y siempre la había amado. Ninguna mujer lo había hecho sentirse como ella, y no podía soportar la idea de perderla otra vez.

—Phoebe, estás aquí... Tenía miedo de que te hubieras marchado —dijo él.

—¿Por qué has pensado tal cosa? Por supuesto que estoy aquí. Nos casamos ayer, ¿recuerdas?—dijo ella, preocupándose al ver que él se tambaleaba hasta el sofá y se cubría el rostro con las manos—. Nunca has estado asustado en tu vida —dijo ella, y se acercó a él—. ¿Ha ocurrido algo? ¿Tu padre o Ben?

—No, nada de eso —dijo él, y la agarró de la mano. Ella trató de soltarse—. No... Por favor. Phoebe, deja que te explique.

Él parecía tan vulnerable... Ya no era el hombre arrogante al que ella estaba acostumbrada.

Tiró de ella para que se sentara a su lado.

—Ha de ser algo importante, Jed. Quiero ir a ver a Ben pronto.

—Nada más despertarme me volví para abrazarte y no estabas. Miré en el baño, y me fijé en que tampoco estaba tu ropa entonces, pensé que te habías marchado otra vez... Te quiero.

Jed había dicho que la quería, algo que ella había anhelado oír desde hacía mucho tiempo. No podía creerlo. Lo miró y le dijo:

—Te he querido desde el primer momento en que te vi, Phoebe, pero me equivoqué y di tu amor por sentado, sin darte nada a cambio.

—No es cierto. Me regalaste muchas joyas.

—Exacto, algo que no me costaba nada y que como bien dijiste era sórdido. Pero yo nunca lo vi así. Sólo tenía que mirarte para desearte. Los meses que estuvimos juntos fueron los más felices de mi vida, hasta que pasó la tragedia y no supe manejarla. Sólo pensaba en mí mismo, y no en cómo te sentías tú. Pero nunca pensé en dejarte. Mi padre tuvo un ataque al corazón.

—Lo sé... Marcus me lo dijo —murmuró ella.

—Sí, bueno... No se puede usar el móvil en cuidados intensivos, así que se lo di a Christina y le pedí que te llamara para decirte que me retrasaría.

—Ella no me llamó. La llamé yo —dijo Phoebe—. Fue muy amable y me dijo que estaba acostumbrada a deshacerse de tus mujeres. Dijo que le habías dicho que me informara de que no ibas a regresar y me aconsejó que me marchara.

—¿Qué? Ella no se ha deshecho de una mujer por mí en su vida. La despedí hace cuatro años, cuando me di cuenta de que quería ser algo más que mi secretaria. Y nunca le pedí que te dijera que te fueras, ella me dijo que tú querías marcharte.

—Hablar del pasado no tiene sentido —dijo Phoebe—. Seamos sinceros, podrías haberme encontrado si hubieras querido. Marcus me dijo que querías casarte conmigo, pero ambos sabemos que no era por amor, sino por el bebé, igual que ahora.

—Me lo merezco, pero no es la verdad. No te busqué porque era un cobarde. Cuando regresé al apartamento y no estabas, me dije que

era lo mejor porque así no tenía que enfrentarme a lo que sentía en realidad. También me sentía culpable porque habías perdido al bebé.

—¿Culpable? ¿Por qué?

—Por primera vez en mi vida adulta me entró pánico cuando me dijiste que estabas embarazada. Cuando superé el susto, supe que quería casarme contigo, pero me avergüenza decir que no tenía prisa en decírtelo. Entonces, cuando llegué al hospital y me dijeron que habías perdido al bebé, también me hicieron una advertencia. El médico me dijo que había visto moratones en tus piernas y en otras partes del cuerpo y que sería buena idea moderar el tema del sexo, sobre todo si te quedabas embarazada otra vez. Me dejaron pasar y entré a verte muy disgustado conmigo mismo y sintiéndome muy culpable. Yo podía haber causado que perdieras el bebé.

—El doctor no debió decirte eso. La manera en que hacíamos el amor no era asunto suyo, y yo disfrutaba de cada minuto. No fue culpa tuya que yo perdiera el bebé.

—Puede que no, pero, sumado a la intervención de Christina, me daba otra excusa para no intentar encontrarte. Porque, si te soy sincero, para mí también era un alivio. Siempre me gusta tener el control, y lo que sentía por ti me aterraba. Nuestra relación era la más larga que había tenido nunca. Sólo tenía que pensar en ti para desearte. Me encantaba todo acerca de ti, tu sonrisa y tu mente ágil. Tus muestras de amor. Haría cualquier cosa por volver a oírlas.

Phoebe sonrió, pero él no estaba convencido de que lo creyera.

—Esta mañana me ha entrado el pánico por segunda vez, cuando desperté y no estabas. Pero esta vez por un motivo diferente —la sujetó de los brazos—. Porque por fin he admitido ante mí mismo que te quiero, Phoebe. No soportaría la idea de perderte, no podría aguantar ese dolor otra vez.

La soltó y le sujetó el rostro, mirándola fijamente.

—Tienes que creerme, Phoebe. Te quiero. No he mirado a ninguna otra mujer desde hace años, cuando te marchaste.

—Eso me cuesta creerlo —murmuró ella.

—Es completamente cierto, lo prometo, pero sé que no confías en mí. ¿Cómo ibas a hacerlo después de mi manera de comportarme?

Cuando te vi en la embajada, decidí que te iba a recuperar. Podía haber aplastado a Gladstone cuando te besó.

—Eso es todo lo que he hecho con Julian.

—Gracias. El día que descubrí lo de Ben estaba muy enfadado, pero era culpa mía porque había pasado cinco años negando lo que sentía. No pude resistir a hacerte el amor esa misma noche. Phoebe, sé que no te merezco y no te estoy pidiendo que me quieras, sólo que te quedes conmigo y permitas que te quiera y que cuide de ti. Por favor, dame otra oportunidad.

Phoebe le acarició el cabello.

—He dicho que mi padre era tonto por haber cumplido la promesa que le hizo a mi madre. Ahora sé cómo se siente. Te quiero, te adoro, y soy un gran idiota por haber sido tan cobarde y no admitirlo antes. Y si la respuesta es no —le apretó los hombros—. Os dejaré marchar. Podréis regresar a Inglaterra y yo iré a visitar a Ben.

Phoebe respiró hondo y dijo con sinceridad:

—No hará falta. Te quiero, Jed, y siempre te he querido. Si te acuerdas, solía decírtelo a menudo. Era demasiado ingenua como para ocultarlo. No ha cambiado nada. Te quiero y siempre te querré...

—Si supieras cómo anhelaba oír esas palabras otra vez —murmuró Jed, y la besó de forma apasionada.

Momentos más tarde, se apartó y dijo:

—Soy el hombre más feliz del mundo. ¿Recuerdas que una vez me regalaste un corazón de oro? Lo he guardado durante todos estos años. Es mi amuleto de la suerte y siempre me da esperanza.

—Claro que me acuerdo. Lo he visto en tu escritorio y me ha dado esperanzas ver que lo guardabas. —él sonrió y la besó en la frente.

—Ahora me has entregado tu corazón de verdad, y te estaré eternamente agradecido. Te querré hasta el final la besó de nuevo.

Al cabo de un momento, Phoebe estaba bajo su cuerpo. Ambos estaban desnudos y Jed la miraba con una sonrisa. Hicieron el amor despacio, acariciándose, suspirando y murmurando palabras de amor y deseo. Y finalmente, cuando la pasión alcanzó su punto álgido, Jed la penetró de nuevo provocando que llegaran juntos al éxtasis.

—¿Qué te pasa con los sofás? —bromeó Phoebe cuando recuperó la respiración. Le acarició la mejilla y lo rodeó con los brazos por el cuello.

Jed la besó en los labios.

—El lugar no importa. Lo único que cuenta es que estoy contigo, Phoebe, la mujer que amo de verdad, y a quien siempre amaré.

Epílogo

—Esto sí que es una gran boda griega —dijo Phoebe mirando a su marido—. ¿Has visto a tu padre bailando con mi tía Jemma y los niños?

Jed miró hacia el otro lado de la pista de baile.

—Si no estuviera enfermo del corazón, Jemma lo haría enfermar —dijo con una sonrisa.

Phoebe estaba radiante. Jed había insistido en que se casaran por la iglesia y con vestido blanco, para mostrarle al mundo su novia virgen.

Phoebe lo habría llamado machista si se hubiese enterado, pero él se sentía muy orgulloso de ser el único hombre que le había hecho el amor. Ella era el amor de su vida. Era su vida.

—¿Lo estás pasando bien?

—Sí —dijo ella—. La misa ha sido preciosa, y esta vez he comprendido lo que decía el pope —se rió.

Jed había insistido en celebrar aquella boda y en que la tía Jemma

volara a Grecia cuando regresó de Australia para pasar con ellos unas semanas. Después de aquello, y a excepción de algún viaje a Inglaterra, la tía pasaba casi todo el tiempo allí.

Había pasado un año desde que Ben había conocido a su padre, y el pequeño adoraba a su familia griega y a sus amigos. Phoebe quería a todo el mundo, pero sobre todo a su marido. Cada día que pasaba, su amor se hacía más fuerte. Jed había dado rienda suelta a sus emociones e incluso había llorado con la llegada de los nuevos miembros de la familia. Phoebe no tenía duda de que la amaba y confiaría en él toda su vida.

Ella le acarició el cabello y lo besó.

—Te quiero —murmuró Jed—. Vamos y te demostraré cuánto.

—Yo también te quiero —dijo ella con una sonrisa—. Pero ahora ya tienes un heredero, y los de repuesto. No estoy segura de que debamos hacerlo —bromeó ella—. No te atrevas, Jed —dijo mientras la estrechaba contra su cuerpo.

Él se había reído cuando ella le contó su plan de no mantener relaciones sexuales. Y se había quedado de piedra cuando le contó que estaba embarazada de más de tres meses y que no se lo había dicho porque no quería que tuviera miedo de hacerle el amor.

Hacía tres meses, ella había dado a luz a un niño y a una niña. Leo y Leanne eran unos mellizos preciosos. Jed había llorado abiertamente.

Phoebe, su esposa y la madre de sus hijos, llenaba su corazón y hacía que su vida estuviera llena de amor y de alegría.

Pero a veces un hombre tenía que comportarse como tal. La tomó en brazos y la sacó del salón de baile entre los gritos y las risas de sus familiares e invitados.

***